HISTORIAS QUE NOS CARACTERIZAN Y ENORGULLECEN

Selección de anécdotas, cuentos y relatos
de experiencias vividas por los funcionarios en BPS,
ilustrada con las imágenes destacadas en el Concurso Fotográfico
“19 Departamentos y BPS, creciendo en el Bicentenario”.

Diciembre 2011

BICENTENARIO
URUGUAY
1811 - 2011

BPS
Instituto de Seguridad Social

Historias que nos caracterizan y enorgullecen

Selección de anécdotas, cuentos y relatos
de experiencias vividas por los funcionarios en BPS,
ilustrada con las imágenes destacadas
en el Concurso Fotográfico
“19 Departamentos y BPS, creciendo en el Bicentenario”.

Diciembre 2011

BICENTENARIO
URUGUAY
1811 - 2011

BPS
Instituto de Seguridad Social

Montevideo, diciembre de 2011

En el marco de la conmemoración del Bicentenario del Proceso de Emancipación Oriental, el Banco de Previsión Social llamó a todos los funcionarios y ex funcionarios jubilados y/o incentivados, a participar del concurso literario “Experiencias que nos caracterizan y enorgullecen”.

Esta convocatoria apuntaba principalmente a registrar una parte del conjunto de bienes morales y culturales, que son propiedad y creación, de esta comunidad que es el BPS y que conforman nuestro acervo.

La otra parte de este conjunto, que también preocupa y se va a gestionar a partir de proyectos que comenzarán a llevarse adelante este año, tiene que ver con la Gestión del Conocimiento, con la recopilación, mantenimiento y transferencia de la experiencia y conocimientos que se han ido acumulando a través del tiempo.

Y en ambos hay que trabajar y fuerte, ya que desde hace años venimos sufriendo la pérdida de un importante capital humano que por diversos motivos ha dejado de acompañarnos en el trabajo diario.

Sentimos también la necesidad de profundizar las políticas de estímulo y pertenencia, a sus servidores públicos (que somos y debemos serlo cada vez más), al Instituto de Seguridad Social, gestor y promotor de políticas de protección social, derecho humano fundamental.

Comenzamos entonces, con esta importantísima participación de más de sesenta compañeros de todo el país y de todas las áreas del BPS. Las obras fueron setenta y cuatro de las cuales se están publicando sesenta y tres.

Sobre el contenido, Uds. lo evaluarán, pero sin duda recoge la diversidad que nos conforma, integrando las visiones y sensibilidades de administrativos, profesionales, hacia compañeros, jubilados, madres, niños, en definitiva, lo que vivimos a diario.

Por otra parte, también se integra a la publicación de estos trabajos el resultado del llamado a concurso de fotografía, una experiencia que intenta complementar otro aspecto de nuestras aptitudes y talentos, desconocidos para el resto de la Organización. Treinta y una obras integran esta publicación.

Esperamos el próximo año, seguir recogiendo nuestra historia y nuestro presente, para continuar construyendo un BPS más solidario, inclusivo y reconocido por sus funcionarios.

Agradecemos especialmente la desinteresada participación de todos quienes integraron ambos tribunales, así como la excelente labor realizada.

Comité de Organización de Actividades Conmemorativas del Bicentenario

SUMARIO

Concurso Literario

Premio	Título de la Obra	Seudónimo	Autor	Departamento
Primero	Una Guardia del Canzani	Fefoo	Luis Fernando García	Montevideo
Segundo	Células	Wasabi	Javier Martínez Benvenutto	Montevideo
Tercero	La facit	Abaité	Denis Dutra	Salto

Menciones:

Título de la Obra	Seudónimo	Autor	Departamento
González	Amelie Poulain	Irma Quesada	Montevideo
Pagadores de la Caja	Igmes Lenacio	Carlos Lemes	Paysandú
Doctores de la Vida	Luces en las sombras	Silvia Lema en representación del Equipo de Cuidados Paliativos del DEMEQUI	Montevideo
La Lata	Emay	Estela Algorta	Salto
Josesito	Churrinche	Douglas Crampton	Montevideo

El Tribunal acordó incluir una sexta Mención:

Volviendo al Color	Lacha	Victoria Quimbo	Montevideo

Seleccionados por su mérito literario

Título de la Obra	Seudónimo	Autor	Departamento
Pagos de Garzón	La testigo de 'ña Cándida	Rosana Piñeiro	Rocha
De un tiempo a esta parte...			
Reminiscencias	Cemar	María del Carmen Iglesias	Montevideo
Unos ojos que brillaban	Manuel Mandeb	Guillermo Goss	Montevideo
Rompevientos	El Tronos	Jorge Braulio Rodríguez	Montevideo
Pepe y El Loco del Interior	Memorioso Pérez	Justo José Medero	Montevideo
Inés	Emay	Estela Algorta	Salto
Almuerzo Inusual	Peta	Ana María Marzullo	Montevideo
Después de una gran tormenta, sale el sol...	Flor	María de los Angeles Ramos	Montevideo
La Sonrisa de Diego	Mylosan	María Isabel Pellegrini	Canelones
Acá estoy señorita	Rolo	Rodolfo Fernández-Chaves	Rocha
Mi vida de la mano de BPS	Shisa	Shisela Mier	Colonia
La viveza de mis hijos	El Licenciado	Néstor Taranco	Canelones
Los ojos que construyen el mundo	Entremares	José Eduardo Steiner, Alicia Enciso, Amparo Ortiz, Cecilia Sarasua, Andrea Altez, Nancy Ichazo	Montevideo
Volver	Sándalo	Graciela Petronio	Canelones
Giras de Pagos en avión	Orgullo	María Laura Reilly	Canelones
Mi Bandera	Mario 13	Mario Fernández	Soriano
Ya pasó	Buzios	Pedro Jaurena	Montevideo
Un día... una señora... un príncipe chiquito	La Vasca	María Graciela Ureta	Montevideo
Las vueltas de la vida	CPM 11	Natalia Pittaluga	Montevideo
Mis primeros pasos en BPS	Annah	María Elena Cruz	Flores
Buena Perspectiva Social	Leox	Cristina Batalla	Montevideo
Asesoramiento a un trabajador	Lalo	Eduardo Olivera	Tacuarembó
La generación del 50'	Tinta Brava	Oscar Leonardo Martínez	Montevideo
Las polifunciones de un simple funcionario	Chacho	Esteban Mauricio Cachón	Maldonado
Historias de una oficina	Guyunusa	María Beatriz Da Costa	Rivera
Del otro lado del mostrador	El Magú	Juan José Massiotti	Montevideo
El jubilado italiano	Urlauy	Daniel Souto	Montevideo
Encuentro Marcado	Brujita	María Irma Rodríguez	Montevideo
Mirando desde Lejos	Agata	María Irma Rodríguez	Montevideo
María Madre Coraje	Mercedaria	Bettina Piñeyro	Soriano
Comienzo abrupto	Nina	Natalia Osorio	Montevideo
Procesos y experiencias de un trabajador	Aquiles	Alvaro Felipe Costa	Canelones
La Sucursal	Ugly Duck	María del Rosario Gómez	Montevideo
Investigaciones en zona rural	La Turca	Mónica Majul	Soriano
Pago de Pasividades	La Turca	Mónica Majul	Soriano
¿Todo pasa por algo?	Francesca C.	María Magdalena Zaffiri	Montevideo
La Pensión	Gardel	María del Rosario García	Canelones
Del otro lado	Ketaca	María del Rosario Mallo	Montevideo
Como pato en el agua	Teo	Pablo Molina	Paysandú
El BPS y Mi Familia	Gandalf	Julio Fleitas	Montevideo
Reinventar la Vida	Azul	Milka Ríos	Montevideo
Solidaridad	Simeón	Daniel Calisto	Montevideo
Declaración Jurada	Simeón	Daniel Calisto	Montevideo
¡Cómo cuesta decir adiós!	Trece	Carlos Edgardo Pérez D'Auria	Florida
El Doctor	Amelie Poulain	Irma Quesada	Montevideo
José	Peta	Ana María Marzullo	Montevideo
Algo faltó	Abaité	Denis Dutra	Salto
La paradoja	Ebenezer	Alvaro Edelman	Montevideo

Concurso Fotográfico

Categoría "Valores Naturales o Productivos de cada Departamento"

Premio	Título de la Obra	Seudónimo	Autor
Primer premio	No son mares pero son mares igual	Arcano	Fabián Pazos
Mención c/premio	Apuesta al mar	Milenrama	María Patricia Seco
Mención c/premio	Trabajo de campo	Margo	Adriana Scardino

Categoría "Valores Históricos de cada Departamento"

Premio	Título de la Obra	Seudónimo	Autor
Primer Premio	Capilla junto al camino	Quijote	Javier Jaime
Mención c/premio	Fortaleza	Nz	Gonzalo Larrosa
Mención c/premio	Testigo urbano	Neno	Magdalena Tonc

Categoría "Diferentes colectivos a los que sirve BPS: trabajadores, empresarios, madres y niños, adultos mayores"

Premio	Título de la Obra	Seudónimo	Autor
Primer Premio	Charla de gemelas	Natividad	Ma. Natalia Baricevich
Mención c/premio	Abuela y nieto	Zeratul	Oscar Pellerey
Mención c/premio	Nuestro Campo	Chipi	Stefania Natalia Priario

Menciones Honoríficas:

Título de la Obra	Seudónimo	Autor
Manos que trabajan	Kitty	Quintina Yisell Niz
Cruzando el Blanquillo	Emay	Estela María Algorta
Anochecer en Almirón	Abril	Josette Marichal
El mundo desde El Catay	Butiá	Rosana Piñeiro
Esperando el Paraíso	Nereo 3130	Washington Marquez
Casa de recuerdos	Juno	Verónica Severi
Marco natural	Tío Julio	Julio César Castillo
Las bellezas que no observamos	Gab H	Gabriela Herrera
Ginko Biloba	Le Rondine	Mirna Mondino
Estación Palermo	Bob Dylan	Gonzalo Moreira
Fuente de Venus	Susan Sontag	Irma Amelia Quesada
Verdugo tiempo	Benito	Diego Raúl Amarante
Termo y Jarra, Laureles, Tacuarembó	Oly pus	Jorge González
Domingo en Tristán	Margo	Adriana Scardino
Atardecer en Rincón del Bonete	Charo	Eva Rosario Correa
Efecto	Zana	Natalia Lemo Estrada
Cascada	Calipso	Ana Silveira Pérez
Tarde en las costas del Este de Colonia	Shisa	Shisela Mier
Torre de Santa Teresa	Shisa	Shisela Mier
Como la vida	Tío Bobe	Rodolfo Fernández-Chaves
Puertito de los Botes – Rocha	Anvir	Angel Rocha

"Fotografiar es colocar la cabeza, el ojo
y el corazón en un mismo eje"

Henry Cartier-Bresson

Las imágenes que ilustran esta publicación fueron destacadas con premios o menciones en el concurso fotográfico "19 Departamentos y BPS, creciendo en el Bicentenario", en sus tres categorías: "Valores Históricos de cada Departamento", "Valores Naturales o Productivos de cada Departamento" y "Diferentes colectivos a los que sirve BPS: trabajadores, empresarios, madres y niños, adultos mayores".

Como dice el fotógrafo Fred Mc Cullin: "La fotografía no puede cambiar la realidad pero sí puede mostrarla". Así es como ha sido vista por los funcionarios del BPS de todo el país. He aquí su mirada atenta, oportuna, sensible…

El Jurado del Concurso Fotográfico estuvo integrado por:

Fotógrafo Sr. Ricardo Fernández
Secretaría de Comunicación Institucional
de Presidencia de la República

Fotógrafo Sr. Oscar Otero
Ex funcionario de BPS (Jubilado)

Sr. Jorge Bonino
Funcionario de Imagen y Comunicaciones de BPS

"Toda palabra es caracola sutil
en que rumorean las voces de los siglos"

La celebración del Bicentenario de nuestra nación nos convocó a este concurso de relatos.

En cada palabra, descubrimos el reflejo de muchas vidas y vemos que la historia institucional se cruza con la personal. Con humor, con drama, con ingenio, estos relatos, en forma fragmentaria, hacen a la construcción de nuestra identidad.

Cómo definir a una institución si no es a través de sus trabajadores, de su gente. Aquí, trabajadores, jubilados, pensionistas, madres y niños, empresas, conformamos un universo individual y colectivo tan rico como el BPS mismo.

Se dice que las personas pasan pero las instituciones quedan, las historias aquí contadas nos demuestran que son indivisibles, que perdurarán tanto o más que las instituciones a través de esas pequeñas acciones del día a día, de esos momentos que nos hacen únicos, que nos identifican.

Las líneas que siguen, llenas de cotidianeidad, esconden la esencia de un continuo ser con el otro, de crecer pensando en el otro.

Seguramente, este concurso será la excusa para abrir otras puertas a nuevos intentos de participación y de reflexión. Porque luego de leer cada una de estas historias, uno puede viajar en el tiempo, reírse un rato, transportarse a recónditos lugares de nuestro país y de nuestro BPS. Pero también reflexionar sobre lo que somos, lo que nos define, lo que nos enorgullece.

Licenciado Alberto Zimberg
Profesora Laura Frutos
Profesora Natalia Faral

Integrantes del Jurado del Concurso Literario.

PRIMER PREMIO

Una guardia del Canzani

Un invierno, de guardia en el Canzani, cuando aún no existían aires acondicionados y los radiadores no siempre funcionaban, llaman de puerta para una consulta.
Con Pedro mi compañero de guardia, beberíamos el cafecito acostumbrado post-almuerzo en el cuarto de pediatras, cuando tomé valor y le dije que yo bajaba, enfrentándome al frío de los lugares más inhóspitos del edificio.

Llegado a puerta veo a Matilde, nuestra confiable enfermera, consolando una mujer de piel oscura que lloraba, diciéndole que se tranquilizara, que el médico le aclararía todo. Eso resonó en mis oídos, ya que ese médico era precisamente “yo”.

La usuaria derivada de la Policlínica de Alto Riesgo (PARO), con apenas 6 semanas de embarazo tenía las cifras de presión arterial mas elevadas de lo normal y debía estudiarse. Esto podría afectar a su bebé por lo temprano del embarazo y era mejor internarla unos días.
Luego, lo dicho por los colegas de PARO, desencadenó angustia y llanto.

Noté el tono norteño en su acento y pregunté si estaba acompañada, lo cual asintió; su esposo aguardaba fuera. Lo hice pasar y dialogamos junto a Matilde. El morocho de complexión fuerte, trabajaba en la construcción y contó que venían de Artigas; estaban solos en Montevideo.
Saber que algo podía dañar a su bebé, afectó a Sara, su esposa.

Hablé claro, en lenguaje sencillo y delicado; Juan esposo de Sara, escuchaba serio, callado y expectante de mis palabras y Sara poco a poco dejó de llorar, haciendo preguntas.
Matilde tomó su mate, que siempre tenía escondido en la enfermería del sector, y se sentó en la escalerilla a los pies de la camilla. Terminó la charla con alguna sonrisa de Sara, que aceptó la internación, pero Juan seguía serio y preocupado.

Luego del ingreso, me avisan que Juan deseaba hablarme. Fui a su encuentro y me trasmitió la preocupación por la salud del bebé y sobre todo de Sara. Hablamos largo rato y finalmente, aunque seguía de pocas palabras, su cara cambió.

Sara estuvo una semana y en mi guardia siguiente le dimos el alta, con tratamiento habitual. La pareja me dijo que deseaban seguir viéndome, ya que al ir a PARO aprovecharían para mostrarme su evolución, siempre y cuando no causara inconvenientes.
Accedí a su pedido y recibí a Sara en todas las guardias que rondaban los días 10 de cada mes. Siempre discretamente vestida, daba gusto verla del brazo de Juan y una vieja carpeta, donde guardaba todo lo referente a su embarazo. Voy a hacer un álbum de Marquitos decía, mientras la ordenaba y cerraba cuidadosamente.

Comenzábamos hablando de su embarazo, los estudios, los movimientos del feto pero terminábamos en su ciudad natal, a la que extrañaban mucho.
Solicitaron que atendiera su parto, pero le aclaré que lo haría la guardia donde se desencadenara el Trabajo de Parto. Ellos insistieron en que no conocían a nadie con la confianza que habían desarrollado en mí y que "si el problema es dinero, nosotros….." Corté su exposición diciendo que allí no nos manejábamos así, no había partos de elección, pero de todas maneras "...veríamos".

Se acercaba el 9no. mes concurriendo todas y cada una de las fechas indicadas, la mayoría de veces junto a Juan y expresando cada tanto que deseaban ver, sentir y disfrutar de un parto normal, atendido por mí.

El día llegó, justo un 3 de Mayo, fecha de mi propio cumpleaños. Todos sabían que si ingresaba una paciente con tales y cuales características, debían llamarme.
Mis amigos y familiares vendrían por la noche, así que, cuando salí alrededor de las 18 horas, mi esposa me repetía que no regresara muy tarde.

Llegado al sanatorio, hablé con la guardia para ser respetuoso con los colegas, que me señalaron inmediatamente que estaba a cargo de Sara y que se ponían a mis órdenes por cualquier cosa. El Trabajo de Parto fue muy lento, aunque dentro de lo esperado.
Sara repetía que quería tener su parto normal mientras Juan, le pedía que me dejara esas cosas a mí… "él sabe lo que tiene que hacer, no lo molestes" decía.

Las horas pasaban y cuando fue lo bastante tarde como para que los visitantes de mi casa se hubieran marchado, saqué el reloj de mi muñeca y esperé a que todo sucediera, sin apresuramientos.

Sara fue llevada a Sala de Partos y dije a Juan que podría acompañarnos; aceptó asombrado, no sin antes preguntar "puedo???".

El bebé no salía, parecía no desprenderse más de su madre, quien lo había albergado tanto tiempo. Dudé, miré el Fórceps, que apuraría esa etapa, pero… al fin salió!
Lo tomó el Neonatólogo y en forma muy rápida hizo las maniobras que estaba acostumbrado a ver realizar con cada recién nacido, pero Marquitos... no lloraba.
Yo asistía a Sara en el alumbramiento y esperaba oír el primer llanto del bebé. Mi corazón parecía que por momentos latía muy fuerte y por otros se detenía; los segundos pasaban … y nada!

Hasta que por fin ...! Un llanto reprimido por 9 meses, sonó fuerte… muy fuerte.
Miré a mi derecha y Juan con los ojos llenos de lágrimas me dijo "gracias Don Fernando… muchas gracias". Debajo del tapabocas, mi respiración y sudoración lo habían empapado, pero por encima de él, el sudor y las lágrimas se confundían en mi cara.

Cuando llegué a mi casa un trozo de torta de cumpleaños me esperaba sobre la mesa con una velita en el centro y un cartel que rezaba "Feliz cumple Doctor".

En algunos días los ánimos de mi familia se normalizaron por la ausencia justamente en mi onomástico, pero lo experimentado valía la pena.
Pasaron 2 meses del parto cuando me llaman de puerta.
Bajé y muy alegres me esperaban Sara, Juan y su hijo, junto a Matilde.
Lo tuve en los brazos, mientras preguntaba cómo iba todo, si Marquitos se prendía bien a la teta, cuando Sara me contestó:
"Marcos no doctor, Fernandito...
Luego del cariño que durante todo este tiempo nos han dedicado, queremos recordarlos a Ud. y a toda la gente del Canzani, con el mismo amor que veremos crecer a nuestro hijo".

(Los nombres de colegas y compañeros han sido cambiados para preservar su intimidad).

Luis Fernando García
Montevideo

SEGUNDO PREMIO

Células

El setenta por ciento del polvo que barremos en nuestras casas son células muertas de las personas que la habitan. Entonces debería ser un verbo reflexivo: yo me barro, tú te barres, nosotros nos barremos. Pienso en las células abandonadas de toda la gente que entra y sale, mientras miro a Eva pasar con el carrito de la limpieza. Pienso en esto porque es lo único que me acerca a ella; que barre mis células muertas una vez que dejo el escritorio. Claro que también las de miles más, pero fantaseo que alrededor de mi espacio lo hace con amor. Es una idea que me abriga, mientras pulso el llamador y veo quién viene.
Todo lo que sé de Eva me lo contó Clarisa, su madre. Nos conocimos un día peleándonos por el último lugar del estacionamiento de las motos. Al final enganchamos las dos juntas ya que nos íbamos a la misma hora. Ella también trabaja para la empresa de limpieza. Le ha conseguido el trabajo pero espera que sea por poco tiempo. Clarisa no quiere que se quede en casa mientras ella está fuera.
– No confío en mi pareja. – me dijo un día en la cocina y no supe qué responder.
– Cuando termine bachillerato buscará otra cosa, algo que le permita seguir estudiando. Quiere seguir, vamos a ver. Si dios quiere vamos a poder.

Riccieri viene hacia mí, medio doblado, medio partido. Haga frío o calor entra siempre arremangado, con las venas por fuera y una agenda envejecida apretada bajo el brazo bueno. Tenía un camión y en un accidente en la ruta entre Durazno y Trinidad su vida cambió para siempre. Ya no pudo manejar como profesional y debió emplearse en una gestoría de un primo suyo. Se quedó solo. Me lo contó una tarde hace tiempo ya, cuando en un diskette entraban cincuenta nóminas y ambos nos quedábamos frente a frente esperando el fin del procesamiento. Le enseñé muchas cosas, lo ayudé, no sabría decir por qué hice por él más que por otros. Tal vez porque no se compadecía de sí mismo y porque tiene un fino sentido del humor cargado de ironía. Esta vez me cuenta algo importante. Se acerca a mi mesa y me da la mano.
– Me jubilo. – dice.
– ¿Te salió? Bueno, no sé si alegrarme o no. Te felicito. – me corregí.
– Gracias querido. Ya no voy a venir, voy a tener tiempo para hacer cosas que quiero hacer. Me voy a ocupar de otros asuntos. Se me va la vida y lo peor es que ni siquiera se la lleva alguien. Gracias por todo.
– De nada Riccieri. Buena suerte. Y no estás tan viejo.
Me mira y afina los ojos.
– La vejez es un plato que se come frío.
Hace una pausa y supuse que se explicaría pero cambió de tema.
– Todos hacemos lo que tenemos que hacer pero a veces hay una diferencia sutil. A veces uno hace algo por alguien. Cuando estuve en el hospital una enfermera sintió mi dolor. – se detuvo.
Le gusta hablar así, siempre me deja pensando. También por eso me cae bien Riccieri.
– Me voy pibe.

He acabado por conocer personas al cabo de tantas veces que me tocó atenderlas. En pocos años he visto pasar la vida, he visto panzas crecer por asados o embarazos, peinados nuevos, cadetes que progresan. Nos defendemos del trato cercano, humano, somos eficientes, impersonales. Pero un buen día una mirada o una sonrisa bien dada se nos cuela. Es lo que le ocurrió a la enfermera de Riccieri. Ellas y los médicos ceden cada tanto a la empatía y sienten el dolor del paciente. Les pasa a los psicólogos que lloran sorprendidos de sí mismos al escuchar una historia como tantas que han escuchado. Pero diferente. Algo resuena en ellos, algo escapa a la preparación profesional para no involucrarse. Nos pasa aquí. Lo que va luego viene. Antes de que se vaya le pregunto quién vendrá en su lugar. Nos ponemos de pie, lo acompaño hasta la claridad de la plaza, nos damos un abrazo.

Eva entra con una carpeta azul y el pelo recogido en un moño. La miro sacar número mientras atiendo a una señora. El hall está lleno así que se sienta a esperar, se suelta el pelo y desprende los botones del saquito rosa chicle. Me ha dicho Riccieri que en el estudio están contentos con ella y verla allí me despeja, me acomoda la tarde. Es un clic interno y silencioso justo cuando, sin saber bien por qué, todo hacía que fuera cayendo en el desasosiego.
Y ahora es un juego de azar: tengo una chance de pulsar el llamador y que al número que tiene en su mano le toque mi puesto. Si acierto, ella vendrá, se sentará frente a mí, me dirá hola, abrirá la carpeta azul, se acomodará el pelo lacio tras la oreja y me regalará una sonrisa. Y barrerá mis células vivas.

Javier Martínez
Montevideo

APUESTA AL MAR - María Patricia Seco - Mención con premio

TERCER PREMIO

La Facit

Los ojos de los pasantes parecían que les iban a saltar. No lo podían creer. Sentados frente al veterano escuchaban atentamente el relato, medio descreídos, extrañados, sorprendidos.

No podían entender cómo se podía liquidar una jubilación realizando cálculos con una "Facit", una máquina de museo. Pero no solamente eso, sino también que había que realizar todas las cuentas, desde los servicios que se tenían que sumar uno a uno para establecer luego el porcentaje de asignación, y posteriormente realizar los cálculos que generalmente, en aquel tiempo eran periodos bastante largos, donde se liquidaban varios años de haberes. El famoso "monto" como lo llamaba la gente.
El "monto" pasó a ser parte de una tradición popular adoptada por todos aquellos que se iban a jubilar, manteniéndose hasta estos días.

-Miren gurises – decía el veterano - antes no era como ahora que ustedes entran a la máquina y pegan cuatro o cinco dedazos y ya está todo pronto. Antes nos llevaba casi un día entero de trabajo liquidar una jubilación. Y ni te digo cuando teníamos que reformar una pensión de esas que le habían dado por los años sesenta; dos días nos pasábamos liquidando.

-¿No le parece que exagera Don? – puso en duda uno de los pasantes - ¿dos días liquidando una pensión? – insistía.

El viejo funcionario los miraba, y una sonrisa se le dibujaba en su cara. Parecía que hubiera entrado en trance. Agachó la cabeza para evitar distraerse con otra cosa porque había comenzado a pensar en el día que había entrado a trabajar. Treinta y siete años atrás, la melena larga, pantalones "bombilla", camisa blanca, saco, corbata; peinado con la raya al costado "a la gomina".
Recuerda que quería impresionar al Jefe de la Caja Civil, lugar donde había sido destinado a trabajar; quería demostrar que podía quedarse en forma definitiva y la presentación era un tema que no había que descuidar.

-¿Cómo anda para los números? – fue la primer pregunta que le hizo su Jefe.

-Yo estudié algunos meses Contabilidad con un Profesor de Matemáticas del Liceo – contestó.

-Bueno, entonces va a trabajar un tiempo con el Sr. Bermúdez que es Liquidador (con mayúscula; los liquidadores tenían un aire de funcionarios especiales por dicha tarea), probamos y vemos si anda.

A los dos años el Sr. Bermúdez se jubiló. Él mismo se liquidó el expediente para no tener que andar molestando a nadie. Aparte nunca había confiado en el "gurí nuevo" que lo dejaba haciendo su trabajo.
A partir de ese momento, el ahora veterano, se hizo de la "Facit" que la tenía el otro liquidador, y se la quedó como si fuera un trofeo de guerra.
Veinte años trabajando sin despegarse de la "Facit", máquina que superó todas las tecnologías que le sobrevinieron. Hasta que llegó el nuevo sistema de liquidaciones y el veterano optó por dejar ese tipo de trabajo y pidió encargarse del archivo.

Hoy no se sabe quién está acomodadito en un rincón, si la "Facit" o el veterano. Pero allí quedaron los dos. Juntos. Como la primera vez que se conocieron. En un diálogo silencioso, pero que de algún modo todos los escuchan.
Los pasantes los acompañan siempre. Un relato tras otro el veterano cuenta todos los días. Ha juntado tanta historia en todos estos años que cada charla es una nueva experiencia, nunca se repite; parecería que tuviera todo ordenado para ir contándolo por capítulos. Parecería que cada historia viene de la mano de la que contó el día anterior.
En lo único que se repite, es en ese momento justo donde genera un silencio, mira uno a uno a los pasantes y agacha la cabeza. Todos saben que ese momento indica que deben de levantarse e irse a sus puestos a seguir con la tarea. Todos saben que el veterano ahora está soñando. Y lo respetan. Todos saben que el veterano en algún momento no va a estar más allí, junto a la "Facit", pero seguramente cuando él no esté, en silencio, sin ningún movimiento, la propia "Facit" va a contar los capítulos que faltaron en esta historia.

Denis Dutra
Salto

MENCIÓN

González

Aunque trabajamos juntos mucho tiempo, no sabía ni su nombre de pila. Ocupaba un escritorio vecino al mío, y era un hombre hosco, de pocas palabras, ya entrado en años y con mucho cansancio sobre los hombros.
No participaba en ningún festejo de cumpleaños, ni sabíamos bien en qué fecha caía el suyo, aunque teníamos idea que lo ocultaba tomando un día de licencia.
Sin embargo, con el público tenía un trato respetuoso y era un trabajador sumamente responsable, que cumplía sus tareas a carta cabal, alejándose de su silla apenas lo indispensable.
Su media hora para almorzar consistía en estrictos treinta minutos, y cumplía con el ritual fuera de la oficina. El resto de la jornada no tomaba té, ni café ni mate, y un par de veces se dirigía al baño de caballeros.
Sin embargo, un día ocurrió algo que cambiaría para siempre mi manera de percibir a González.
Una jornada como cualquier otra, a media mañana, una señora mayor se sentó en su escritorio, con un trozo de papel en la mano que le entregó al funcionario. Se veía preocupada, y a medida que él consultaba la pantalla de la computadora, silenciosamente, su estado de ánimo parecía empeorar.
Algo me hizo prestar atención al hecho rutinario y aunque nuestros escritorios estaban cercanos, la señora y González hablaban en un tono bajo, y no podía oírlos del todo.

-...me dijeron que cobraba hoy. –decía la señora. –... pedí prestado para venir, ¿se da cuenta? Y ahora...

-...mañana. –oí decir a González.

La mujer se paró, lentamente, y miró a través del escritorio con una expresión resignada.

-...no se preocupe... ...me arreglaré... –alcancé a oír que decía.

Entonces, sucedió lo inesperado. González se levantó a su vez, y fue hacia ella, y de la frase que dijo sólo pude oír “acompañarla”.
En ese momento decidí ir a lavarme las manos, y de pronto tuve una visión muy clara de la puerta de calle. González estaba parado allí, tomándole la mano a la señora, que negaba con la cabeza. Él asentía y de pronto pareció convencerla, porque se soltaron sus manos y la señora guardó algo en su cartera, y se dispuso a irse. Pude leer en sus labios que decía “gracias”, pero González ya no podía oírla, apurado por volver a su lugar de trabajo.
El resto de la mañana transcurrió en forma rutinaria, salvo por el hecho de que llegó el mediodía y González no se levantó como siempre, para irse a almorzar. Como nos turnábamos para hacerlo, y yo lo hacía al volver él, tuve que preguntar.

-¿No vas a almorzar hoy, González? Ya son doce y diez...

-No... –respondió él. –No ando bien del hígado. Andá vos si querés.

Me puse de pie para ir a almorzar, y me di cuenta que el compañero no era fiel a la verdad. Algo más había tras su negativa a almorzar, y no era precisamente un ataque al hígado. Entonces, crucé a la panadería, y junto con un sándwich para mí, pedí que me prepararan dos más, de queso sin manteca, para llevar.
Al volver a mi escritorio, puse los sándwiches fuera de la vista, y esperé que González estuviera sin público.

-Haceme un favor, que compré de más y no voy directo a mi casa. –dije apoyando los sándwiches y una manzana en el cajón vacío. –Dice mi madre que no es bueno para el hígado no comer nada.
González miró el cajón con expresión incrédula.

-Te agradezco, así no se desperdicia. –le dije, me di media vuelta y volví a trabajar.

Sin decir una palabra, tomó el paquetito y la manzana, miró el reloj y me pareció oír algo así como “vuelvo en media hora”. Pero sí le entendí claramente cuando al volver, se paró frente a mi escritorio y dijo la frase más larga que, hasta entonces, me había dedicado nunca:
-Muchas gracias. Estaba todo riquísimo.

Yrma Quesada
Montevideo

MENCIÓN

Pagadores de la Caja

Aquel verano del `87 fue sin dudas el más lindo de mi infancia, al compartir con mis abuelos paternos su casita en Cerro Chato, en el interior profundo de Paysandú.

Ser el único niño en la casa, evidentemente, tenía sus ventajas, descubrir los montes y los campos, dormir la siesta bajo el paraíso junto al arroyito, comer dulce de membrillo de la olla, tirarle piedras a los pajaritos que las esquivaban mágicamente, meses hermosos que los años que transcurren me hacen valorar cada vez un poquito más. Sin embargo, cada tanto, esa tranquilidad y monotonía características de los pueblitos chicos y aislados de nuestro país se veía interrumpida por la llegada de unos personajes extraños y a la vez admirados a los que mi abuela llamaba “los pagadores”, míticos seres originarios de la ciudad, provenientes de un organismo estatal conocido como “La Caja” (confieso que cuando niño me parecía muy gracioso y confuso el hecho de que más de una persona pudiese entrar en una caja y sentirse cómodo); también, extrañamente, junto con el advenimiento de estos raros especímenes de hombre de ciudad, comenzaba tácitamente un ritual poco perceptible para los ajenos que llegaban motorizados desde distancias lejanas. El grito agudo de “ahí vienen los pagadores” repetido hasta que el vecino que vivía campo de por medio se daba por aludido y comenzaba a pasar la posta al vecino siguiente, taladraba nuestros oídos y surgía la preocupación si el llamado no era atendido, ya que entonces se cortaba la cadena.

Acompañé al abuelo y a la abuela dos veces; allí, se encontraban los vecinos, amigos y parientes que hacía casi un mes no se veían, casualmente desde el último pago, allí nos enteramos de que doña Berta se fue para el pueblo porque estaba muy enferma y

también que don Francisco le compró las 2 lecheras, los chanchos y las pocas gallinas que tenía; en ese lugar se encontraban todos y todos se informaban de lo sucedido, estos vecinos hablaban de leguas en lugar de cuadras y aún poseían el privilegio de levantar la vista y mirar lejos.

Nos colocamos últimos en esa fila de personas y paso a paso avanzamos hasta quedar frente a dos personas de gesto cálido que llamaron a mis abuelos por su nombre, uno de ellos estiró sonriendo su mano abierta pidiéndome los documentos que mis abuelos me habían dado y como "secretario" orgullosamente los entregué, con una habilidad poco vista para mis 8 años movió rápidamente los dedos y aparecieron dos recibos que mis abuelos firmaron; dos pasos a la izquierda enfrentamos al señor que cuidaba una cajita de madera, una cajita mágica que transformó los recibos de mis abuelos en dinero y... cuando dejé de pensar en la rapidez de esos dedos, los billetes ya tenían como destino los bolsillos de quienes acompañaba… Minutos más tarde conversábamos nuevamente con los vecinos, y lo último que recuerdo de este encuentro es la nube de tierra colorada que dejaron los "pagadores" y su auto, acompañada de mi boca un tanto abierta por la admiración hacia estos seres, casi comparables en ese momento a Febo, Atenea o el mismísimo Zeus.

Pero los años pasan y los tiempos cambian… Por cuestiones cronológicas mi abuelo ya no está, mi abuela, enferma, emigró hacia otro departamento, el grito agudo de vecino a vecino fue sustituido por el mensaje de texto, la Economía y el rubro Costos son quienes dictan que es más barato comprar el dulce de membrillo que hacerlo, la última piedra que tiré fue enseñándole a mi hijo cómo hacerlo, rompí un vidrio y (por supuesto) recibí un regaño de mi esposa.
También por esos extraños caprichos del destino, de tanto en tanto me toca llegar a mí con aquella cajita de madera entre las manos (en la sucursal existe la leyenda de que es la misma que hace seis lustros) y veo en esos tantos niños de pocos años, ojitos curiosos que me miran y al igual que en el pasado veo que ven lo que veo y estudian al "Pagador de la Caja" como lo hice veinticuatro años atrás y confieso que se me eriza la piel al revivirlo.
Casi nadie recuerda ya a mis abuelos, por supuesto que tampoco ningún vecino recuerda a este niño que vivió dos meses entre los chircales, la tierra, las piedras; y si bien hace ya tres años que soy un "pagador de la caja" cada vez que sobre el camino aparece el pueblito, se producen una cantidad de sensaciones que no sé dominar y que solo pueden resumirse en "gracias por la oportunidad".
Asimismo, dentro de la otra cajita, la del corazón, atesoro la experiencia de quienes han compartido conmigo las giras de Pago en Paysandú: los más que nunca vigentes Anna Erbaggi, Alicia Francolino, Roberto Rodríguez, Marta Vega y el ya jubilado José "Yayo" Logiurato fueron, son y serán grandes maestros y compañeros que me han ayudado mucho en este camino, para ellos mi reconocimiento y sincero agradecimiento.

Carlos Lemes
Paysandú

CAPILLA JUNTO AL CAMINO - Javier Jaime - Valores Históricos de cada departamento - Primer Premio

MENCIÓN

Doctores de la Vida

(Este relato fue escrito en representación del Equipo de Cuidados paliativos del DEMEQUI)

"Y en la fiesta del pobre sucederán los hijos,
los que mañana mismo pueden todo cambiarlo"
A. Zitarrosa

El extremo superior de la vieja camilla golpea con violencia en la puerta de la emergencia del Canzani.

La guardia somnolienta advierte un parto difícil. A bordo de la camilla obstétrica una mujer llora. No llora como el día anterior, ni como el mes anterior, ni como el año anterior. Antes lloraba por la vida y ahora llora de vida.

Siente dolor y se contorsiona. Reprime un grito gutural que se le aloja en el pecho, cree que se va a desvanecer pero resiste, se le amontonan sentimientos, se le mezclan imágenes..... hoy va a conocer el amor.

En el hall, un hombre indisimulablemente nervioso espera novedades. Imposible presumir sus pensamientos. Todavía no consigue arrepentirse de todas las veces que devolvió al alma de aquella mujer todos los golpes que la vida le diera a él.

Es primavera del 2002, los efectos de la crisis se hacen patentes en los uniformes y los rostros exhaustos por el multiempleo de los trabajadores de la salud.
Supliendo con pasión vocacional las deficiencias, el equipo técnico se esmera. Luego de veinte minutos de delicado trabajo de parto, el grito tenue de un niño irrumpe confundiéndose con el llanto de su progenitora.
Con prematurez severa y parálisis cerebral nació Juan, y en su vida muchas vidas que vale la pena contar.

Carmen es plenamente consciente de lo que le depara el futuro, siente que la vida la pone a prueba otra vez y no se pregunta por qué. Ni por un instante piensa en rendirse. No acepta su realidad con resignación ni como un designio de la naturaleza. Sabe que es preciso luchar y sobre todo sabe que es posible vencer.
Con su fuerza incontenible le pone el pecho al mundo.
El amor parece que no puede desafiar a la ciencia, pero no se pierde nada intentándolo.

Juan se da cuenta de que él no es como los demás y con el tiempo también comprende que los demás no son como él.
Muchas veces escuchó que madre hay una sola, pero nunca pensó que le tocara una madre igualita a la que se había imaginado.
Siempre le dijo la verdad: que había nacido demasiado temprano, que su pronóstico no era alentador, que nunca iba a caminar, que debía someterse a muchos tratamientos, intervenciones y cirugías.
Desde su silla percibe el mundo. Siente las cosquillas del viento en la cara y disfruta cuando los rayos del sol se cuelan entre los intersticios de la ventana de su cuarto.
Carmen procesa los alimentos que Juan ingiere por la gastrotomía valorando cada gesto de su hijo. Una sonrisa, un movimiento del rostro, una palabra apenas audible, son motivos de alegría e indicios de esperanza. Cuando rememora el día en que los niños del barrio lo integraron al juego de pelota, la emoción la embarga.

Ya hace nueve años que Juan atraviesa las puertas del Departamento Médico Quirúrgico (DEMEQUI) del BPS. En los primeros tiempos venía acompañado del temor natural que inspiran en los niños los consultorios, los estetoscopios y las túnicas blancas.
Progresivamente y con el apoyo inconmensurable de su madre, se integró.

Casi sin darse cuenta, Juan y Carmen pasaron de pacientes a docentes, apoyando en el camino a otros padres y a otros niños en igual situación, efectivizando derechos y militando por la vida.
.....
Médicos, enfermeros, psicólogos, trabajadores sociales y todo el equipo de salud revalorizamos nuestra profesión y nuestra vocación frente al ejemplo de coraje y dignidad de una madre y un hijo que mancomunan esfuerzos por la humanización de la salud.
Acompañando su lucha nos dignificamos, comprendemos las peripecias del movimiento real de la vida.

Todos los trabajadores del área de la salud somos parte de esta historia y podemos sentirla como una victoria.
La luminosidad de su ejemplo alumbra el camino y nos obliga a trabajar más y mejor por todos los niños que pasan todos los días por nuestra Institución.
Tal vez, el legítimo orgullo de sentirnos más humanos pueda contagiarse con la velocidad de una epidemia hasta convertirse en fuerza material capaz de cambiar la vida.
.....
Carmen impulsa la silla por el corredor central, a su paso saluda a todos. Juan juega con el celular cuando se cruza con la pediatra, la mira por debajo de sus lentes, pone su dedo sobre la traqueotomía y alcanza a decir GRACIAS DOCTORA.

Es altamente probable que Carmen y Juan vivan sin saber que ellos son los verdaderos Doctores de la Vida.

P.D. Este relato se basa en la historia real de una familia que se atiende en el DEMEQUI, pero representa las historias de muchas familias. Para hacer públicas estas palabras privadas se cuenta con el consentimiento de sus protagonistas.

Silvia Lema en representación del Equipo de Cuidados Paliativos del DEMEQUI
Montevideo

MENCIÓN

La Lata

Corría el año 1995. BPS de Salto atendía en una antigua casa de principios del año 1900, que cuentan que pertenecía a una importante familia de la época, ubicada en la calle principal de la ciudad: Uruguay 431 enfrente a la plaza Treinta y Tres, una hermosa plaza muy cuidada, con variedad de flores y una pintoresca fuente, donde los salteños suelen ir a recrearse, tomar mate rodeados de niños que corren y andan en bici.
Cuando uno entraba a esa casa se preguntaba ¿cuántos secretos de antaño guardaban esas gruesas paredes? Con techos altos, todas las habitaciones que hacían de oficina daban a dos patios centrales, el primero más grande e importante con una enorme claraboya y el otro tenía una galería de vidrio con un trabajo de hierro realmente admirable; puertas de buena madera, herrajes de bronce y mil detalles más. Pasando la galería una hermosa escalera que daba al fondo y un subsuelo enorme que hacía de archivo. Cuentan los vecinos que de noche se sentían ruidos y puertas que se cerraban. ¿Serán los espíritus? ¿Serán tantas energías acumuladas en tantos expedientes? Muchos de ellos negados… ¿o simplemente ratas o ratones que de noche se sentían a sus anchas? Nadie hizo nada para averiguarlo…

En las primeras habitaciones, que hacían de oficina, se encontraba la Gerencia, Prestaciones de Pasivo y Activo; en el segundo patio me tocaba atender las coordinaciones al DEMEQUI. Las conexiones telefónicas daban sólo al primer patio. No existían los inalámbricos en esa época, por lo menos acá en Salto. El que conoce este trabajo sabe que el teléfono es imprescindible; todas las coordinaciones se hacían por esta vía. Cuando me llamaban por teléfono, mi compañera Elena corría a avisarme, se imaginan la cantidad de veces que tenía que hacer este trayecto desde la oficina de ella a la mía. Lo único positivo era que la mantenía en forma. Varias veces habíamos hecho la solicitud pero nunca alcanzaban los rubros ni tampoco venía la autorización para hacer la extensión telefónica. Un día almorzando con Elena se nos ocurrió la manera de solucionar este inconveniente; en la oficina de ella había una ventana que daba a un corredor y al final estaba la ventana de mi oficina, atamos una cuerda de los barrotes de la reja hasta los barrotes de la reja de la ventana que daba a mi oficina y en el extremo colgamos una lata con piedritas. Cuando me llamaban, Elena tiraba de la cuerda y me avisaba haciendo sonar la lata. Habíamos solucionado por el momento el problema. Pero había un inconveniente: varias veces uno estaba concentrado atendiendo y sonaba la lata…¡nos pegábamos un susto bárbaro! ¡y no se imaginan como reaccionaba la gente! Una vez sonó la lata cuando estaba atendiendo a una periodista y lo publicó en el diario local “Cambio”.

Un día avisaron que las autoridades del BPS iban a venir a Salto. Cada tanto hacían esas visitas por el interior del país. Con Elena pensamos que era el momento de plantearlo, cuando dieran la vuelta saludando a cada funcionario, buscaríamos las palabras adecuadas para no herir susceptibilidades y explicar de qué manera nos comunicábamos. Llegó el día, esperamos el momento adecuado y cuidando nuestras palabras les explicamos cuál había sido la solución del problema. Uno de ellos, nos escuchó con atención, observó y después de pensarlo, nos dijo: “¡Felicitaciones, así me gusta que los funcionarios apliquen el ingenio con creatividad y buen humor!”.

No recuerdo si fueron bien esas palabras, pero la conclusión es que la latita quedó autorizada en vez de autorizar la extensión telefónica solicitada.

Estela Algorta
Salto

MENCIÓN

Josesito

Josesito es uno de esos botijas que están todo el día en la calle, te abren la puerta del taxi o te piden una moneda cuando estamos comiendo en las mesas de afuera de la plaza Matriz.

Somos tres compañeras que siempre andamos juntas y desde hace tiempo es parte del paisaje de nuestro mediodía.

La cara sucia, el pelo siempre revuelto y la mirada pícara y fugaz, en casi nada se parece a los nuestros. Tal vez por eso a algunas personas les molesta, se burlan de él o peor comentan para que todos escuchemos cosas como “No te podés descuidar porque te afanan”, “Mirá los championes que tiene”, “Los padres están ahí cerca y lo mandan a pedir”.

Hasta nosotras mismas, tan solidarias cuando a algún compañero o a alguien de su familia que no conocemos le pasa algo, cuando miramos a estos niños tomamos una distancia atroz, como si no fueran parte de nuestro mundo.

Yo lo observo a veces largo rato, cuando está con otros niños como él y se pelean y agarran piedras y amenazan tirárselas, quiero ir a separarlos pero Inés me detiene y me dice:
– No te metas, están jugando.
– Pero se van a lastimar.
– Es su forma de relacionarse, son así.
Pero yo no creo del todo eso, un día se van lastimar en serio y me voy a sentir muy mal por no haber hecho nada. Inés dice que nosotros los lastimamos más, y una tarde me tocó comprobarlo.

Salía apurada por la puerta principal y encontré a Josesito llorando mientras un guardia de seguridad lo tenía agarrado del brazo.
– ¿Qué pasa acá? – le increpé- yo conozco a este niño, déjelo.

– Sabe que no puede meterse adentro del local a pedir, se lo dijimos muchas veces.
– Yo no hice nada, yo no pedía, una señora me invitó, me dijo que pasara con ella y ahora no está… no la veo.
– Déjelo, déjelo – grité, se lo arrebaté con furia y lo llevé conmigo.
Nos sentamos en un banco de la plaza sin hablar por un buen rato y compartimos un alfajor que llevaba en la cartera. Me olvidé de mi apuro, de mis tiempos y de mis obligaciones porque ahora mi prioridad era este niño y mi mundo tenía que ser el mundo de él. Entonces le miré los championes: estaban rotos, destrozados, agujereados por donde te imagines. Ese día cobrábamos el fondo y se me ocurrió decirle
– Vení, te voy a comprar unos championes nuevos.
No quería y me costó convencerlo, estaba desconfiado pero allá nos fuimos.

En una zapatería de la peatonal, un vendedor con cara de ridículo le miraba los pies sucios pero no se atrevió a decir nada. Al menor comentario nos hubiésemos ido a otro lugar.
Le quedaron preciosos, le cambió la cara, estaba radiante, feliz. Me dijo varias veces gracias señora y me dio uno de esos besos tiernos que dan los niños cuando quieren expresarte que te quieren mucho.

Pasó el tiempo, me cambiaron de edificio y unos cuantos meses después nos tocó volver por un día al hall de entrada de ATyR para probar un nuevo sistema de atención al público. Allí estábamos cuando sentimos los gritos de una mujer y veíamos la gente amontonarse en la puerta. Una señora de edad estaba tirada en el piso y otra un poco más joven pedía ayuda:
– Alguien que sea médico o que sepa algo, está operada, tiene un infarto…
Rápidamente uno de los becarios nuevos se instaló para intentar la resucitación, y se dirigió a nuestro grupo - ¿Alguien hizo el curso de RCP?
Me puse a su lado y le dije en voz baja - No sé como empezar.
– Vos seguime, presioná en esta parte 15 veces y pará hasta que te diga.
No sé cuanto tiempo estuvimos intentándolo pero la señora comenzaba a reaccionar, llegó la emergencia y nos apartaron.

Todavía no salía de mi emoción cuando siento unos golpecitos en la espalda, me di vuelta, era Josesito:
– Señora, señora, el monedero de la abuela.

Mientras estira la mano para dármelo miro a la gente, a mis compañeros, a la abuela que ya estaba consciente y se detuvo el tiempo.

A mi alrededor todo se achicaba, hasta yo misma me sentía pequeña mientras la figura de Josesito se agrandaba. Sentí que Josesito debía ocupar mi lugar, que cuando tuviese la edad de la abuela quería tener a un Josesito cerca. Así que lo abracé. Lo abracé bien fuerte en un abrazo que todavía no termina y que va a durar mucho más de un siglo.

Douglas Crampton
Montevideo

MENCIÓN ACORDADA POR EL JURADO

Volviendo al color

Era un día como todos los anteriores, se sintió el monótono clic del mouse seguido del timbre del llamador. Chillaron las bisagras de la puertita y un señor con la cara llena de dobleces y el pelo blanco se encaminó hacia mi escritorio; tenía un sobre marrón en sus manos todo arrugado y lleno de manchas pero vestía muy prolijo, se notaba que venía emperifollado con “la ropa de hacer tramites”, lo percibí en color sepia como a la mayoría del público, exceptuando a los anaranjados de “quiero hablar con el jefe”, a los rojos de “me querés complicar ¿eh?” y por supuesto los grises que estamos del otro lado del mostrador...

Ni bien me vio me mostró una sonrisa enorme y con huecos y emitió un tímido “buenos días” mientras se sentaba apoyando el sobre en el escritorio.

– “Señorita antes de empezar con el trámite le tengo que contar algo”, me dijo

– “Muy bien señor cuente nomás... así arrancamos a ordenar la documentación.

– La vez anterior que estuve aquí otra señorita me indicó los papeles que tenía que traer, me preguntó por mis padres, por mis hermanos y yo le conté todo, porque uno siempre debe ir con la verdad. Fui a la calle Uruguay como me dijo y me dieron todas las partidas menos la partida de defunción de mi hermana Sandra. Me dijeron que ahí no estaba, que no había nada, que chequeara si la información que tenía no estaba mal y yo le conté que mis padres y mis otros hermanos habían fallecido muchos años antes que Sandra, y que nosotros por una cuestión económica no teníamos contacto antes de que falleciera. Por económica quiero decir que ella vivía en San Gregorio de Polanco y ni yo tenía plata para ir hasta allá ni ella para venir. Ella habría fallecido en el 93 y por aquellos años era más difícil llegar a un teléfono y menos nosotros sin un peso. En el 94 un conocido del barrio viajó para allá por una changa y le pedí que le mandara saludos y me contara cómo estaba pero cuando mi vecino volvió me dijo que mi hermana había fallecido el año anterior. No sabe lo que lloré, señorita. Un año hacía que mi hermana estaba muerta y yo sin saber nada.

La otra joven me dijo muy claramente que tenía que volver cuando tuviera toda la documentación, así que empecé a pensar cómo podía conseguir esa partida y decidí que me iba a ir hasta San Gregorio de Polanco. Mi compañera me dijo que estaba loco, que si el trámite no me salía no importaba, pero que tirarme hasta allá era una locura, y como a porfiado no me gana nadie, hace dos semanas arranqué a dedo para allá. ¡Fue todo una experiencia señorita no sabe! La gente por suerte me paraba y me iban llevando de lugar a lugar. Cuando tenía que esperar era complicado porque me ponía a pensar en que podría haber hecho todo esto estando viva mi hermana, pero como tenía que trabajar y estaban mi mujer y mis hijos chicos y había que comer no podía irme. Hoy en día ya hace rato que no puedo parar la olla. Yo reciclo de los contenedores ¿sabe? Le traje el carnecito, pero lo que saco no nos da. Nos ayuda mi hijo que hace lo mismo, pero como tiene caballo y va más lejos, saca más. Pero bueno, volviendo a lo del viaje, tendría que haberlo hecho antes.

Cuando llegué, fui directo a la comisaría que fue a donde me mandó el señor que me dejó ahí. Me dijo que si no tenían datos allí, no tenían datos en ningún lado. Cuando llegué estaba cerrado, no abría hasta dentro de 3 horas, así que me senté en un banquito que había afuera y esperé. Mientras más esperaba más miedo me daba de que me dijeran que no tenían ningún dato, pero ya estaba ahí y estaba todo el pescado vendido. Cuando abrió me hicieron pasar y me senté en un escritorio con un milico medio jefe se ve, porque todos le hablaban como con miedo, le di los datos y puso cara como de que pensaba. Se levantó, revolvió un cajón lleno de carpetas y me dijo: “Sabe que de Sandra Rodríguez no tengo nada, ¿está seguro que ella era de acá? ¿No sería de alguno de los pueblos vecinos?

– No señor, ella era de acá mismo, se llamaba Sandra Rodríguez López y el marido era José Domínguez. Él falleció en el 90 en un accidente...
Ahí el miliquito raso que me hizo entrar se enderezó y le dijo al milico jefe: “disculpe señor pero en el barrio “Los pinos” hay una señora que se llama Sandra que el marido se llamaba José y que falleció en un accidente. Yo sé porque uno de los nietos más grande jugaba al fútbol conmigo”.
¿Está seguro? Le preguntó. Le respondió que seguro, seguro: no. Pero podría ser la abuela del Julio.

Para salir de la duda, el jefe le ordenó que me llevara hasta ahí y bueno, me subí al patrullero con el milico y arrancamos. Me dijo que me sentara con él adelante, que la parte de atrás era para los que se portaban mal, y yo pensé que si había algún familiar mío y me veían en la parte de atrás de un patrullero qué vergüenza, ni dios permita... El oficial me dejó en la esquina y me dijo: “es en esa casita blanca, la que tiene el sauce adelante. Ahí vivía la abuela del Julio. Pregunte.”

La casa era chiquita y humilde pero bien arregladita. Tenía una puerta de chapa celeste con una cortina blanca.
Golpeé la puerta y sentí que venía alguien chancleteando. Se movió la cortina y salió una viejita chiquitita y toda arrugada. Ni bien salió, achicó los ojos, me miró y me gritó ¡Mario! ¡No lo puedo creer me viniste a ver! Y ahí me di cuenta... ¡Era la Sandra!. Le juro que no sabía qué hacer. Me reía, lloraba, todo junto, no entendía nada. Nos abrazamos como media hora ahí en la puerta. No sabe señorita qué vieja que está, y está tan parecida a mi madre que más ganas de llorar me daban.

Ahí entramos y nos pusimos al día y parece que en el 93 falleció una señora del pueblo que también se llamaba Sandra Rodríguez y cuando mi vecino fue debe de haber preguntado y creyeron que era ésa.

Me quedé una semana con ella. Yo estaba fascinado y mi hermana que estaba medio enojada conmigo por no tener noticias mías entendió que era porque creía que estaba muerta, ¡lo que nos reímos cachándola con que había resucitado! La verdad que es de no creer señorita y todo por una partida. Desde ya le digo que no importa lo que pase con el trámite. Ya tuve la alegría más grande que podía tener, recuperé a mi hermana.

Después de esa última frase, los dos en silencio y sonrientes nos concentramos en concluir el trámite. Al irse se despidió con un efusivo apretón de manos y antes de pasar por la puerta giró y comenzó a saludarme.

Ahí me di cuenta: ya no estaba en sepia, lo vi en colores vivos y brillantes.

Y así, al mismo tiempo en que todos los demás que aguardaban su turno al otro lado del mostrador iban tomando color; sintiendo aún el calor de aquel apretón, mis manos dejaron de ser grises...

Victoria Quimbo
Montevideo

RELATOS SELECCIONADOS POR MÉRITO LITERARIO

Pagos de Garzón

-Sí, voy. Pero mira que no tengo ni idea, nunca fui a una gira de pagos – le dije a mi jefa ante su solicitud.

-No te preocupes, es sólo entregar los recibos. – Respondió aliviada de que había solucionado el problema.- Es que entre las licencias, Gabriel que no se reintegra, y ahora que no tenemos más a Paulita…

A la una en punto estaba lista la comitiva: tres policías, tres funcionarios, dos taxis y un baúl con el dinero, los recibos, los sellos y algunas lapiceras.
Era pleno enero. El aire caliente del asfalto que entraba por la ventanilla sólo servía para despeinarnos. Nadie hablaba, parecía que todos estábamos invirtiendo nuestras energías para sobrevivir a la temperatura.

-¿Conoces Garzón?- me preguntó Susana, saliendo de su somnolencia.
Indiqué que no con la cabeza.
-Es un pueblito, como 19 de Abril más o menos.
El policía que iba en el asiento delantero pareció interesarse en la conversación.
-Antes fue un pueblo grande pero cuando se dejó de usar el tren se fue apagando.- Continuó.

Llegamos al peaje. La chica del puesto estaba rodeada de ventiladores.
-Es donde está el chef famoso, ese que sale en el canal de televisión- dijo al fin el uniformado. Yo pensaba en el calor que debía estar sintiendo él con ese pesado chaleco antibalas sobre el grueso uniforme.

El taxi desvió hacia un camino de tierra, y la conversación entre Susana y el policía se desvió hacia el precio de un café en el restorán del chef. Yo me alegré de no venir en el segundo taxi que había desaparecido tras la nube de polvo y me concentré en el solitario entorno rural.

Al llegar, el pueblo entero parecía dormir la siesta en el tiempo, tenía la magia de las viejas construcciones que cuentan historias añejas. Nos detuvimos junto al club, frente a la plaza y el paisaje comenzó a moverse: hombres y mujeres comenzaron a salir lentamente de la sombra de los árboles y aproximarse a la entrada del local, que lucía unos afiches contra el consumo de cigarrillos, única conexión visible con el tiempo actual.
Todos saludaban amistosamente a Susana y a Walter.

-Hoy traen gente nueva.-Comentó un viejito delgado, que usaba una boina de fieltro.
Otra vez pensé en el calor y el chaleco del policía.

FORTALEZA - Gonzalo Larrosa - Valores Históricos de cada departamento - Mención con Premio

-Sí, vamos renovando el personal – bromeó Walter mientras estiraba las piernas.
-¿Y la chiquita? Ya hace dos meses que no la vemos…-preguntó una señora marcando la página donde había interrumpido la lectura de su novela de Corin Tellado.
- ¿Paula? No, terminó la pasantía. – Dijo Susana sin quitar la vista del dinero que preparaba para entregar. – ¿Quién está primero? Armen la fila.

Mi tarea era sencilla, recibía las cédulas, corroboraba que estuvieran vigentes, y entregaba los recibos. La parte más difícil era darme cuenta de que las fotos se correspondían con las personas que tenía delante de mí, a las cuales los años habían ido cambiando significativamente su apariencia desde la última vez que renovaron su documento de identidad. De cierta forma me daba tranquilidad el hecho de que todos saludaban a Walter y a Susana como conocidos, e intercambiaban comentarios sobre sus vidas.

De pronto, se detuvo el pago: no había suficiente cambio. Susana preocupada intentaba llamar por teléfono a la Sucursal, pero era inútil, no había señal. El tiempo no daba para ir y volver más tarde, y no se podía dejar a la gente sin cobrar. Walter tuvo la idea de ir hasta el peaje, allí seguro tendrían cambio. Entonces rápidamente se cerró la caja y partieron dejándome allí, con uno de los policías, los sellos, los recibos y las lapiceras.

Orlando (así se llamaba el viejito delgado de la boina de fieltro) me miraba preocupado, pues a él ya le habíamos sellado el recibo como que cobró, pero no le dimos la plata. La cola se desarmó, los que ya habían cobrado seguían allí, aprovechando la instancia para conversar con los vecinos. Los que no cobraron aún, no se veían preocupados: confiaban en los funcionarios que veían una vez al mes desde hace tantos años. Entonces comenzó un torbellino de conversaciones frescas llenas de vida cotidiana, que me empujó al medio del grupo mientras Eustaquia (la señora de la novela de Corin Tellado) insistía en ir a su casa para traerme un refuerzo o algo para tomar.

Los minutos pasaron volando, y antes de lo pensado, apareció nuevamente el taxi blanco. El pago continuó normalmente, con comentarios y bromas relativas a lo sucedido. Cuando terminamos, ya había pasado la hora de cierre, pero quedaba un recibo: María Eugenia Valdivieso.

-¡La señora de los huevos! – Exclamó Susana- ¡Qué raro! Ella nunca se queda sin cobrar.
-Venía entrando al pueblo ahora cuando pasamos en el taxi.- informó el policía, que también parecía recordarla.

Estaba todo pronto para partir. Walter y Susana se miraron: ya era tarde pero no querían dejarla sin cobrar.

-Esperemos unos min… -Susana no alcanzó a terminar la oración, cuando dobló la esquina una señora de complexión delgada montada en un caballo moro que venía manqueando.
-¡Menos mal que llegué a tiempo! – dijo mientras se apeaba y descargaba una vieja maleta del lomo del cansado animal. Ágilmente recorrió los pocos metros que la separaban de nosotros, mientras se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo, sin dejar de hablar del caballo, de las batarazas que ya no estaban poniendo como antes, del costo de vida, de lo gordo que estaba Walter, del calor, y de la chica nueva que trajeron esta vez. - ¿Es otra pasante? Ah, m'hijita, la felicito, hoy en día está todo tan difícil. Traje huevos caseros. Bien baratos. ¿Alguien quiere comprar?
Luego de la transacción, que Walter aseguró que de barata no tenía nada, partimos nuevamente hacia la ciudad. Me volví hacia Susana para preguntarle algo sobre el tema del cambio, pero decidí no interrumpirla: saludaba desde la ventanilla a los abuelos que se dispersaban lentamente, mientras sonreía con la satisfacción de haber cumplido una vez más su tarea.

Rosana Piñeiro Rocha

CHARLA DE GEMELAS - María Natalia Baricevich
Diferentes colectivos a los que sirve BPS trabajadores, empresarios, madres y niños, adultos mayores - Primer premio

De un tiempo a esta parte...

Reminiscencias

(Me ayudó con los recuerdos una compañera que está jubilada, Cecilia Barceló, compañera de giras dando cursos, por eso algunos de los recuerdos compartidos. Los recuerdos iban y venían por correo y traté de darles una linda forma literaria.)

Hace muchos años que trabajo en el BPS, a veces siento que de quince años a esta parte hemos crecido juntos. El tiempo y los años nos han alcanzado a los dos y, en ese trascurrir hemos experimentado, hemos acertado y, a veces nos hemos equivocado. Más que mi espacio laboral, ha sido un ámbito de crecimiento y enriquecimiento personal que a diario agradezco.

Con algunos compañeros hemos tenido la dicha de recorrer el país de punta a punta a través de nuestra función dentro del Banco, eso nos ha hecho conocer a su gente, sus costumbres, sus inquietudes, hemos logrado crear humanos puentes de comunicación con compañeros de distintas localidades. Hemos aprendido a querer y a respetar a los funcionarios del BPS y a valorar su tarea diaria, silenciosa, a veces inadvertida, pero comprometida con la gente y con la sociedad toda.

Para quienes recién se suman al plantel del BPS, difícil será concebir que en esta Institución en alguna época no existían las computadoras, los faxes, los teléfonos de atención inmediata. Eran tiempos de máquinas de escribir, de papel sobre papel, de ficheros cargados de tarjetas, de los mostradores en la atención al público. Eran días de pesadas calculadoras a manija y del papel carbónico como infaltable aliado de la diaria tarea, ya que las fotocopiadoras o las impresoras era sueños impensables.

Como funcionarios y personas hemos sufrido y nos hemos adaptado a muchísimos cambios propios del Organismo en su mejora de gestión; hubo instancias en las que teniendo claro qué teníamos que hacer, o cambiar, y cómo hacerlo, nos costaba enormemente dar el paso.

Recuerdo cuando en la Oficina en la que trabajaba llegó por vez primera un fax, todos quedamos asombrados, asistiendo a ese avance de la tecnología que se acercaba a nosotros para estar más en contacto dentro y fuera del BPS. Era increíble pensar que del otro lado alguien nos estaba mandando una información en soporte papel. Sencillamente fantástico. Y también fue por esa época que quedó afuera el sistema de comunicación por radio.

Si bien me llena de orgullo ser un servidor público y poner mi capacidad al servicio de la comunidad, más me llena de orgullo saber que en cada punto del país hay, como en todas partes, gente excepcional que, a la vez, es funcionaria del BPS. Gente con valores, capaz de despertar sonrisas, capaz de crear vínculos afectivos que trascienden su espacio laboral; me llena de orgullo esa gente heterogénea: profesionales, técnicos, personas con el liceo apenas terminado, pero con valores firmes, sólidos, que los hacen diferentes. Éstas son las personas del BPS que me hacen sentir orgullo de formar parte de él y, de su mano caminaremos en este encuentro, trayendo algunas experiencias o anécdotas con ellos vividas.

Me acuerdo que en una oportunidad viajamos desde Montevideo a Artigas; allí, como siempre sucede en el Interior, los compañeros reciben muy bien al que llega.
Pasados los días el relacionamiento con ellos iba creciendo y un compañero, al borde de la jubilación, nos cuenta que no conocía Montevideo y menos aún el “edificio sede del BPS”, nos parecía algo totalmente imposible ¿cómo no iba a conocer los edificios que para nosotros eran tan comunes?, ¿cómo siendo un funcionario de tantos años de trabajo nunca había ido a Montevideo?

Él continuó su charla diciendo qué difícil le resultaba mandar a Montevideo, por ejemplo, a una madre con su hijo, a un lugar que él nunca había visto y, peor aún era decirle que debía dirigirse a “los colgantes”, (recordemos que llamamos así al espacio destinado a oficinas que se encuentra en los pisos primero y segundo del edificio Sede, sobre la calle Colonia, pero claro, esto es jerga interna...), decía este compañero que era como pedirle a la madre que fuera a la selva y que luego vendría alguien en una liana para llevarla a ella y a su niño al lugar indicado.

Estos testimonios, nos sirvieron para darnos cuenta cómo en muchos aspectos fallábamos en la comunicación y qué importante es saber las costumbres y modismos de los compañeros de todo el país para entendernos bien.

Por ejemplo, en una oportunidad un compañero dijo –“¿vamos a comprar factura?”, nos dimos cuenta que para varios de nosotros, la palabra factura tenía, adquiría, diferentes significados según nuestra tarea, oficio o lugar de procedencia; para unos, la factura, eran los bizcochos, otros hubieran ido a comprar huevos, otros chorizos y sin duda alguno al hacerlo hubiera pedido “la factura”, para poder rendir cuentas.

Mucha gente del BPS es sencilla, sin vuelta, capaz de sacar dinero de su bolsillo, para pagar un boleto, un litro de leche o el pan de un usuario en caso de necesitarlo, esto me animo a decir que sucede a diario.
Sabido es el caso de funcionarios que han padecido el síndrome de “la esponja”, por su incapacidad de alejarse de los problemas que trae el público y hacerlos suyos, esto los lleva a cargarse continuamente con los problemas ajenos, hasta no poder más.
No es sencilla la tarea de estar toda una jornada de trabajo en contacto directo con público proveniente de distintos medios y situaciones de vida. No nos habían “educado” para eso. Siempre he dicho que, de niños, cuando nuestros mayores insistentemente nos preguntaban:
- ¿qué vas a hacer cuando seas grande?, ninguno de nosotros contestó: funcionario del BPS, obviamente debemos haber contestado: - seré maestro, o bombero, policía o doctor.

Nuestra sociedad es producto de la colaboración de todos y de cada uno de nosotros; todos, no importa desde qué lugar, aportamos nuestro granito de arena para hacer un país mejor, más digno y más solidario.
Esto implica un compromiso nuestro como funcionarios, una capacitación y actualización continua, nos debe asistir la responsabilidad inherente a nuestro rol de servidores públicos. Y, con el devenir del tiempo se ha demostrado el esfuerzo y empeño que se ha puesto para colmar las expectativas de la gente y de la Institución.

Probablemente a algún funcionario que lea estas páginas se le escapen sonrisas recordando, por ejemplo, el curso de Trabajo en Equipo, que nos convocó hace años, en el primer intento

de nuestro Organismo de hacernos sentir parte de algo y, sobre todo de hacernos conocer herramientas no exclusivas para la vida laboral, sino que podíamos aplicarlas en diferentes aspectos de nuestra vida. Digo que se nos escaparían sonrisas porque, en lo personal, hasta el día de hoy al recordar ese curso no puedo menos que sonreír con ternura, con cariño, con orgullo por ese intercambio de vida, que en una Institución Pública, pudimos vivir y disfrutar, aprender, trabajar y cooperar en total intercambio y armonía.

Como anécdota podemos decir que varios de los grupos que, al azar, Capacitación convocó para tomar este curso, aún hoy, más de diez años después, continúan reuniéndose fraternalmente. Y así me viene ahora a la memoria aquella vez que una compañera del Interior que en un encuentro único que se realizó después de su curso de trabajo en equipo me dijo algo así:
-"este curso me ha ayudado a cambiar y transformar a la quejosa que hay dentro de mí"
Sucede que uno de los temas que tocamos en esa instancia era que comúnmente solemos actuar desde una posición o un rol de "quejoso", de "víctima". Esto, en general nos coloca en un lugar de poca acción en la vida, ya que nada dejamos de cuestionar o criticar, probablemente, esta actitud que ya es una costumbre en nosotros, nos impide disfrutar y valorar nuestros entornos. A veces vamos por la vida sin valorar esas pequeñas grandes cosas que conforman nuestra existencia pero, que sin querer ignoramos por correr detrás de otras, tal vez inalcanzables.

Una vez, en oportunidad de un curso de Atención al Público, participaron en el grupo compañeros de distintos puntos del país. Uno de ellos que venía de muy lejos, del este del país, y nos dijo que no iría a Montevideo a ver a su madre, aunque hacía mucho que no la visitaba. Porque era mejor regresar directamente, porque la distancia era grande…
Era un viernes, y ante ese comentario una compañera le dijo que lo envidiaba enormemente, ya que su mamá había muerto hacía muchos años y su ausencia aún le dolía mucho. A sus palabras nos sumamos otros compañeros y cada uno fuimos hablando de nuestras madres fallecidas y del deseo enorme que a todos nos asistía de abrazarla, de besarla, de charlar otra vez con ella, o simplemente de sentarnos a su lado en absoluto silencio.

Era evidente que los que hablábamos teníamos una carencia enorme de "mamá" y, en cierta forma queríamos que nuestro compañero visitara a la suya, con el dormido deseo que fuera una visita a las nuestras. La emoción se adueñó de todos, el silencio fue enormemente largo, hasta que nuestro compañero dijo:
-¡Está bien, voy a ver a la vieja! ¡Y la voy a invitar a cenar!
¡Qué alegría!, nos reímos, lloramos, nos abrazamos…
Ese hecho nos acompaña hace casi diez años y ha creado un vínculo indestructible entre nosotros, que nos acerca en lo personal y, por supuesto en lo laboral. Cada uno de nosotros sabe que el otro está y que es incondicional.

¡Cómo no desear que se dé nuevamente la posibilidad de encontrarme con compañeros con estas características! Es maravillosa esa inmensa red de afecto y coparticipación que a lo largo del tiempo se fue creando. Es casi mágica esa posibilidad de aprender y crecer juntos como personas, como seres humanos, apuntando a la calidad de un curso y a la calidez del mismo. En instancias como éstas ha quedado relegado el orden jerárquico y en ese ámbito somos todos iguales apostando a un mismo objetivo y llegando a él en la pluralidad de nuestros pensamientos.

Es curioso ver de qué forma influyen algunas de las instancias de capacitación que, además de proveer conocimientos o destrezas, perciben una mejora en el relacionamiento interpersonal, la adquisición de confianza en nosotros mismos, la motivación de sentir que hay un organismo que se preocupa por nuestro crecimiento laboral y personal. Es bueno saber que dentro de lo frío del engranaje burocrático y social, nuestro organismo es una especie de isla donde se ha potenciado la calidad y la calidez humana.

En breve seré uno más de los que se han marchado por diferentes razones del BPS y, al hacerlo sabré que en algún punto de nuestro país, alguien me recordará, porque de seres humanos está hecha esta Institución. Sabré que alguien también tendrá como yo hoy recuerdos o anécdotas que compartir con las nuevas generaciones recordando a aquellos funcionarios que por su calidad de persona han sabido dejar una huella imborrable en muchos de nosotros.

Está muy bien que entendamos que solamente se puede vivir el presente, ya que, en realidad, este presente es la única dimensión con que contamos. No es bueno que nos quedemos enganchados en lo que ya pasó y, menos aún, adoptar la conducta manriquista de creer que "todo tiempo pasado fue mejor". Pero debemos tener en cuenta también que nuestro presente laboral, es hijo del accionar de cientos de personas que no pasaron desapercibidas en nuestro Organismo.

¿Cómo no sentir este cálido orgullo si, de quince años a esta parte, pude tener la posibilidad de asistir, y sobre todo de participar desde un lugar fascinante, a todo esto? De un tiempo a esta parte…

María del Carmen Iglesias
Montevideo

NUESTRO CAMPO - Stefania Natalia Priario
Diferentes colectivos a los que sirve BPS trabajadores, empresarios, madres y niños, adultos mayores - Mención con premio

Unos ojos que brillaban

Estar atrás del escritorio todo el día a veces te hace perder algunos detalles. No sé, pero pareciera que los colores de las cosas van perdiendo fuego y todo pasa a ser demasiado normal. No por el trabajo en sí, sino por uno mismo. Vas olvidándote del primer entusiasmo que te llevó a estar donde estás, aquella inquietud por hacer las cosas que te quemaban el estómago al principio, ahora es un calor tibio en el pecho. Y con eso caminás, trabajás y mirás todo el día. Pero a la gente que viene le pasa lo mismo, es decir, se mueven con tranquilidad, van marchando, tienen las mismas alegrías y quizá las mismas tristezas que uno. Yo trabajo en lo que me gusta, y nunca dejé que las ganas de un principio se fueran poniendo grises hasta apagarse, pero creo que en el momento en que pasó todo había algo que me faltaba.

Yo trabajo como becario en la Asesoría Tributaria y Recaudación del Banco de Previsión Social, en la sección Asistencia al Contribuyente, así que en general estoy todo el día en contacto con gente, ayudando, guiando, repitiendo varias veces las mismas instrucciones, lo cual para mí ya se había vuelto algo normal. Desde mi ingreso en el mes de Abril, hemos tenido que afrontar varios cambios en el sistema, lo que no nos ha sido nada fácil apegarnos a ellos nosotros mismos, ni acostumbrar a la gente a lo nuevo.

La cuestión es que, como cualquier jornada laboral, me encontraba llamando a cuanto número apareciera en aquel monitor celeste. Hasta que su cara me impactó. Era una chica de unos treinta y cinco años aproximadamente, morocha, con unos ojos brillantes, aunque su rostro no tanto. Algo me decía que estaba en problemas, no me pregunten por qué:

- Hola. ¿Qué tal?
- Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla señorita?
- Necesito asesoramiento acerca de la aportación al Sistema Nacional Integrado de Salud. Tengo a mi niña enferma y no puedo bajo ningún concepto quedarme sin cobertura médica, por parte de mi unipersonal.

Mi hipótesis acerca de su situación era acertada, algo estaba mal.

Muy amablemente, procedí a explicarle todo acerca del beneficio correspondiente. Pero en realidad, su planteo surgía porque acababa de bajar del segundo piso, de la sección Facilidades de Pago. Su realidad era un poco mas compleja. Su situación económica venía en decadencia. Hacía ya cuatro meses que no efectuaba ningún pago a BPS, por lo tanto, optó por la posibilidad de firmar un convenio para financiar su deuda. Eso parecía estar bien.

Pero en cuanto me enseñó el convenio, noté que su contenido no era del todo correcto. Su aportación al SNIS debía hacerse mediante una factura auto-gestionada, teniendo como base de cálculo su facturación mensual, ya que brinda servicios como agente inmobiliario. El problema fue que en ningún momento hizo el cambio de aportación, por lo tanto, en la factura descentralizada que llega a su domicilio, seguía figurando el aporte al SNIS, cuando en realidad, no debería estar incluido en dicha factura desde Julio del presente año. De inmediato le indiqué todo lo que debía hacer para arreglar ese pequeño gran detalle, que posteriormente impactaría en el convenio recientemente firmado.

Con mucha voluntad y ganas de hacer las cosas de manera correcta, ella se dirigió a Registro. Allí, con una cantidad asombrosa de gente, entre papeles y expedientes, logró regularizar esa situación y finalmente obtener la aportación como Servicios Personales.
Ahora, el siguiente paso era modificar el convenio. Para eso, yo mismo la acompañé al segundo piso, donde fui directamente a plantearle la situación al Supervisor de la sección, quien entendió perfectamente cuál era el caso, procediendo a efectuar la re-financiación de la deuda.

Así fue que tres secciones del Banco, trabajando conjuntamente y en colaboración, todos pudimos solucionar un dilema que en principio parecía un poco más sencillo.
La señorita me lo agradeció infinitamente, dado que realmente era crucial que su hija pueda ser atendida en su mutualista lo antes posible, a cuestas de cualquier precio. Sin dudas, fue muy gratificante para mí, a pesar de que sólo hice mi deber como servidor público.

Guillermo Goss
Montevideo

ABUELA Y NIETO - Oscar Pellerey
Diferentes colectivos a los que sirve BPS trabajadores, empresarios, madres y niños, adultos mayores - Mención con premio

Rompevientos

La historia que voy a contar sucedió a mediados de 2009 con una señora a la que voy a llamar Nelly Rodríguez. Recuerdo que era una mañana bastante fría porque justamente "reestrenaba" un rompevientos que había usado poco el invierno pasado por eso de postergar lo mejor para salir. Fue entonces que este buzo vino a aparecer haciendo una de esas limpiezas generales en casa, (de tres veces al año como mucho), entreverado en el cajón de la ropa de verano; y como le tenía aprecio por ser regalo de una compañera del liceo, no me molestó que las mangas se hubiesen encogido un par de centímetros. Así que ya teniendo este buzo que me gustaba, y considerando que los otros estaban casi todos para lavar, al día siguiente como ya era lunes me vestí usándolo.

Cuando llegué nada fuera de lo común, las vueltas de siempre: sacar las bandejas de expedientes, verificar que los sellos tuvieran las fechas del día, la engrapadora al alcance de la mano y hojas en la impresora. Como donde trabajo tratamos de no dejar nada para el día siguiente, (y en general lo logramos), no quedaba otra cosa que esperar que llegara documentación para trabajar o público que atender y me dispuse a eso, esperar... fue entonces que a eso de las 10 se presenta esta persona, una viejecita, de unos 68 años. Vestía modesta pero prolijamente, conservando aún ese gesto entre juicioso y altivo como de alguien que conoció tiempos mejores.

Brevemente me relató los problemas que la habían acercado al Instituto para solicitar una vivienda por consejo de una ex empleada (ahora amiga suya) desde hacía unos 15 años antes cuando era propietaria de un taller de costura de La Teja. Lo cierto es que por deudas de su ex esposo ya fallecido hacía un par de años había tenido que vender casi todo debiendo acudir a la ayuda de sus hijas que no tiraban manteca al techo (ni se privaban de comprarla), pero el punto era que se sentía incómoda porque necesitaba su independencia que por otra parte sería lo más justo para todas ellas. Precisamente en aquel momento se encontraba viviendo en casa de la menor y lo poco que le quedaba de pensión se le iba en medicamentos y en un préstamo para ayudarla en refacciones que la casa no podía esperar más.

Al terminar de narrarme estas circunstancias bastante complicadas traté de aliviarla un poco contándole a mi vez sobre la mamá de un amigo que también está en el mismo ramo pero como empleada, y que tengo claro por su experiencia cercana que no es nada fácil ganarse la vida de esa forma tanto por lo duro del trabajo como por lo mal pago que está.

Al extenderme la nota que traía vi en el encabezado un apellido muy sonado en BPS escrito con "nr" donde llevaba "rr" y se lo corregí por las dudas. Creo que fue en ese momento cuando doblé el codo que pudo ver lo corto de las mangas del rompevientos y esbozó una sonrisa callada.

No sé si por vergüenza o costumbre pero no pude contener la broma de que me habían faltado $50 para el próximo talle y la media sonrisa se le marcó un poco más.

Cuando se despedía me dio una tarjeta del local de una expo donde trabajaba una e sus nietas y le desee suerte como hago con la mayoría de las solicitudes complicadas comentándole que "dentro de lo que está a mi alcance cumplí".

Ella por su parte me prometió que se iba a acordar de mí si le resultaba lo de la vivienda y me deseó suerte en general pero no le di trascendencia porque creí que lo decía como una muletilla. En ese momento asumí que simplemente se había ido conforme con la atención, pero no esperaba lo que pasó hace dos meses cuando Nelly en compañía de su nieta llegó de visita a la oficina trayendo consigo un rompevientos que me obsequió y que gracias a su buen ojo para las medidas resultó justamente de mi talle!

Jorge Braulio Rodríguez
Montevideo

TERMO Y JARRA, LAURELES, TACUAREMBO - Jorge González - Mención

Pepe y El Loco del Interior

Hay lugares comunes que, aún a costa de afirmar lo obvio, no dejan de ser la mejor de las descripciones de lo que se pretende decir.

Tal es el caso de "…las cosas antes eran muy distintas de lo que son ahora…"

Allá por fines de los ochenta, los mecanismos de registración, validación y archivo de la información y de las transacciones que se cumplían en la entonces U.RE.FI. (Unidad de Recaudación y Fiscalización) no sólo eran casi primitivos –comparados con lo que son hoy- sino que además se encontraban sólidamente centralizados en Montevideo. No existía la información de Nóminas tal cual hoy la conocemos (sólo nominaban Construcción y S.A.T.O.), no se prefacturaba ni había facturación automática por Cobranza Descentralizada.

Ni qué decir de Internet, los portales y los servicios WEB...
Como medio portátil de almacenamiento de información usábamos discos flexibles cuya capacidad apenas superaba los 800 Kb y recién en los primeros años de los '90 el Interior empezó a acceder a los sistemas, a través de líneas telefónicas discadas, usando los primeros PC's instalados, unos pocos 286 o 386 con 25 Mb –a lo sumo- de disco duro…

Como los aportes se cumplían en base a lo declarado por las empresas -en formularios preimpresos que ellas mismas llenaban manualmente, estableciendo imponibles totales y cantidad de patronos y dependientes- era frecuente que se produjeran equivocaciones al escriturar el Número de Empresa, dando lugar así a una seguidilla de errores que determinaba que algunas empresas aparecieran con huecos de pagos en las respectivas Situaciones Contributivas en tanto otras tenían registrados más de un aporte para un mismo Mes de Cargo.

En las Sucursales y Agencias del Interior se llevaba un registro de cuentas corrientes -de tipo manual y generalmente "a birome"- por lo que, dependiendo de la voluntad y del celo profesional de los funcionarios que lo llevaban, a veces los errores se detectaban tempranamente; pero en la mayoría de los casos, se tomaba conciencia de tales errores cuando la empresa solicitaba un certificado.

Y como la información era remitida para su proceso en Montevideo, también a Montevideo debía enviarse la solicitud de corrección de las distintas situaciones, generando demoras y trámites adicionales.

Los inconvenientes que provocaban los errores en la escrituración de los números de empresa eran un motivo de singular preocupación para un Jefe de Sucursal, y así se lo manifestó a Eduardo Britos (en ese entonces Gerente de Montevideo), quien le respondió que para mejorar la calidad de la información –y evitar tales errores- se había desarrollado un procedimiento en base a un denominado Dígito de Control, indicándole que se informara sobre el particular con el Jefe de CE.PRO.DA. (Centro de Procesamiento de Datos) José "Pepe" Blixen.

En la conversación posterior que mantuviera con Pepe, dicho jefe solicitó se extendiera a su Sucursal el uso del procedimiento, requiriendo el piloto de implantación un período de preparación de tres meses.

Para ello, y a partir de los pagos realizados en un determinado mes, se generó un padrón en el que figuraban los datos más relevantes de las empresas, incluyendo su Número, con el correspondiente Dígito de Control (con el mismo algoritmo que el usado en la Cédula de Identidad), y que servía de base para verificar la calidad de los datos y detectar las situaciones a corregir.

Pero… las empresas nuevas o las que no habían pagado en varios meses, no figuraban en el padrón y había que calcular el Dígito de Control manualmente.

Sin contar con mayor explicación del motivo que lo impulsó a hacerlo, el jefe de la Sucursal confeccionó con cartulina proveniente de carpetas y fichas de cuentas corrientes en desuso, una suerte de regla de cálculo con la cual, una vez establecido el número de empresa en la parte superior –mediante unas tirillas móviles que se enfrentaban a una serie de ventanas- mostraba en las ventanas inferiores el resultado de los productos de cada número por el correspondiente del algoritmo, de tal manera que sumando dichos productos y obteniendo la diferencia al próximo múltiplo de diez, se obtenía el Dígito de Control o Verificador.

El artilugio dio buen resultado y se hicieron varias copias, para los funcionarios de la propia Sucursal y sus Agencias, e incluso para algunas oficinas de Prestaciones del Departamento que lo usaban para calcular el Dígito Verificador de las cédulas más antiguas.

Un tiempo después, y conversando sobre el tema dicho Jefe y Pepe, este último le comentó que se contaba con un programa (creo que eran los tiempos de la Texas) que permitía hacer el cálculo del Dígito de Control de un determinado número de empresa o Cédula de Identidad.

Ante ello, el primero le exhibió uno de sus artilugios de segunda versión (en el que se podían sumar directamente los últimos dígitos de los productos obtenidos) y lo desafió a probar quién era más rápido.
Realizada la prueba, parece ser que ganó la regla de cálculo, por lo que -a modo de premio consuelo- el Jefe de Sucursal se la obsequió a Pepe, pasando a ocupar la misma un lugar destacado en la plancha de corcho que se encontraba detrás de su escritorio, en el despacho del entrepiso de ATyR en que hoy están algunas instalaciones de la Central Telefónica.

Unos años después, se incorporó al BPS el Ingeniero Hugo Odizzio, y comenzó a trabajar conjuntamente con el Cr. Oscar Martín en el análisis y revisión de los distintos sistemas en uso en los servicios de Recaudación, teniendo frecuentes reuniones con Pepe.
En una de esas oportunidades, al reparar en esa extraña "cosa" pinchada desmañadamente en el tablero, pregunto qué era, y Pepe le refirió toda la historia, diciéndole que era obra de un loco del Interior.

El hoy Director Odizzio le dijo entonces -según lo contaba Pepe- "…la próxima vez que ese loco venga a Montevideo, decile que vaya a verme a mi oficina, porque quiero conocerlo…"
Claro que lo que sucedió de ahí en más, es otra historia.

Justo José Medero
Montevideo

Inés

La sucursal Salto del BPS, por el año 1995, estaba ubicada en la calle principal de esta ciudad, en Uruguay 431, frente a la plaza Treinta y Tres. Era una enorme casa, que en sus comienzos fue de una familia importante. El dueño se llamaba Dr. Atilio Chiazzaro, como luce en una placa en la fachada. Enormes habitaciones con techos altos, que hacían de oficina, daban a dos patios, que era donde la gente esperaba a ser atendida con el número asignado. En ese momento, yo atendía las Coordinaciones al DEMEQUI, a mi lado trabajaba Inés, otorgando préstamos, además de los compañeros que atendían Seguros de Paro y Seguros por Enfermedad. El público era muy variado, desde niños a personas mayores, enfermas y en seguro de paro; mil situaciones distintas se manifestaban en esos rostros expectantes, observadores, exigentes… a veces tristes, a veces alegres. Muchos de ellos y sobre todo los más ancianos, eran atendidos por Inés. Ella, es de esas personas que hacen que cada momento sea único y especial: siempre con muy buena onda, capaz de hacer reír al más amargado. Todo el mundo la saluda con cariño, pues todos la conocen y ella conoce a todos; tiene esa capacidad increíble de recordar a cada uno por su nombre, pero no sólo eso, conoce también el nombre del esposo, de los hijos, hermanos, concubinos… ¡siempre sorprende cuando le pregunta a la gente por sus familiares! Es de esas personas que saben rescatar lo mejor que tiene la vida, y lo mejor que tiene la gente, alegre, atenta hasta con los más desvalidos. Aquellas personas con situaciones realmente carenciadas, donde el olor a rancio está impregnada en sus ropas, donde el deterioro es total, a esas personas, Inés las atiene de igual a igual. Más de una vez admiré esa conducta; con qué facilidad logra vincularse y comunicarse con todos. Todas esas situaciones que uno quiere esquivar, ella las enfrenta y hace que un momento desagradable pase a ser agradable.

Así podría nombrar mil relatos, como por ejemplo, cuando a una chica sordomuda le negaron la pensión y lloraba desconsoladamente. Ella se sentó, la acompañó hasta que se calmó. O aquel viejito que ella estaba atendiendo por un préstamo, le pidió la cédula y él sacó una bolsita de nylon que vació sobre el escritorio y entre todas las cosas que contenía, estaba la dentadura postiza… a ella no le dio asco, sino que los dos terminaron matándose de la risa. Otra vez atendió a un viejito de bastón y sombrero, después de otorgarle el préstamo, Inés se dio cuenta que se había olvidado de la cédula… justo pasaba Raquel, una compañera de la limpieza y le dijo: “traé al viejo de bastón que se dejó la cédula”, Raquel con mucho cuidado y amabilidad trajo al señor. Inés estaba distraída y cuando lo ve, le dice fuerte a Raquel: “Este viejo no era, es el otro viejo de bastón”. ¡Tenían que ver la cara de Raquel y del pobre hombre que no entendía nada!

El BPS: un hogar…
Entre todo este público había una chica joven tramitando una pensión por invalidez, la habíamos atendido unas cuantas veces. Realmente estaba en una situación de calle, con visibles problemas de salud, tanto mentales como físicos. Cada vez que venía, nos contaba los mil problemas que tenía: hacía poquito había tenido un bebé y se lo habían sacado aludiendo que no podía hacerse cargo de él, cosa evidente, pero la angustia de ella era increíble; nos contaba que varias veces se había querido matar, nos mostraba los cortes en las muñecas. Sólo Inés lograba sacarle una sonrisa; le regalaba cigarrillos, una bebida, o algo para comer. Cada vez que la veían venir, alguien decía fuerte: “Miren quién llegó”, pero no molestaba, se sentaba un rato con Inés y se iba muy contenta.
Un día apareció con unas bolsas, todo un enorme cargamento. Cuando Inés la vio le preguntó si se iba de viaje y ella le dijo muy campante, “vengo a vivir acá con ustedes, pues acá me tratan muy bien”. Inés trató de explicarle que eso era imposible, que acá no vivía nadie, que era una oficina. Pero porfiada como era, se metió con sus monos en el tesoro, que quedaba en una habitación atrás de Administración y Pagos; fue todo tan rápido e inesperado que nadie la pudo detener y allá estaba la pobre mujer con sus bolsas en el Tesoro. Tuvo que intervenir el Gerente, no recuerdo si también la policía, pero en fin esto pasó y no es fruto de la imaginación sino la pura realidad.

A veces pienso que el BPS tendría que premiar a esas personas que como Inés dan mucho más que el trabajo de todos los días.

Estela Algorta
Salto

Almuerzo Inusual

No importa el día... rompiendo la rutina diaria de las miles de caras que pasan por mi oficina, llamó mi atención una mujer que con su caminar lento y seguro se dirigió hacia mi escritorio.

Al llegar, y luego de depositar a su alrededor la cartera y múltiples bolsas que traía, me miró y no antes de adornar con una amplia sonrisa su tez ruda y rubicunda, que mostraba la señal de trabajo bajo el sol, me solicitó, en una jerga, mezcla de español e italiano, información sobre su jubilación rural.
Todo aquel personaje, trajo a mi memoria a mis familiares venidos de los más profundo del sur italiano.

Inmediatamente de iniciada la conversación, pudimos fácilmente enterarnos de nuestro origen común, y fue imposible que no saliese a relucir nuestro amor por la comida, y el placer también común de prepararla. Como todos sabemos, cuando dos italianas hablan de comida, el tema central sin duda es la pasta. Nos confesamos algunos secretos sobre su preparación, antes de pasar al asunto que la había traído.

Después de transcurridos unos cuantos minutos, durante los cuales le aclaré todas las dudas que me planteó sobre su pasividad, surgió nuevamente el tema comida, pero esta vez fue por su preocupación por nuestra alimentación en la oficina no solo por el escaso tiempo de que disponíamos para el almuerzo, sino fundamentalmente por lo poco sustancioso que ella consideró que allí podríamos comer.

Luego, y después de agradecerme los servicios, prometió que los retribuiría con algo hecho por ella, se marchó, lenta y segura, como había venido, perdiéndose entre el público, siempre abundante a esa hora del día.
No puedo negar que pasó por mi mente qué era lo que podría traer... sería una torta, probablemente dulces caseros, o simplemente unos huevos de la granja. Pero el pensamiento se borró con el recuerdo de tantas promesas incumplidas, y allí terminó aquel encuentro de igual forma que otros tantos de aquel día.

Enorme fue mi sorpresa, cuando días más tarde, reapareció con su misma amplia sonrisa, pero esta vez no traía la cartera y los paquetes, porque sus manos estaban ocupadas por una gran olla, con el aspecto de recién retirada del fuego; que después de ser destapada invadió toda la oficina con el aroma de unos muy bien preparados tallarines a la bolognesa, con el sello de una típica comida casera acompañada por su deseo, que aunque solo fuese en una oportunidad, tuviésemos el almuerzo que ella pensaba que merecíamos.
Pero demás está decir, que no solo yo quedé sorprendida por aquel muy poco usual obsequio, sino que el acontecimiento conmocionó a toda la oficina, causando, como por arte de magia, la aparición de múltiples comensales, para sumarse a este sorpresivo almuerzo italiano.

Cada cual con su plato y cubiertos, y de a dos por turno como lo hacemos diariamente, nos abocamos a la tarea de hacer desaparecer los tallarines.
A las 4 de la tarde volvió muy contenta a retirar su olla y a presentarnos con mucho orgullo a su esposo, un señor robusto, de mediana estatura, de aspecto saludable, y mostrando su piel curtida por el sol.

Él también había colaborado a nuestro inusual almuerzo, trayendo a su esposa, y a la olla, en su camioneta.

Una cara que nos pareció a todos muy familiar porque ya lo habíamos atendido varias veces y le había comentado a su esposa su agradecimiento hacia nosotros, el cual hizo muy concreto, al retirarse, prometiéndonos, que sería retribuido con un cordero.
Concluido el acontecimiento, volvimos a la rutina, alegres y reconfortados por aquel obsequio, tan sencillo, pero también tan original como sincero, que siempre recordaremos. Pero sin duda y luego de las características de esta tan particular forma de agradecimiento, quedó en la imaginación de todos los que participamos, si ese cordero vendría vivo, o si deberíamos ir pensando en qué lugar de la oficina podríamos colocar las brasas y el asador...
Hasta el momento solo seguimos esperando...

Ana María Marzullo
Montevideo

Después de una gran tormenta, sale el sol...

Relato de una de las tantas historias vividas que valen la pena compartir y a partir de la cual intentaré trasmitir mi sentimiento de orgullo y pertenencia como profesional de la salud.

Hace 26 años... En un lugar del Interior de nuestro país nacía una niña que se llamó Jazmín. La cual era esperada con amor, pero su nacimiento, no todo fue lo perfecto que hubieran deseado, porque esta beba presentaba una anomalía en su rostro, conocido como labio leporino. Esto provocó tantos sentimientos encontrados y desencontrados en esos padres; alegría, impresión, miedo, culpas, dolor, dudas, negación, vergüenza. Situación que hace necesaria e indispensable la asistencia médica odontológica.
Dos días después de nacida manteníamos el primer contacto con esa madre y su niña. Desde ese momento sólo se le trasmitió confianza y optimismo, pero había mucho trabajo por delante y así empezamos, no había tiempo que perder. Se le colocó una pequeña plaquita en su boca, la cual le permitió a Jazmín ser amamantada por su mamá como cualquier bebé, siendo éste el primer gran éxito.

Pero el camino será arduo entre largos tratamientos y varias cirugías, todas exitosas. Cada una de ellas muy necesaria, aceptadas por la confianza hacia el equipo de salud que acompaña, pero no por esto menos angustiantes, invadiendo y generando los más variados pensamientos, desde los más negativos hasta los mágicos.

Si describiera el crecimiento de Jazmín diría que fue al principio doloroso. No es fácil para un niño ser diferente, cargar con una malformación visible, con el valor y el peso cultural de la estética, aunque solo sea una cicatriz, siempre hay una mirada prejuiciosa que esconde una burla, una broma o la lástima.

El tiempo transcurre, viviendo en el Interior sumado a la pérdida de su papá, se volvió difícil su tratamiento lo cual demandó un mayor sostén y apoyo. Fueron muchas charlas, visitas al foniatra, al psicólogo con lo cual logramos un mayor afianzamiento y relacionamiento con el equipo de profesionales, logrando poco a poco retomar su adhesión al tratamiento y su colaboración.

Recuerdo que de niña lloraba, pataleaba, se agredía arrancándose las cejas, esto marcaba y le daba una expresión rara a su carita... siempre enojada y sin cejas. Poco a poco con el pasar de los años, con el trabajo de todo un equipo, la constancia de su madre y la colaboración de Jazmín fuimos entablando una relación maravillosa.
Empieza el liceo, continúan los tratamientos bucales si bien la parte quirúrgica y foniátrica estaba culminada. Jazmín ya habla bien y su cicatriz es casi imperceptible, pero tiene una secuela, los huesos de la cara no han crecido adecuadamente.

Desde hace diez años el BPS apoya la capacitación de un equipo de salud, el cual es pionero en técnicas de crecimiento óseo para estas secuelas. Cuánto orgullo nos produce, porque es lo que nos permite realizar estrategias terapéuticas como éstas, siendo otra etapa del tratamiento, independiente de la anterior.
Se lo planteamos a Jazmín, es otro momento de su vida también, es su decisión, ya es una estudiante universitaria de licenciatura en Servicio Social, inmediatamente dice: SÍ. Si ustedes creen que es lo mejor lo hago.
Cuánta responsabilidad, pero sabíamos lo que hacíamos, la intervención consiste en realizar una fractura en la base del cráneo e instalar un aparato durante tres meses el cual requiere ser activado por el equipo de salud, hasta lograr el crecimiento deseado del hueso. El resultado todo un éxito, el último y definitivo.
Su carita de niña cambió, el esfuerzo, el sacrificio y la perseverancia dieron su fruto, en el rostro de una mujer, que la llevó a cambiar su documento, su identidad de alguna forma se modificó, se reconoce en esta persona, la otra quedó atrás, es parte de su historia, hoy tiene otro rumbo, su autoestima es otra, su gratitud es enorme y nuestra satisfacción inmensa.

Esta profesional de hoy, la pequeñita del ayer, nos manifiesta con frecuencia su agradecimiento y su deseo de que todos los niños que nacen con esta patología, tengan la posibilidad de recibir lo que ella recibió. Esto nos hace sentir parte de sus logros, si bien sabemos que la verdadera protagonista es ella y su familia, no dejamos de sentir la satisfacción y orgullo por todo lo realizado, en este acompañamiento técnico y emocional durante toda su vida, desde el nacimiento, pasando por cada una de las etapas de su desarrollo, hasta hoy... que ya es una adulta y con el alta definitiva, provoca una huella imborrable en nuestra memoria y en la de ella que permanecerá por siempre.

Son muchas las historias de vida que podría contar en treinta dos años de Servicio, de los cuales veintiocho han sido esta Especialidad, la cual amo profundamente, siendo lo que elegí para hacer en la vida. No puedo dejar de sentir un agradecimiento enorme a la generosidad de mis maestros de mis compañeros y sobre todo de los pacientes y familias. En suma mi agradecimiento y orgullo de pertenecer al BPS, que en definitiva somos todos sin importar en el lugar que se pueda estar.

María de los Ángeles Ramos
Montevideo

La Sonrisa de Diego

Esa tarde de julio, la llovizna pertinaz y el viento del sur hacían sentir un frío casi insoportable. Pensaba que las tardes así, eran especiales para dormir una buena siesta, pero... imposible, era día de consulta y allí debía estar.
Llegué, mojada, con sueño, cansada pero no podía dejar de atender los pacientes citados para ese día.

En el hall esperaban varios pacientes, la mayoría niños, que acompañados de sus madres hacían tributo al más grande aburrimiento que puede significar esa espera que se hace eterna cuando somos pacientes y la impaciencia nos ataca por todos los rincones de nuestra humanidad.

Muchos niños, ya conocidos, venían a control, pero en aquel rincón estaba una joven madre, de rostro cansado y adormecido, acariciando la mano de un niño sentado en silla de ruedas que indiferente al mundo, esperaba sin prisa.
Un gorro de lana ocultaba su cabello, y hacía sobresalir aquella carita tan pálida y los dientes desparejos; pero sobre todo esa mirada extraviada en el tiempo y el espacio llamaba mi atención denotando cierto aire de tristeza.
Un pantalón deportivo cubría las piernas frustradas, delgadas y huesudas, los pies enfundados en aquellos championes, seguramente inútiles en esos pies deformes, sus manitos delgadas y contraídas lo hacían parecer tan vulnerable que lo hubiera abrazado para protegerlo de no sé qué peligro invisible.
El trabajo con niños de capacidades diferentes me produce una ambigüedad de sentimientos que entre la tristeza y la frustración deja florecer alegrías al ver sus mejorías, pero ese día era mayor la tristeza que me invadía y que quizás; potenciada por el día gris y pluvioso me hacía sentir tremendamente vulnerable.

Inicié la consulta con actitud positiva, demostrando un buen humor que no tenía, que se había evaporado y que nadie debería percibir que me faltaba.

La sonrisa nos la ha dado Dios para regalarla y eso trato de hacer en cada día.
Llegó el turno de atención de Diego, que no era precisamente el héroe de “El zorro”, ni tampoco Diego Forlán el gran jugador, sino un ser que hablaba en un lenguaje gutural, ininteligible o que quizás yo no sabía interpretar.

Proveniente de la zona rural de Salto habían llegado con su madre para realizar una serie de consultas con varios especialistas, por lo que a esa hora de la tarde, ya ambos, denotaban gran cansancio y hasta diría de hastío de tantas preguntas que aunque necesarias habían sido respondidas muchas veces ese día.
La “venida a Montevideo” se había iniciado a las 12 de la noche cuando habían conseguido “conducción”. En ese tiempo me costaba entender ese lenguaje, conducción era conseguir el transporte que los llevaba primero hasta Salto para luego desde allí tomar un ómnibus para la capital. Con pocos pesos y hambre estaban esperando con esperanzas de que ese niño tuviera alguna mejoría.
Diego no sonreía, no caminaba, no hablaba y tantos otros NO innumerables. La precaria situación económica de su familia no ayudaba para mejorar la situación dentro de sus posibilidades.
¿Qué hacer? me pregunté, ¿cómo puedo ayudar?
El informe de la situación de Diego con su desnutrición y su anemia no era novedad para esa madre que aunque humilde era Madre así con mayúsculas.
Fue en ese momento que quebró su entereza y rompió a llorar desconsoladamente.
En alguna de las consultas un Doctor le dijo: ”este niño no va a caminar y esa frase había desmoronado sus ilusiones, su fe y cuestionado si era bueno o no someter a Diego a tantos sacrificios y si no habría mejoría... para qué seguir insistiendo.
¿Cómo ayudarlos?
Abracé a esa madre y le pedí ser socias de una nueva empresa, en la cual no tendríamos ni días libres ni feriados, con altos dividendos y sin arrepentimientos. Nombre y razón de la empresa “Ayudemos a Diego”.
Casi dos años de inventar recetas con poca plata, y ejercicios para movilizarlo y muchas palabras de aliento para continuar.
A veces brotaba el llanto pero nunca faltaron a la cita las palabras de aliento, afectuosas, comprensivas y dulces, excelentes herramientas para el éxito.

Un día cualquiera escuché en el pasillo: Doctora, ¿tiene un momento?
Era la madre de Diego, estaba aparentemente sola, y el temor me paralizó.
Pidiendo disculpas por no tener hora me dijo “tengo una novedad que la va a poner contenta” .
En ese momento entró caminando con muletas “el Diego”, el que no iba a caminar. Vi esa sonrisa que como mariposa anárquica volaba de sus labios al mundo, mostrando esa alegría tan profunda que nadie le podía robar.
Lo abracé tan profundamente que temí hacerle perder su precario equilibrio, sólo di gracias a Dios, a su madre y al Diego por darme un regalo de vida, de amor, de Esperanza y de fe que llevaré siempre en el bolsillo de mi corazón.
Está claro que no es Diego De la Vega, el héroe de ficción, ni Diego Forlán un héroe en el deporte, pero es EL DIEGO un héroe anónimo de los que luchan todos los días contra los obstáculos de la propia vida y que sin duda admiro.
El camino de la recuperación sólo se ve si mantenemos abierta la ventana de la esperanza.

María Isabel Pellegrini
Canelones

Acá estoy señorita

…Y un día me llamaron:
- Sr. Fernández, le hablamos del Banco de Previsión Social, para avisarle que este lunes debe presentarse en las oficinas de Rocha para iniciar sus tareas.- ¡Qué emoción!
Inmediatamente le avisé a mi jefe que iba a dejarlos ya que había conseguido el trabajo en el BPS.

Los jefes siempre están tristes cuando uno los deja, o por lo menos simulan estarlo. Este caso no fue la excepción, incluso me dio a entender que quizás tuviera que cerrar la empresa, ya que, -¿dónde encontraría alguien tan cumplidor?-
Aproveché la ocasión y le dije que, -de manera tan económica, seguro que en ningún lado.- Mis compañeros me miraban maravillados.

Le avisé a mi madre, ex funcionaria de la Dirección Nacional de Catastro, con la clásica propuesta: -tengo una noticia buena y una mala. La buena es que salvé el concurso y soy funcionario de BPS, la mala es que no elegí Montevideo para trabajar-.
Hay madres que tienen eso, si su hijo está bien, así les duela en el alma, nunca te enterás, y entre risas y llanto te dan su aprobación así les digas que te vas a Japón en pos de un sueño.

En fin, en diciembre mi vida puso rumbo a la ciudad desde donde había partido hacia 20 años, con la ilusión de recibirme de abogado, doctor o astronauta.
A la capital no le guardo rencor, ni por quedarse con mi madre, ni porque no se pudiera estudiar “astronáutica”, ni por la tormenta del 23 de agosto, ni porque una tarde, alguna persona sin alma se llevó de la puerta del apartamento el Fiat 600 que tanto amaba y años me llevó comprar. De todas maneras casi logré quedarnos a mano porque yo le saqué a la gran ciudad una de sus joyitas, mi mujer, y no se la pienso devolver.

Éramos cinco los nuevos, y la Gerente, luego de explicarnos los horarios y otras cosas generales nos fue repartiendo en las secciones que necesitaban “gente fresca”.
-Éste es el chico nuevo,- les dijo a tres señoras que estaban detrás de unos escritorios que a su vez estaban detrás de un cartel que decía “ACTIVOS”. Una de las señoras siguió en lo suyo, como si nada, otra me dio un beso y me deseó mucha suerte y la tercera acercó una silla al lado de la suya y le dijo a la Gerente, -déjamelo, yo le explico-.
Ahí conocí a mi mentora, compañera, colega, confidente, defensora, hostigadora para que haga las cosas bien y sobre todo, amiga.

Cincuentona de esas que no lo aparentan, con peinado recién salido de la peluquería años sesenta, perfume medio caro, uñas perfectas y dedos con artritis de tanto rascar el teclado de la computadora en busca de soluciones.

Estuve unos cuantos días trabajando al lado de ella y bajo su atenta supervisión, hasta que un buen viernes me dijo que el lunes tenía que arrancar solo.
Fue más o menos como cuando mamá me dejó el primer día en el jardín de infantes, no lloré pero me ardieron bastante los ojos.
No digo que no estaba preparado, digo que estaba superficialmente preparado. Por la parte técnica tenia buen respaldo, ya que se puede preguntar y si uno lo hace de

buena manera la respuesta aparece, lo duro de afrontar es la timidez, ya que no es compatible con la atención al público.

Uno se siente expuesto, vulnerable, frágil, inseguro.
Soy “el nuevo” y la gente lo sabe.

Llegan las 09:15, se abre la puerta y entra un montón de personas de las cuales habría unas veinte mayores, posiblemente jubilados, unos tantos jóvenes que seguramente estarían para tramitar asignaciones familiares o algún subsidio y un señor no vidente. Era día de préstamos. Respiré hondo, di "enter" al llamador y con una voz que ni yo reconocí, dije, -¡número uno para préstamos!
La naturaleza me regaló una voz aflautada que trato de contrastar con una barba que tampoco crece muy tupida, pero esta vez fui más allá y parecía el soprano de una ópera de Verdi.
Los nervios me hicieron una jugada maestra.
Gracias a eso y a que, cuando el destino te quiere marcar en la memoria un día para siempre lo hace de la peor manera, se paró el señor no vidente y dijo con voz fuerte y clara, -¡acá estoy señorita!
Sentí todas las miradas clavadas en mí como alfileres.

Mi “compa” largó la risa, puso su pulgar hacia arriba y me dijo, -¡qué buena manera de romper el hielo, eh! Que tengas una linda jornada y por hoy puedes salir a las 16:55 con nosotras.

Rodolfo Fernández-Chaves
Rocha

Mi vida de la mano de BPS

Vamos a empezar por el principio (como decía mi madre), la historia es larga, no es fácil resumir años de la vida en 4000 caracteres, y nunca fui buena haciendo resúmenes, porque para mi TODO era importante.

Todo empezó por el año 1990, cuando me diagnosticaron cáncer; con esto no pretendo ser sensacionalista ni victimaria, pero es el principio de la historia y no puede quedar fuera del resumen.
Nací en una familia pobre... no sé si pobre, porque hay muchas definiciones para esa palabra, pero sí humilde. Mi padre policía, mi madre que fue empleada doméstica pero dada mi enfermedad pasó a ser mi enfermera de cabecera y ya no doméstica, y mi hermana, 7 años mayor. Nuestra casa, no era nuestra, era el destacamento policial. El cuarto mío y de mi hermana era una pieza que fue diseñada par el calabozo, entraba la cucheta y la mesa de luz.
Por allá por el 1991 mi madre se enteró que el BPS daba ayudas, ayudas para personas con incapacidades y bajos recursos, así que un día, fuimos, hicimos la solicitud y nos fue concedida la pensión. Ya no recuerdo cuánta plata era, pero qué bien nos venía!!! En esa época mi cuerpo era débil, mis bajas defensas y mi quimioterapia me hacían imposible viajar en colectivos urbanos en Montevideo, por suerte la pensión nos ayudaba para el taxi, era como un lujo, no siempre se podía y mi madre prefería llevarme a upa (con mis 6 años y mis 12 kilos) que viajar en los ómnibus donde cada 4 cuadras teníamos que bajarnos porque mi estómago se me daba vueltas.
La pensión nos ayudó a comprarme esas cositas especiales que necesitaba, no podía salir prácticamente, no podía ir a la escuela (hacía todos mis deberes en mi casa y pasé el año con la mejor nota de pruebas de la clase), ni a fiestas, ni playa. Mis padres trataron de darme una vida un poco mejor dentro de lo que se podía, comprarme juguetes lindos, alquilarme películas, millones de colores para hacer mis obras de arte en hojas de papel de garbanzo. Pero la pensión no duró para siempre, a los 12 años me la retiraron, yo seguía en tratamiento y no me daban el alta, pero el cáncer ya no existía.

Mi cáncer se alojó en un músculo de mi ojo, la primera cirugía, tenía casi 5 años. Un tiempo más tarde (casi 8 años) pasó lo que muchos no querían que pasara, metástasis. Por suerte se alojó en el mismo lugar, pero con un crecimiento mucho más acelerado, así que decidieron retirarme la órbita. Después de eso vino otra etapa, acompañada por la búsqueda de la prótesis. Qué difícil fue!!! Yo era socia de la mutualista, mis padres hacían el esfuerzo de todos los meses pagarme la sociedad médica (hoy esto es mucho más simple con el SNIS). Y qué pasó? La prótesis nunca la conseguí porque era “estética” (si supieran lo que esa “estética” me provocaba sicológicamente) pero en fin.. era entendible. Seguimos en la búsqueda, vimos unas que hacían en un lugar público para personas de pocos recursos, sinceramente, yo con mis 8 años las vi y dije “eso es horrible, prefiero mi parche”. Así que siguieron buscando, ya que había perdido el ojo, por lo menos que la prótesis fuera lo más linda posible.
Terminamos en un consultorio privado. Tuvimos que ahorrar mucho para poder hacerla, mi madre no quería colectas (le hacia sentir mal el pedir), pero a las espaldas de ella igual hicieron sus colectas. Así apareció la primer prótesis (una de las 4 que he tenido). Después la segunda, por suerte el hospital policial hizo una donación, en aquel entonces la prótesis salía cerca de 2 mil dólares (era un platal para nosotros).

MANOS QUE TRABAJAN - Quintina Yisell Niz - Mención

En esa época (a mis 12 años) mi abuela seguía insistiendo con mi pensión, y me acuerdo que el último dictamen había venido negado, mi cáncer había pasado, y ella no entendía porque si a mí me faltaba un ojo no me daban la pensión, y yo le decía "porque estoy bien, abuela". Me acuerdo del último intento de mi familia para solicitar la pensión fue para poder hacerme la 3er prótesis, dado que seguíamos sin tener derecho porque era "estética" para ellos en aquel momento y la que tenía me quedaba chica. Me acuerdo que me vio la psicóloga de BPS y un par de doctores más, me hicieron hacer dibujos, charlas, entre otras cosas, y fue concedida por segunda vez. Fue una alegría inmensa, porque se ahorró cada peso para hacer la tercer prótesis, que era aún más cara porque era de silicona (similar al látex) y no de acrílico duro como la otra.

En el 2008 entré a trabajar en BPS. Increíble todavía. Me acuerdo que me anoté en el concurso el último día hábil, y lo hice por hacerlo. Quedar en el sorteo fue como un balde de agua fría! Dije: 'ta, ahora depende de mí. Y así fue... estudiaba los manuales junto con mi madre, me hacía preguntas y yo contestaba. Di la primer prueba y salvé, di la segunda y salvé, era increíble. Cuando fui a dar la 3era se me vino el alma al piso, ver a esas miles de personas (creo que como 4 mil) en el LATU dando la misma prueba que yo y donde solo iban a quedar 450 fue como deprimente. En fin, el que quiera celeste que le cueste, así que tomé mi asiento, mi lápiz y mi prueba.
Ya hace 3 años y medio que estoy trabajando para BPS. Viendo la realidad de los problemas. Y es acá donde me doy cuenta señores que mi historia no es nada!!! Es un cuento de hadas!!! Veo realidades mucho más crudas que las mías, pero claro... ojos que no ven corazón que no siente.

Lo más lindo del cuento es mi ultima prótesis, me la hice hace un año, como funcionaria pública nuevamente me topé con el "NO TENGO DERECHO A PRÓTESIS", pero bueno, solicité un préstamo de esos para prótesis y la pago en cómodas 24 cuotas. Me acuerdo que en la sala de espera había una mamá con su hijo de unos 5 años. Empezamos una charla, y dijo que estaba haciendo el trámite de la pensión (el niño había perdido un ojo) y me pregunta ¿vos cobrás pensión?, y yo le contesté "no". Me miró y me contestó "pero te la tienen que dar, te falta un ojo, reclamá, porque es tu derecho, se la dan a cualquiera, así que te la tienen que dar". Su contestación es una de las tantas mentalidades uruguayas, yo le respondí "mire señora, yo hace casi 3 años que trabajo en BPS, le parece que debo solicitar pensión?, puedo trabajar, es verdad, tengo una discapacidad, pero eso no me impide una vida laboral, la cobré cuando estuve enferma pero ahora estoy PERFECTA, solo me falta un ojo, y tengo mi discapacidad, porque parte del campo visual lo perdí, pero eso no es NADA". La señora no me habló más.
El BPS ha formado parte de mi historia y ahora forma parte de mi vida. Hoy trabajo para el público, para esa misma gente que pide préstamos para prótesis, para niños con discapacidades, para adultos con discapacidades, trabajo para los que como yo estuvieron del otro lado, y trabajo para los compañeros que trabajaron por mí, esto es una red, uno da y el otro recibe. Y así pasa el tiempo, pasan las reformas, pasan los gobiernos pero el objetivo de BPS permanece. Por una seguridad social cada día mejor.

Shisela Mier
Colonia

La viveza de mis hijos

El hombre entró al antiguo local de la vieja Caja Rural de Santa Lucía. Su cara reflejaba un poco de desconocimiento por el trámite que debía hacer.
Era a mediados de los años 80 y no sólo el local era antiguo, también el sistema de trabajo. No existían las computadoras, se manejaba todo por fichas y abundaban los papeles. Muchos papeles.

Tras la breve espera, una compañera le preguntó cuál era el trámite que venía a realizar. La oficina estaba casi vacía de público y esto, sumado a lo pequeño del local, hacía que la conversación que vendría, la escucháramos prácticamente todos.
El hombre dijo que había sido trabajador rural toda su vida y que quería hacer los "papeles" para poder jubilarse.
La compañera sacó los viejos formularios de color verde y comenzó a llenarlos a base de preguntas que iba haciendo. El hombre entonces, empezó a nombrar la más de una decena de lugares donde había trabajado en diversos departamentos.

El hombre demostraba tener muy pocos estudios, por lo que la compañera debía ayudarlo constantemente para coordinar respuestas con preguntas.
La tarea no era para nada simple, pero, de a poco, iba saliendo.

Llegó el momento de consultarlo por su grupo familiar. Allí, el hombre se tomó su tiempo para pensar. La compañera pensó que no había entendido la pregunta, pero el hombre contestó que tenia unos catorce hijos, por lo que debía pensar bien para recordar todos los nombres y, esencialmente, las fechas de nacimiento.
De a poco, y entre los dos, fueron armando el rompecabezas.
Que fulano era el menor, que después le seguía zutano. Que de este otro no me acuerdo el año de nacimiento, pero es menor que aquel. Etc., etc.
Un borrador fue tomando forma hasta quedar casi ordenado y pronto para pasar la información al formulario.
Ya a esa altura, quienes estábamos allí, pasamos de simples oyentes a ser parte activa del trámite, trabajando en conjunto para solucionar el engorroso tema.

Una vez pasados todos los datos al formulario, la compañera se vio en la obligación de saber si ninguno de los hijos había muerto, por lo que hizo la habitual pregunta: "los hijos, ¿son todos vivos?"
A lo que el hombre, con la misma serenidad con la que había contestado las demás preguntas, respondió: "Sí. El único que trabaja, soy yo"

En ese momento una carcajada general, tanto de público como de funcionarios, rompió el silencio que había acompañado al tramite hasta ese momento.
Y una sonrisa nos sigue apareciendo aún hoy, al recordar la ingeniosa "salida" de aquel trabajador rural.

Néstor Taranco
Canelones

Los ojos que construyen el mundo

En el complejo universo de los Complejos Habitacionales para jubilados y pensionistas en los que trabajamos, la realidad tiene tantos rostros como miradas la descubren.
De ese modo, los ojos de quienes los habitan, se vuelven prismas que colorean el mundo que está más allá de ellos, con las pinceladas del alma.

La vida, la muerte y los ojos del asombro

Purificación es una señora de más de 70 años, de piel oscura, ojos claros y pelo gris, cubierto en gran parte por un pañuelo que sujeta con un nudo debajo del mentón; vestida con ropa oscura, completa su atuendo con el tradicional calzado invernal para gente mayor: termitas negras. Abre la puerta con una sonrisa amigable, invita a pasar y anuncia con total serenidad que tiene ganas de hablar; así es como relata el modo cómo sus ojos de niña, aprendieron algunas cosas de la vida como el nacer o el morir, para poder recordarlo muchos años después y compartirlo con total serenidad.
Cuando era pequeña vivía en una casa alejada del centro de Montevideo, en una zona rural, del lado oeste. Un día, cuando la protagonista de esta historia tendría unos nueve años de edad, no fue novedad que la madre –que estaba embarazada- anunciara que pronto daría a luz; ello ocurriría en la misma casa, como las tres o cuatro veces en que la había visto traer al mundo a sus hermanitos y, al igual que siempre sucedía, vendrían sus tías para ayudarla en esos momentos. Y así llegó el día. Grande fue la sorpresa cuando esa vez la mamá trajo dos bebés al mundo: “habíamos visto nacer un niño, pero dos en el mismo parto, nooo!”
La madre, sin embargo, no quedó bien y hubo que llevarla al hospital. “A mis hermanos y a mí nos llevaron a Florida con una de mis tías. De mi madre nos dijeron que murió y nunca volvió... así yo aprendí que de la muerte no se vuelve”.

Un mundo de chocolate

Doña Rosalía, por su parte, ya casi pisa los noventa años y de una galería de aconteceres tan larga como su historia, elige lo siguiente: “yo no jugué... o no sé a qué jugué; tal vez jugué a cosas de no moverme, porque siempre cuidé a mis hermanas más chicas... con el pie las hamacaba en su cuna y cosía las muñecas con que después ellas jugarían... A los catorce años ya empecé a trabajar. Cuando tenía once fui a una kermés y mi madre me compró una muñeca; yo nunca había tenido juguetes. Hace un tiempo tuve que prestársela a una de mis nietas; cuando la traía para devolvérmela, la perdió por el camino y un muchacho que pasaba en una moto la levantó y se la alcanzó... se ve que esa muñeca tenía que volver conmigo.
Todavía la conservo y mis nietas cada vez que vienen quieren jugar con ella y preguntan cuál es su historia. Tiene el cuerpo de trapo y la cabeza negra de porcelana y una de mis niñas me dice: “no es negra abuela, es de chocolate!”

La realidad es fantástica

Don José es una de esas personas que suelen estar atentas a lo que necesitan aquellos que están cerca. Amante del tango, se escucha su silbido de La Cumparsita, antes de verlo llegar.

Un día como tantos sale a nuestro encuentro; una sonrisa pintada detrás de una melodía arrabalera y sin más, nos cuenta en qué ha estado ocupado en las últimas semanas.
En su mismo piso vive Bernabela, una señora muy dulce, de muy buen trato con todos los vecinos. Muchos de ellos la visitan con frecuencia, para saber si le pueden dar una mano en algo.
Parece ser tanta la atracción de esta damisela y tan extendidos sus encantos, que un día de un otoño cualquiera, llegaron tales rumores a los oídos de unos fantasmitas, que no dudaron un instante en comenzar a espiarla a través de las ventanas. Ella tardó tan poquito en descubrirlos, como en sentirse invadida por el pánico; como es mujer –flaquita, además- pensó: “nada mejor que un hombre para espantarlos!”. Así que habló con su vecino de pasillo y así logró que él noche tras noche golpee a su puerta y con su voz más grave de tanguero viejo, anuncie su presencia, agregando que “ya está en casa”. No es moco de pavo eso de estar engañando a los fantasmitas! Luego de apagar las luces, él va cerrando una a una las cortinas hasta, que terminado el ritual, se escabulle despaciosamente hacia su casa, con la satisfacción de su misión cumplida y la tranquilidad en su conciencia de la valiosa ayuda prestada a su vecina, a quien deja llena de agradecimiento.
Y mientras esto pasa día tras día, Don José siente la grandeza de la vida y la simpleza de aceptar la invitación a entrar en el mundo fantástico de Bernabela, para contemplarlo con su mirada compasiva.

Tan diferente mirar

En un complejo ubicado calle por medio frente a un predio muy arbolado, vive Guyunusa; tiene 83 años y enormes ojos oscuros, que desbordan vivacidad. Dentro de los muchos motivos de gratitud hacia la vida que dice tener, uno se refiere al lugar en que le tocó vivir: “yo salgo al balcón todas las mañanas a tomar mate y me encuentro con ese parque maravilloso que está enfrente; es un placer sentir el aire en la cara... ver los distintos tonos de verde de los árboles... escuchar el canto de los pájaros...”.
Pirú, su vecina del piso superior tiene, en cambio, la mirada sombría y la cara surcada por vaya a saber qué amargos desencantos. Ella comenta el mundo que ven sus ojos desde el balcón ubicado apenas dos metros por encima: “ese monte que queda cruzando la calle, es una porquería! Está lleno de mugre; no sé por qué no lo limpian más seguido”.

El mundo de todos

Nuestra tarea nos concede la gracia de poder asomarnos a esa diversidad, que no es otra que la de la experiencia humana, a través de la ventana que nos ofrece el contacto cotidiano con nuestros mayores. A veces, conociéndola a través de sus relatos, otras, por episodios que vivimos junto a ellos; en ocasiones, hablando mano a mano, en otros casos, en una ronda que permite recrear ese sagrado momento, que ocurre cuando el deseo de contar se conjuga con el gusto por escuchar.
Esa riqueza que nos ofrece tal polisemia es, asimismo, la fuente del gran desafío de nuestro quehacer: llegar a construir un mundo compartido, para ser habitado por todos.

José Eduardo Steiner, Alicia Enciso, Amparo Ortiz, Cecilia Sarasua, Andrea Altez, Nancy Ichazo
Montevideo

Volver

En mis años de labor en BPS, he tenido innumerables situaciones que me han dado un sin fin de satisfacciones en el intercambio diario que implica la atención al público.
Recuerdo, hace ya muchos años, un día de invierno muy frío y lluvioso, se acercó a mí una joven muy angustiada. Traía en su mano un certificado médico, lágrimas en sus ojos, y con la voz quebrantada por su dolor me dijo: “vengo a entregar este certificado de mi esposo, que recién le entregó el médico. Tengo cinco hijos chicos y el pronóstico de vida de mi esposo es de dos a tres meses. Él tiene 31 años y yo no puedo aceptar esto”. Levanté la vista y allí estaba él, su aspecto no era el de una persona de su edad; demasiado delgado, la espalda encorvada, el rostro pálido. Parecía un anciano…
Tomé el certificado, leí el diagnóstico y decía “neo de pulmón”. Ella me contó que tenía sólo medio pulmón que le permitía respirar. La miré a los ojos y repliqué: “no desesperes, en Uruguay existen nuevos tratamientos para este diagnóstico los cuales son muy buenos y efectivos. Un familiar se encuentra en la misma situación que tu esposo, se está tratando, y su evolución ha sido muy buena”
Estos tratamientos eran muy costosos y ellos no tenían los recursos necesarios. De todas formas le di toda la información pertinente por si decidían hacerlo.
La joven tenía 28 años, mucha voluntad y se notaba que hacía lo imposible por sacar adelante a su familia. Me comentó que haría todo lo que estuviera a su alcance para salir de ese terrible trance.
Luego me enteré que estaba organizando todo tipo de beneficios para recaudar los fondos necesarios para poder lograr llevar a cabo el cumplimiento de esta esperanza; realizar ese tratamiento que quizás salvara la vida de su esposo. Me consta que fue extremadamente difícil lograrlo, pero definitivamente lo hizo.
Al mes siguiente me comentó que su esposo había iniciado el tratamiento y estaba reaccionado muy bien.
Los meses siguieron pasando, y habiendo transcurrido aproximadamente un año volví a ver a aquel “joven anciano” encorvado y escuálido transformado en un joven rozagante, vigoroso ¡lleno de vida! En ese momento, todo mi ser se inundaba de una emoción realmente indescriptible. La sonrisa con la cual me miró era tan expresiva, que en ese momento agradecí a la vida la oportunidad que me dio de haber podido ayudar a salvar una vida y por formar parte del personal y de esta gran Familia e Institución la cual nos brinda la posibilidad de amparar y ayudar a aquellos que carecen de mucha información y son quienes más lo necesitan.
Con la alegría dibujada en su rostro me dijo: “¡Gracias! ¡He vuelto a vivir! ¡Nunca pensé en volver a disfrutar del sol, del mar, de la naturaleza, tomado de la mano de mis hijos y mi esposa!
Ante este cuadro es poco todo lo que pueda expresar con palabras, y digo gracias por esta experiencia de vida y todas aquellas que se nos presentan a diario a través del contacto con ese público que muchas veces viene desalentado, ya sea por problemas tanto de salud como económicos y se van con una respuesta, con una solución que les permite seguir con optimismo en la vida y tener una visión diferente de que con voluntad, perseverancia y valor todo se puede lograr.
Este sentimiento de solidaridad que existe en todos nuestros compañeros, me enorgullece como persona, como funcionaria y como integrante de una sociedad que aspira a ser mejor y que forjamos día a día.

Graciela Petronio
Canelones

TARDE EN LAS COSTAS DEL ESTE DE COLONIA - Shisela Mier - Mención

Giras de Pagos en avión

El relato que les voy a contar a continuación no es de hace mucho tiempo atrás, cronológicamente hablando, pero sí tecnológicamente, donde los tiempos eran otros, donde las distancias aunque relativamente cortas, eran más largas, donde la comunicación y el acceso a la información no llegaba a todos los lugares del país, donde la caminería de la campaña era más difícil y el transporte colectivo entre los pueblitos era escaso. Donde para la gente, por su idiosincrasia del lugar cosechada en otras épocas. primaba el trabajo, las responsabilidades diarias del estar en el lugar y cumplir con las tareas.
Esto transcurrió al principio de la década del 90, cuando me encontraba recientemente viviendo con mi familia en la ciudad de Salto, trabajando en la Sucursal del BPS en la cual se centralizaban todas sus actividades y servicios.
El punto es que si la ciudad de Salto se encontrara físicamente situada en el centro del departamento hubiese sido todo mucho más fácil. En cuanto a distancias a recorrer sería equidistante para el resto de los pobladores del departamento, en cuanto a tiempo lo mismo, y la concurrencia a la ciudad sería mayor para hacer uso de los servicios. Pero la ciudad de Salto, como muchos sabrán, esta situada a orillas del Río Uruguay sobre la margen izquierda del departamento. Viéndose limitados, o siendo casi una travesía para la gente que vive en los pueblos, cruzar todo o parcialmente el departamento para realizar trámites o cobros, se tuvieron que tomar medidas que les facilitara a los usuarios un mejor acceso a los servicios del BPS.
Así surgieron las famosas “giras de pagos de jubilaciones y pensiones en avión”, sumándose también algún asesoramiento al respecto. Era toda una odisea recorrer todo el departamento en una avioneta. Ver kms y kms de extensiones de campos interminables, las famosas plantaciones de naranjales salteños, los corrales de piedra, los cementerios rurales de los establecimientos, los cerros como el de Vera, el Río Arapey, el Río Uruguay, la Represa de Salto Grande, las primeras piscinas termales a orillas del Río Daymán, y muchas imágenes más.
La gira la hacíamos en dos días al mes, un cajero y un expedidor de recibos. El primer día se comenzaba pagando en los poblados al sur del departamento, entre ellos Laureles, Fernández, Cerros de Vera, Pepe Núñez, y el segundo día se pagaba a los ubicados al norte, como los pueblos Biassini y Rincón de Valentín.
En el pueblo Fernández, aterrizábamos en un establecimiento donde éramos recibidos con gran alegría por un matrimonio de caseros y sus pequeños hijos. Allí nos esperaba una camioneta policial, a modo de custodia, que nos llevaba hasta el almacén del poblado para que realizáramos los pagos. Dentro del mismo se encontraban los pasivos junto al almacenero, quien cobraba todas las pasividades en calidad de apoderado, ya que todo el pueblo hacía las compras en su comercio por ser el único de la zona, y algunos más otros menos le debían algún pesito!!
Una vez que terminábamos, los policías nos llevaban de regreso al establecimiento para que almorzáramos un rico asadito hecho por los caseros con el mayor de los esmeros y un rico “martín fierro” de postre. Cuánto agradecimiento y amabilidad recibíamos de aquellas personas. Algo indescriptible. Despidiéndonos de ellos hasta el próximo mes, continuábamos nuestra gira hacia otros poblados.
En algunos lugares veíamos cómo llegaban los paisanos de a caballo, los ataban de los alambrados y se acercaban hasta el ala de la avioneta para retirar sus recibos y luego hacían el cobro en la ventanilla donde se sentaba mi compañero con su bolso de dinero. Allí se quedaban extasiados viendo el despegue de la avioneta, y nosotros desde arriba los mirábamos retirarse del lugar. A veces eran 5 ó 6 personas las que venían ha hacer su cobro, a veces eran más. Para ambas partes nos resultaba a todos una experiencia rara y linda a la vez.
Hoy por hoy, 20 años después, las cosas han cambiado, con la aparición de cajeros para depósitos, pagos y débitos automáticos, locales de cobranza, etc. Las distancias se han acortado, la caminería ha mejorado, ya no son llamadas larga distancia, y con el acceso a Internet, la información llega más fácil a todos los lugares.
Fueron mis mejores momentos vividos al servicio de la gente. Pasábamos la mayor parte del tiempo haciendo largos recorridos y al terminar el día, descubríamos que el momento más glorioso de nuestra existencia había sido cuando cada uno de los usuarios veía el dinero en sus manos. Así es la vida, un viaje enorgullecedor, del cual todos volvíamos a nuestros hogares con la satisfacción del deber cumplido.

María Laura Reilly
Canelones

Mi Bandera

En 1974 cuando pasé en comisión procedente de la Junta de Vecinos, el hoy BPS se dividía en tres edificios distintos de Mercedes, la Caja de Industria y Comercio, La Caja Rural y la Caja Civil.
La Caja Rural funcionaba en una casa de familia cuyo living estaba atravesado por un mostrador alto separando al público de los funcionarios.
El dormitorio con ventana a la calle hacía de despacho del Sr. Gerente, en el otro, en 3 escritorios se hacían liquidaciones y expedientes.
El hall central tenía 4 escritorios y el fichero alfabético, en el comedor estaban los liquidadores de empresas rurales y en la cocina había una garrafa para calentar el agua del té, café o mate.
En la despensa trabajaba el funcionario recaudador con escritorio y una caja fuerte.
Las pasividades se pagaban durante una semana, en el garaje..
Había un limonero en el amplio patio que el Sr. Gerente cuidaba para los limones del té.
El altillo hacía de archivo de expedientes.
En aquella casa, con 22 años y un puñado de compañeros nuevos, comencé a trabajar..

Mi tarea inicial fue ayudar en pagos y hacer las recorridas bancarias de recaudación, por tener un motociclo. En los pagos debía expedir recibos, que eran de cartulina perforada, allí lucía nombre, N° de Jubilado y Ficha Individual, datos que los pasivos debían portar en un carné con su foto.
Recorría bancos cobrando los cheques con que pagaban los contribuyentes, sus importes se unían al efectivo en caja, depositando todo en el Banco República.
Un día le pregunté al Gerente qué podía hacer para conocer más de la oficina, recuerdo nítidamente sus palabras:
-Mario, si Ud. quiere aprender acá, hágase amigo del fichero.
Se trataba de tarjetitas rectangulares, de cartulina, las verdes eran afiliaciones rurales, las blancas domésticas, ordenadas por apellido, con N° de Ficha Individual, fecha y movimiento del expediente, toda su historia pasaba por ahí, escrito a máquina y/o a mano.
Trabajábamos con máquinas de escribir a cinta, que eran de carril normal o ancho.

En esos años, por imposición del gobierno militar, las oficinas públicas debían desplegar el pabellón patrio al amanecer y arriarlo al atardecer, tarea que me fue asignada a mí, y a una compañera entonces limpiadora, obviamente sin compensación alguna.
Me levantaba a las 6 de la mañana cada día, iba a la oficina, subía al altillo, ponía la bandera y regresaba.
A las 8 volvía a la oficina a cumplir mi horario habitual.
Al anochecer hacía el mismo recorrido para arriarla.
Lo peor era que también debíamos hacerlo los sábados y domingos.
Esta función me parecía muy injusta por su carga horaria adicional.
Lo hablé más de una vez con mi Gerente, quien me ponía "paños tibios" diciéndome que no sería por mucho tiempo, pero.. el tiempo pasaba y la tarea continuaba.
Como también era músico activo y a veces me encontraba actuando lejos los sábados, mi compañera me cambiaba algunos fines de semana, otras veces no..
Levantarse sábados y domingos al amanecer, no era un favor fácil de hacer, por más compañeros que fuésemos.

Algunos sábados ponía la bandera de mañana, sacándola recién el domingo al atardecer.
Los militares en recorridas, lo notaron y observaron al Gerente, él me lo comentó, mientras yo seguía reclamándole lo injusto de la designación. Con mucha paciencia, me aconsejaba solucionar ese aspecto, ya que la observación venía de los militares.
No pasó mucho tiempo en ser observado nuevamente por el comando militar.
Una mañana me notificó por escrito de la obligatoriedad, teniendo la opción de hacer descargos.
Me enojé mucho, escribí los descargos con un nudo en la garganta, reclamando por qué razón no rotaba a todo el personal. No recuerdo muy bien el tenor, pero seguramente fui muy áspero y denunciante con mis compañeros.
Algunos fines de semana sacaba la bandera los sábados de tarde, y la ponía al regreso de los bailes, los domingos a media mañana.
Al tiempo los militares volvieron a molestar al Sr. Gerente que me trajo otra notificación.
De nuevo los descargos..
Llegué a alegar enfermedad circunstancial, y otra vez denunciar lo injusto de la designación que no recaía en nadie más.
Una tarde, tomando el té con mi Gerente, como lo hacía siempre, me miró fijamente, y me dijo:
-Mario, tenemos que hablar..
El Gerente era un apreciado referente en la oficina, y sabio en las relaciones interpersonales, nos trataba a todos de "usted" pero con cariño.
Con mucha calma continuó:
-Mire, si yo elevo estas notificaciones Ud. pierde el trabajo y nosotros lo perdemos a Ud..
Tragué saliva..
Inmediatamente me recalcó:
-No me diga nada, yo sé que esto es injusto para ud. pero en estos momentos las cosas no son justas para nadie... ayúdeme y trate de solucionar lo de la bandera, porque a Ud. lo necesitamos acá.
Terminamos el té, y le dije:
-Podría enviar a alguien de mi confianza alguna vez?
Me contestó:
- No me lo diga.. hágalo.
Fue una autorización tácita.

Algunas veces mi hermano, mi compañera limpiadora y hasta mi esposa, me ayudaron con la tarea.
Ya no hubo más observaciones ni para el Gerente, ni para mí.
De esta vivencia aprendí que uno debe solucionar sus problemas sin implicar a sus compañeros. Comprendí además que un buen jerarca no traslada las denuncias de uno a los demás compañeros, conversa los problemas con el mismo funcionario, a solas, poniéndose en su lugar y demostrándole que lo valora.

Demoré un tiempo en darme cuenta que mi Gerente no era que "me necesitara"... sino que con sus palabras me transmitió tanto su preocupación como su real aprecio personal. Para mí eso fue más motivador que cualquier norma, dicha o escrita.

En 1976 fui presupuestado, llevo 37 años en el BPS y tengo hoy 59 años.
He presenciado muchas situaciones y cuando surgen inconvenientes entre compañeros dimensiono esta lección que un día recibí de mi Gerente en los tiempos de la ex - Caja Rural, por tener que sacar y poner.. mi bandera.

Mario Fernández
Soriano

Ya pasó

Después de un largo día de trabajo, Pedro llegó a su casa un poco cansado, saludó a su esposa, se cambió de ropa y se sentó en el sillón, era viernes y había sido una semana de mucha actividad en la oficina, por lo que comenzaba a disfrutar del merecido y reparador fin de semana.

A pesar de sus 50 y tantos, Pedro era muy inquieto, al rato se levantó, fue a la cocina, abrió la heladera y sin saber qué buscar vio que había unas tiras de carne. En ese instante se fijó si tenía leña, ingrediente imprescindible para iniciar su pequeña aventura culinaria, que seguramente le ayudaría a desestresarse de la semana de trabajo.

Mientras tanto, se puso a conversar con su esposa, a tomar mate y a comer unos bizcochitos de queso, hasta que en un determinado momento, tomo el papel, el encendedor, una bandeja donde puso la carne y se fue a la azotea, donde tenía el parrillero.
En ese instante llegó uno de los hijos, no sé si intuyó la comida que le esperaba o son de esas casualidades que se dan en el momento justo, el hecho es que había llegado y enseguida se fue para la azotea, donde comenzaron a charlar.
- Hola viejo ¿cómo andás?.
- Bien, por comenzar un fueguito, ¿qué te parece...?
- Buenísimo, tengo un hambre bárbara y además muchas ganas de comer asado.
- Viejo, en cualquier momento estoy por comenzar a trabajar y me gustaría saber, ¿qué cosas tendría que priorizar?
- Es complicada tu pregunta, hay muchas cosas a tener en cuenta o a priorizar, pero todo depende de la personalidad de cada uno, ya que es ella quien te dirá qué hacer.
En mi caso particular, si bien trabajé en muchos lugares y en todos lo pude hacer con mayor o menor respaldo, ¡ves eso es una cosa importante!
- ¿El qué?
- El tener respaldo para poder desarrollar tranquilo tu tarea.
Pero continuando con los lugares de trabajo, siempre voy a recordar uno en particular.
- ¿Por qué viejo...?
- Entre otras cosas porque además del respaldo que nuestra jefa nos daba a todos, también estábamos muy unidos y no sólo a nivel de trabajo sino a nivel personal y familiar.
- Pará, pará viejo, ¿me parece que estás idealizando?
- No, no estoy idealizando, en la vida, hay oportunidades, de las que espero tengas, donde un grupo de personas, pueden conforman un “equipo de trabajo” y ahí está otra cosa a priorizar.
- Esperá viejo, ¿por qué es tan importante formar un equipo de trabajo?
- Entre otras cosas por el apoyo del grupo, para rendir de la mejor forma, que se puede ver reflejado en una sugerencia o directamente en la colaboración de la tarea.
Otra cosa a tener en cuenta es el estrés en todas las actividades, algunas más que en otras, nuestra tarea en particular lo es y una de las cosas más importantes para sobrellevar el estrés, es la risa, por lo que siempre procurábamos con respeto, hacer bromas y reírnos, aunque más no sea de nosotros mismos.
- No entiendo, ¿por qué reírse de ustedes mismos es importante para sobrellevar el estrés...?
-Te cuento, un día volvíamos 5 compañeros en una hora pico, en el auto de Juan, de realizar un procedimiento y lo hacíamos justamente por la senda central de la Avenida Agraciada y de repente se le quedó el auto.
Nos cruzaban vehículos por un lado y por el otro, hasta que Juan se bajó como pudo, abrió el capó y todo estaba bien, por lo que intentó nuevamente hacerlo funcionar, hasta que en un determinado momento nos dice – ya sé lo que le pasa, se quedó sin nafta-
No recuerdo quién, pero alguien le dijo –¿cómo que se quedó sin nafta?- a lo que él muy tranquilo contestó –lo que pasa es que le puse 50 pesos.
En ese momento cuando y como pudimos, tratamos de bajarnos entre medio del tránsito y empujar el vehículo hacia la vereda, otro fue a comprar la nafta y cuando regresó, inmediatamente arrancó.
No sabés cómo nos divertimos a pesar de lo que nos había pasado, creo que estuvimos por lo menos, una semana hablando y riéndonos de lo mismo.

- ¿Viejo, cómo de un hecho así, pudieron reírse tanto...?
- No sé, era nuestra forma de ser o de sobrellevar la tarea, pero espera que me acordé de otra anécdota.
Un día fuimos a controlar una empresa con giro de lavadero, golpeamos la puerta y al rato apareció un Señor. Nos presentamos y nos dijo que pasáramos, mientras le solicitábamos la documentación, comenzamos a mirar a nuestro alrededor observando que no habían lavarropas, ni secarropas, ni ropa, solo habían estanterías vacías.
En ese momento si bien nos dio la documentación que tenía, nos contó que el comercio no había funcionado y que terminó perdiendo todo, su casa, que la había puesto como garantía y su esposa, por lo que desde hacía tiempo, estaba viviendo en el pequeño local, que no tenía baño, solo los desagües para las lavarropas que ya no estaban.
- En ese momento además de realizar nuestro trabajo, verificando la documentación, tratamos de brindarle, como lo hacíamos siempre un trato humano y cordial, estimulándolo para que dentro de la realidad que vivía, pudiera sentirse un poco mejor, a lo que le dije –“ya pasó”, ahora trate de salir adelante por usted.
- En la noche teníamos una reunión entre todos y comentamos el hecho desgraciado del Señor. pero de lo que nos reímos en toda la fiesta, fue de mi ingenua expresión, para tratar de estimularlo cuando le dije, “Ya pasó, ya pasó”.
- Como veras no son actitudes con malicia o burlonas, de nada ni de nadie, son anécdotas diarias, que nos servían para distendernos de la actividad que realizábamos con mucha eficiencia.
- Pero decime viejo, ¿es fácil lograr un equipo de trabajo como el que vos decís?
- Bueno en realidad y aquí va la tercer cosa a priorizar y posiblemente la más difícil de encontrar, que es formar un equipo de trabajo de “buenas personas”.
- Gracias viejo por tus consejos, pero vamos a comer que tengo hambre.
- Sí, comamos, pero antes yo también quiero agradecerte por haberme dado la posibilidad de transmitirte vivencias muy importantes para mi, que tendrás que pensar, si en algún aspecto te pueden servir.
- Y de ésta y otras formas continuó la vida de Pedro y su familia como la de tantos y tantas familias.

Pedro Jaurena
Montevideo

Un día... una señora... un príncipe chiquito

Un día de tantos, en la Sección a la cual yo pertenecía, llegó una señora, se dirigió a mí, quien estaba atendiendo público y me planteó su duda.
Me dirigí a consultar sobre sus actuaciones en los antiguos biblioratos..., figuraba una salida pero no había sido firmada la hoja de recibo de ese expediente.
Llamé por teléfono a la Sección Archivo destino donde se me comunicó que no había sido recibido, ergo no estaba.

Eran mis inquietos 24 ó 25 años que, mirando a la cara a la señora, no podía resumir sus expectativas en un "no está", "venga otro día", "deme tiempo"... Nada, nada ella me miraba y lejos de molestarse se sonreía.

De repente, por tener ancestros vascos y por entender que el expediente de alguien no es ni más ni menos que el resumen de una vida... le pedí a mi jefe si me dejaba ir hasta la calle Tacuarembó y Uruguay, dado que allí se encontraba el archivo, con enormes como interminables montañas de expedientes ordenados por números, otorgados éstos por el número de entrada en la Corte Electoral, (así se regía la ex Caja Civil).

Nunca olvidaré la cara de asombro de la señora cuando a la hora, hora y cuarto me vio regresar con el expediente.

A los pocos días apareció la señora, dejó un paquetito en el mostrador, me lo señaló y se retiró, el asombro, pasó a ser mío, fue la primer vez que leí EL PRINCIPITO con la siguiente dedicatoria "OJALÁ MUCHOS PRINCIPITOS SE ENCUENTREN CON MAYORES COMO TÚ".

¡¡¡Si deberemos de estar atentos!!!
Sí. ¿Saben por qué lectores? Porque la vida nos da minuto a minuto múltiples oportunidades para proceder de tal manera que mañana recordemos nuestro actuar (en todos los órdenes) y mas aún en el laboral con una sonrisa de satisfacción y de plenitud.
Sólo en nosotros está la maravillosa capacidad de la opción, si eso y nuestros principios, son los que nos siembran el camino de la vida con hierbas malas o flores.

Somos proclives a la "culpa en..."

A mi criterio, se debe de dejar de culpar, para tomar un momento de reflexión y elegir siempre el camino que nos alegre el alma, sin culpa. En mis 32 años en el BPS, tengo innumerables anécdotas como amistades de un lado y otro del mostrador. ¡¡Si habré recibido alegrías!!
Cuantos enojos he cambiado por sonrisas simplemente por haberles hecho una broma, broma ésta que no esperaban, pero a mí me daba la oportunidad de que ese usuario dejara la tensión y por ende abriera su corazón.
Es, en este momento de mi vida que, luego de haberme retirado, me llevé lo que pedí cuando entré a trabajar en la ex Caja Civil: "Un salario digno y el cariño de mis compañeros"
Y saben qué????
Lo tengo, si acá a mi lado, los llamo, nos vemos, fueron parte de mi pasado y los tengo para mis proyectos de futuro.
No tengo un mal recuerdo vivido, por el contrario fue una etapa de aprendizaje ya que a mi entender es en el trabajo quien uno muestra todas sus facetas.
Se lo aconsejo a toda la gente joven "vive tu vida de tal modo que al mirar hacia atrás veas un camino repleto de flores y recuerden todos que..

"En toda tarea, en todo momento de nuestra vida somos seres más que importantes para quienes nos rodean, vivámoslo con alegría, que después de todo... de eso... de eso... consta el diario vivir".

María Graciela Ureta
Montevideo

Las vueltas de la vida

Cuando uno es chico siempre se nos pregunta qué quisiéramos ser cuando seamos grandes, mi respuesta siempre era la misma “empleada privada”.

A través de diferentes medios escuchaba que los empleados públicos eran lo peor del país, porque no trabajaban, trataban mal a las personas y te hacían esperar horas por cualquier trámite. Hasta en aquella televisión 14 pulgadas en blanco y negro pasaban un sketch de Gasalla de la empleada pública, una mujer mal hablada, desgreñada, mala persona y con muy malos modales, que todos odiaban y yo tanto detestaba, era en esos momentos donde más aún reafirmaba mi elección, ser cualquier cosa menos EMPLEADA PÚBLICA.

Pasaron los años y ya en el liceo, el profesor de Literatura nos hizo leer e interpretar La Isla Desierta de Roberto Arlt, obra que describe la rutinaria y monótona vida de un grupo de empleados, maltratados por su jefe, encerrados gran parte del día entre cuatro paredes, con sus miserias a flor de piel, que por una simple discusión terminan soñando despiertos que están viajando a una isla en busca de una mejor vida. Esta obra fue la raíz de otras decisiones en mi futuro laboral, tratar de hacer algo que no me tenga encerrada entre cuatro paredes, y en lo posible tratar de no tener jefes, así que a la hora de elegir mi orientación para el bachillerato fui a una jornada de orientación laboral.
Una señora muy amable me preguntó ¿en qué te gustaría trabajar?, le expliqué que de cualquier cosa que no me tenga encerrada entre cuatro paredes todo el día para no quedar loca, en algo que no haya jefe para no recibir abusos y en cualquier lado que no sea empleada pública para que la gente no me odie, sin más la ya no tan amable señora largó una carcajada y al ver mi enojo me dijo, tratando de mantener la risa: “bueno, veamos, has reducido el gran abanico de posibilidades a una, solo te queda ser Presidente”.
En el período de un verano, pasé de querer ser Odontóloga, a piloto de avión, licenciada en Historia, actriz, abogada, psicóloga, periodista y cardióloga, esta última fue la que más me había gustado, lamentablemente por motivos de la vida tuve que abandonar los estudios para trabajar.

Pasaban los años y yo pasaba por diferentes trabajos: fiambrera, cajera de un supermercado, recepcionista, promotora, moza, ayudante de cocina, limpiadora, promotora, vendedora, niñera, etc., trabajos como empleada privada que me fueron mostrando que las personas locas, mal habladas, desgreñadas y jefes abusivos no solo se encontraban en la órbita pública, así que cansada de trabajar tanto por poco sueldo, con mi sueño de ser una profesional a un lado, decidí dejar uno de los dos trabajos con todo lo que ello implicaba, para hacer un curso de dos años que me abriría más puertas laborales, con mejor salario y menos horas, así podría retomar los estudios, y alejarme de todo eso.

A un año de recibirme, conseguí trabajo, a pesar de que tenía jefes y no muy amigables, tenía un gran grupo de compañeros, todos muy humanos, muy amables, y cuerdos.
Unos meses después, cuando mi primer hijo tenía 1 año, y el dinero ya no alcanzaba, yo me encontraba feliz con mi trabajo, aunque siempre deseando continuar con mis estudios para ser una profesional, los cuales se vieron nuevamente postergados por la obligación de mantener una familia, me avisan que hay concurso para entrar al BPS, el sueldo era bueno, no como en otros lados pero más de lo que ganaba en ese momento, yo no quería ser empleada pública, dejar mi trabajo, mis compañeros tan humanos, amables y cuerdos, por un grupo de personas malhumoradas, maleducadas y locas. Por insistencia de amigos acepté concursar para dejar a todos contentos que al menos había hecho el intento, igual estaba segura de que no iba a entrar por la cantidad de inscriptos.
Después de varias instancias a las cuales fui con desgano, me llaman para avisarme que había entrado al BPS, mi alegría por el alivio económico que iba a tener se encontraba con mi angustia por terminar trabajando entre cuatro paredes, como empleada pública y sin ser profesional, todo al revés de lo que había imaginado para mi vida.

Los días, meses y años fueron pasando, mis miedos de a poco se fueron disipando, con cada usuario que se presentaba veía y veo a un grupo de personas muy humanas intentando solucionar todos los problemas que están a nuestro alcance, veo el compromiso diario de todos, veo las ganas de trabajar, de hacer un mejor BPS y no por obligación sino por convicción, sabemos que trabajamos en el único lugar del Estado que recibimos y prestamos servicios desde que nacen las personas hasta que dejan este mundo, sabemos que somos en muchos casos los únicos que brindamos ayuda a familias con integrantes con problemas congénitos graves, y que la mayor parte de ellos dependen de nuestro trabajo para poder mejorar la calidad de vida de sus seres queridos, les brindamos todo, ayuda económica, médicos, fajas, lentes, sillas de ruedas, férulas, remedios en fin, tenemos todo y lo que no, lo conseguimos, para solucionarle lo más posible a cada usuario, pero sobre todo tenemos una institución comprometida con la gente, y a funcionarios que aman su trabajo y que a pesar de que estamos gran parte del día encerrados entre cuatro paredes, no necesitamos soñar para pensar en una vida mejor, ya que creemos firmemente que nosotros ayudamos a crearla diariamente con nuestro trabajo.

Estoy orgullosa de trabajar en una institución que trabaja para la gente con compañeros que son como una familia y que como en toda familia hay locos y otros no tanto, discusiones y enojos pero si uno necesita algo ahí estamos los más de 4000 funcionarios.

HOY PUEDO DECIR QUE ESTOY ORGULLOSA DE SER EMPLEADA PÚBLICA.

Natalia Pittaluga
Montevideo.

Mis primeros pasos en BPS

A lo largo de tantos años trabajando en BPS siempre en relación directa con el público, uno se va formando no sólo como funcionario avezado en la tarea, sino también como persona; se va evolucionando, aprendiendo.
Empecé muy joven en ese rol de funcionaria del Interior, Caja Rural por más datos, que en una zona industrial tenía pocos feligreses, es decir trámites de rural, eran pocos; lo que daba oportunidad para relacionarse con el público de una manera especial.
Es sabido que la gente de campo, se toma su tiempo para expresarse, diferente a ese ritmo apurado y exigente de otras, que no es ni mejor ni peor: distinto y tal vez por eso el funcionario se relacionaba de otra forma con aquel que acudía a "La Caja Rural", era casi como un vecino atento, un oyente respetuoso y un asesor apreciado.
Mientras se tecleaba en aquellas máquinas de escribir cuyos carros venían por metro, se hacían los cálculos a mano o con suerte usando una símil calculadora a manivela y ni pretender que tuviera papel, mirabas los números directamente del rodillo, apurando el lápiz para no olvidarse del monto y por si fuera poco con la infatigable conversación del cliente de turno.
Ni pensar en conseguir una llamada telefónica al toque; qué va, el teléfono era un aparato ostentoso, negro, cuya manivela se hacía girar enérgicamente o hasta donde el brazo te diera, para escuchar del otro lado a la operadora informándote cuántas horas demoraría en conseguir la llamada de larga distancia. Ahora que lo pienso, cómo ejercitábamos la paciencia.

En Caja Rural también atendíamos las pensiones por invalidez con su cruda realidad, cuyos beneficiarios recibían como hasta ahora, una prestación económica que con el tiempo fue variando sustancialmente, pero siempre partiendo de situaciones delicadas.
Fue así que Guille y su mamá, acudían mensualmente a cobrar su pensión, siempre juntos, a pesar de las serias complicaciones que le significaba subir los peldaños para acceder al lugar de pago de pasividades, contando con que algún samaritano corriera en su ayuda ya que Guille era corpulento y con serios problemas de motricidad.
Si bien no era posible entablar una charla con Guille, respondía alegre a nuestro saludo y comentarios que a su madre le daban pie para una breve reseña de las últimas novedades.
Repentinamente Guille fallece, nos enteramos el día del pago y nos sentimos desconcertados cuando se acerca su mamá (sola por supuesto), nos parecía que no podía ser la misma señora sin Guille y comenzó a relatar lo sucedido reflejando la pena enorme que estaba sintiendo, tratamos de calmarla aun sabiendo que era inútil, hasta que en un momento me mira y antes de retirarse me dice "Usted no sabe lo que fue ese hijo para mí"..: tomo aliento y le contesto: "es verdad, pero sí sé lo que fue Ud. para él: UNA BENDICION".
La Sra. nos miró detenidamente y expresó su agradecimiento, que según nos dijo ella había encontrado en La Caja: atención, apoyo y ahora comprensión.
Recuerdo este caso, porque la madre afrontó todo, desde el abandono, la indigencia hasta ese punto de ir ella misma y entregar el carnet de pensionista y dejar las cosas en orden.
Pero para nosotros si bien triste, también fue reconfortante sentir que esa madre, esa persona, no se fue defraudada cuando se retiró, creo que a eso debiéramos apuntar siempre, que en todo momento hay otro, lo conozcamos o no, no importa, que merece ser tratado con consideración y respeto y que si puede llevarse un plus, algo mejor de lo que esperaba, aunque más no sea en el trato, vale la pena: hoy por ti, mañana por mí.
Creo que así también nos acercamos a la solidaridad que desde su creación ha sido uno de los pilares fundamentales del Banco de Previsión Social, que si bien fue cambiando algunas denominaciones, la finalidad es la misma desde el principio.

María Elena Cruz
Flores

Buena Perspectiva Social

Casi todo en nuestras vidas ronda entre lo casual y lo imprevisto.

En un momento de mi vida, tuve que salir a buscar otra fuente de trabajo, ya que me encontraba culminando un ciclo en una Institución, en la cual me obligaban a jubilarme porque ya había cumplido mi edad para el retiro obligatorio.
Fue así que me presenté a un concurso, no sospechando que iba a tener mi destino en una Institución, donde mi compromiso con la sociedad llegara a ser tan directo.
Así fue que llegué al Banco de Previsión Social, en momentos que había cambios muy profundos que me llevaron a entender la realidad social que se venía realizando.

Como funcionaria me vi en muchos momentos compenetrada con la Institución y con los contribuyentes, en ambos dentro de un marco de compromiso social. En estos años de convivencia tanto en lo funcional como en el compañerismo, hubo vivencias que muchas veces nos colocan en lugares distintos, ya sea como funcionarios y otras como compañeros.

Creo sin equivocarme que todos los funcionarios como los contribuyentes, cumplimos con una responsabilidad común y es la desarrollar un compromiso de servidores públicos. Siempre en esta relación hay compromisos de ida y vuelta. El funcionario debe responder a un interés social al igual que el contribuyente.

Paso a relatar una de tantas anécdotas ocurridas en mi carrera funcional.
En uno de esos días, en que todo parecía que iba a ser un día como tantos, me encontré con una situación que me hizo conmover y tuve que apelar no sólo a lo estrictamente funcional, sino también a lo humano, sin dejar de lado la responsabilidad y el compromiso de servidor público.

A mi puesto de trabajo llegó un contribuyente con un estado de angustia muy grande, su cabello color gris denotaban los años transcurridos.
Cuando se sentó, mi primera sensación fue la de tratar de que se tranquilizara y me explicara cual era la situación que tanto lo angustiaba.
Fue así que comenzó diciendo que él tenía una pequeña empresa, heredada de sus padres y que tenía personas que trabajaban con él desde hacía bastante tiempo. A su empresa la había encarado como a una familia al igual que sus empleados.
Por motivos de contratiempos ajenos a su voluntad, se había atrasado con los aportes y se le hacía imposible ponerse al día, por lo cual venía decidido a cerrar la empresa. Lo que equivalía a dejar a sus empleados sin trabajo y por ende a sus familias en una situación de desamparo. En ese momento comprendí su angustia, pero entendí que era mí deber encontrar la solución viable dentro de la normativa que la Institución me permitía.
Fue así que luego de ver el historial de la empresa y ver que realmente era verdad todo lo que me había contado, que los pagos hasta que había podido eran puntuales, lo tranquilicé y le pregunté nuevamente si él realmente quería cerrar la empresa, lo cual con mucho énfasis y rotundamente me contestó que no, que para él significaría un dolor muy grande.
Luego de hacer todos los pasos correspondientes, consultando a mis superiores, llegamos a la conclusión de que haciendo un convenio a largo plazo él podía pagar y no cerrar su empresa. En ese momento me abrazó y me dijo que le había salvado la vida, ya que para él y sus funcionarios se le abría una posibilidad. Me agradeció y me dijo que nunca iba a olvidar ese momento.
Hoy sigue con su empresa y con sus aportes al día.

Yo sentí que había cumplido con mi función, pero más que nada, había logrado con la finalidad por la cual estaba allí, que es la de ser un servidor público, siendo el nexo entre la Institución y el contribuyente. Es decir que todo pasa por tratar de entender, contribuir y facilitar la relación que lleve a un beneficio general para toda la sociedad.

Cristina Batalla
Montevideo

Asesoramiento a un trabajador

Durante más de cuarenta años, fui funcionario del BPS, antes Caja de Jubilaciones de Industria y Comercio.
Haciendo memoria desfilan ante mis retinas situaciones, anécdotas, alguna como la que pretendo narrar que tiene a mi criterio mucho de jocosa y muestra con claridad a que situaciones se veía sometido el funcionario, el que debía apelar a toda su experiencia y paciencia, en una época en que no se hablaba de empatía y menos de historia laboral.
Lo que recuerdo de esta anécdota es más o menos así: Se presenta una persona y es atendida por un funcionario conocido de ella y se formaliza el siguiente diálogo iniciado por aquélla, una persona del sexo masculino y cuya voz era gangosa.
-Buenos días, vengo para que me asesores Nelson, pedí permiso al capataz de la planta donde trabajo, para venir al pueblo y por la Caja, así junto los años, no va a ser fácil, ya que trabajé de gurí en varios lados, en estancias del departamento y aquí en Paso de los Toros, menos mal que te encontré ya que nos conocemos de chicos y se que me vas a orientar bien. Estoy cansado de trabajar, cada vez me cuesta más levantarme a las cinco de la mañana, para ir a la represa, (se refería a la obra del Rincón Del Bonete, donde era funcionario de UTE).
-Decime, ¿recordás los años anteriores a UTE ?
-¡Qué me voy acordar!, trabajé como peón en estancias, en la ruta cinco en la empresa Colaroff, yo que sé...

Es en ese momento en que el funcionario apela a sus conocimientos adquiridos en más de veinte años de labor, tratando de ubicarlo en el tiempo y espacio y le dice :
-A vos que te gusta el fútbol, decime en el año 1950 cuando Uruguay fue campeón del mundo ¿dónde laburabas?
-Mirá, en una estancia cerca de Charata, hacía como seis años que laburaba ahí; cuando nos enteramos de que Uruguay había salido campeón, entre los peones nos agarramos flor de borrachera.
-Después de ahí, por ejemplo en 1959 cuando la evacuación de Paso de los Toros, ¿dónde estabas?
En estancias, cerca de Achar, en la que más trabajé fue en la de Piquet, pero no sé las fechas, en ese tiempo era joven, qué iba a pensar en la jubilación.

-Sé que en el fondo de tu casa tenés una quinta, en la mañana antes de trabajarla, mientras tomás mate y te fumás un cigarrito vas anotando en qué otros lugares trabajaste hasta que entraste en UTE. Al otro día hacés lo mismo, mate, fumás otro cigarro y anotás lo que recordés y así vas a completar los años que necesitás para jubilarte.
El cliente mientras movía su cabeza de un lado a otro dijo :
-No… no… es imposible.
-Pero yo no veo el problema, hacelo y verás que lo conseguís. Decime, ¿cuál es la dificultad que encontrás?
-No, Nelson, el problema es que tomo mate pero no fumo y si lo hago me va a hacer mal.
Nelson lo miró tratando de entender si lo decía en serio, mientras que el cliente guiñaba el ojo a otro funcionario que seguía atentamente la conversación.

Eduardo Olivera
Tacuarembó

TORRE DE SANTA TERESA - Shisela Mier - Mención

La Generación del 50

Mi abuelo me había hablado de la “generación de futbolistas del 50”. Como gran “futbolero”, para él, ésa era la mejor imagen del fútbol uruguayo que él había tenido y nos contaba a mis hermanos y a mí con lujo de detalles aquella enorme “hazaña”. Yo tenía 20 años cuando ingresé al BPS. Ingresamos 6 compañeros provenientes de la Escuela de Industrias Gráficas, perteneciente a la UTU, en la vieja imprenta de BPS que estaba ubicada en la calle Jackson (donde ahora está funcionando el PIT-CNT). Recuerdo a un hombre de estatura normal, integrante de los llamados “veteranos” del lugar; callado, el cual todos los compañeros se le acercaban y casi susurrando le decían “Gambetta” me alcanza el “pomo de tinta” que se me acabó...”Gambetta”, le doy el papel para este trabajo (en esa época no se tuteaba a los “veteranos” como ahora); situación que los “gurises” nuevos no entendíamos muy bien quién era ese “compañero” de trabajo; razón por la cual el gerente lo llamó y él vino hacia nosotros y nos dijo...”..Mi nombre es Schubert Gambetta, bienvenidos”.. Imagínense lo que fue para todos nosotros (y en especial para mí), el asombro, sorpresa, nervios y un sinfín de cosas mas que me pasaron por la mente...!!!.. Schubert “el mono” Gambetta (CAMPEON DEL MUNDO CON URUGUAY EN 1950) era “compañero de trabajo” nuestro..!!!..lo que hubiese dado mi abuelo por conocerlo personalmente. .!!.. no le gustaba hablar mucho de fútbol ni era un compañero soberbio... era humilde y callado como toda aquella generación fantástica de futbolistas que asombró al mundo marcando la hazaña más grande (inigualada hasta ahora) en la historia del fútbol mundial...!!!! Nadie lo molestaba y de vez en cuando (como todo “grande”) mandaba alguna “anécdota” que todos tratábamos de hacer “silencio” y escuchar como si fuese un tesoro nuestro, de todo el “grupo de trabajadores gráficos” que integrábamos aquel lugar. Gracias Schubert por haber compartido con nosotros toda tu “experiencia”, “humildad”, y don de “gente”. Gracias abuelo por enseñarme parte de “la rica historia” de este humilde país.

Oscar Leonardo Martínez
Montevideo

Las Polifunciones de un simple funcionario

Dícese de una jornada normal, con una masa humana denominada contribuyentes o beneficiarios (según “pa que lao” se dirijan) que entran y salen tal cual shopping, en la cual uno simplemente presiona el llamador esperando que un ser humano se acerque, tome asiento, y comience a plantear su inquietud, su necesidad, o bien (a estas alturas ya ni nos sorprende) nos confunda con algún tipo de profesional en sicología y comience a describir su vida con lujo de detalle, desde su nacimiento en un pueblo muy, muy, pero muy lejano hasta cómo fue que su árbol genealógico tomó forma desde Europa medieval hasta la actualidad.
Es en ese momento cuando nuestro corazón se enternece y el funcionario mengua, comenzando a confundir nuestras ideas con las del orador, sintiendo las mismas emociones, las mismas broncas, las mismas alegrías y decepciones, perdiendo la noción del espacio - tiempo. Esta imagen se completa cuando nuestra mano deja que nuestro rostro descanse en un ángulo de 45º y los párpados comienzan a obstruir la mitad de la visibilidad, pasando a un estado en el cual las cosas que nos rodean (o sea, escritorio, útiles, documentos, quedando excluidos compañeros de trabajo) comienzan a moverse en cámara lenta, sí, muuuy lenta, confundiendo este panorama con el mismo que provocan algunos alucinógenos conocidos (al menos... eso es lo que me contaron ja ja). De pronto, a lo lejos, observamos las miradas de los demás espectadores que esperan ansiosos que de una vez terminemos de solucionar el conflicto del “paciente”, y notamos que sus labios pronuncian (aunque no las oigamos), palabras y dichos que nuestras mentes conocen como “palabras gigantes” o “palabrotas”. Justo en esta situación delicada para nuestra salud, un compañero, sí, ¡¡al menos uno!!, nos mira y expresa una leve sonrisa acompañada de un guiño, comprendiendo nuestra situación, dejando sus quehaceres, tomando el llamador y despejando la “sala de espera”. ¡Qué lindo!, ¡qué noble!, cómo nos enorgullece y nos caracteriza, ¿verdad?

En otra oportunidad, tuve la dicha de ver como varios compañeros mostraron la otra faceta, sí, la de paramédicos, enfermeros y casi cirujanos, cuando observé como rápidamente un montón de ellos se abalanzaron sobre una persona que estaba en el piso, acostada, manifestando un ataque de epilepsia. Increíble ¿no? Tal vez ninguno sabía qué hacer con exactitud, pero gracias a esa rápida acción la persona pudo tranquilizarse y restablecerse, y sí, solo fueron compañeros, funcionarios, nadie más, que al levantarse y mirar la muchedumbre que los aplaudía fervientemente, fijan su mirada llena de orgullo hacia el horizonte lejano (tal cual serie televisiva, con una bandera norteamericana flameando de fondo en cámara lenta) y van a… a… ¿¿su escritorio?? sí, siguen realizando las mismas tareas de siempre como que ¡¡nunca hubiese pasado nada!! La verdad una actitud bien uruguaya, y que a su vez nos llena de orgullo.
¿Y cuando mostramos la faceta de babysitter?, tal vez deberíamos cobrar por esa tarea aparte, dado que varias veces escucho la voz dulce pero potente (tal cual hincha gritando gol contra Argentina en el Centenario) de alguna compañera diciendo: “de quién es este NENEEEE? A ver la mami ¿DÓNDESTAAAAAÁ?” y desde unos 60 u 80 metros vemos a una señora (con una mirada de asombro toootaaaal) que intenta levantarse de su asiento muuuy tranquila, y acercándose regaña enérgicamente al “nenito” que, a pocos minutos (si no segundos) anda suelto nuevamente tocando todos los botones de lo que para él, es el mando de su nave espacial que, dada la casualidad, es el PC de la misma compañera que se acababa de sentar… uy… uy; (lo que sucedió después no lo voy a escribir por razones de sensibilidad del lector, ja ja). Muy característico, muuuy uruguayo.-

Y por último me tocó a mí, en un día de mucho público, de muchas preguntas y respuestas, donde casi casi uno queda mecanizado en el clic al llamador - atención al contribuyente, cuando de repente al tomar asiento un señor grande (si, de veras graaaande), de un medio siglo de vida, con una mirada bien seria, al mirarlo le digo:
-“buenos días señor, dígame”, a lo cual contestó:
-“me”
Al no entender su respuesta le vuelvo a preguntar:
-“buenos días señor, dígame”, a lo cual volvió a contestar:
-“me”
Entonces, como ya pensé que no entendía mi perfecto español, y al mirarlo fijamente como si mi mente le quisiera telepáticamente preguntar: ¿¿“tas de vivooo”??, me mira y expresa:
-“¿no me dijiste diga… me?, te estoy diciendo eso mijo, ¡¡me!!..”

¿La verdad? logró sacar la sonrisa que me faltaba en ese día ja ja, con algo tan simple hizo que “desenchufara” mi mente de la rutina diaria, como se dice en el lenguaje moderno popular: “¡un capo el veterano!”
¡Si habrán más anécdotas e historias para compartir!, pero “todo tiene un final, todo termina” (como dice una canción), por lo tanto quedarán en mi memoria hasta que se pueda abrir el cofre de esas “historias que nos enorgullecen y nos caracterizan”.

Esteban Mauricio Chacón
Maldonado

Historias de una oficina

Algunas veces somos sorprendidos sonriendo interiormente, al recordar pasajes breves como la Señora Vitalina, quien con el flamante documento de identidad en la mano, llega a la oficina con expresión contrariada, pues debería volver a D.N.I.C. (Dirección Nacional de Identificación Civil) a manifestar su descontento, porque después de sesenta años con el nombre Vitalina, ahora le han puesto Vitalicia!!!
Y también a la Sra. Eduviges, en el interrogatorio para la pensión de su hijo (discapacitado) Devercelino, no sabía las respuestas y una a una se las repetía al hijo, quien rápidamente aportaba todos los datos agregando al final: “No sabés nada, quien tiene que cobrar pensión sos vos”.

Durante todos estos años venimos acompañando los cambios del BPS con el propósito de ir logrando que tanto los derechos como los deberes de los atributarios se realicen con más rapidez y transparencia.

Es así que antes de la informatización del sistema existía como una especie de club social formado por padres y transportistas girando todo alrededor del otorgamiento de pasajes a Montevideo, surgiendo a partir de esto vendedores de pasajes y simuladores. Empeñados los funcionarios, buscábamos siempre mínimos detalles para descubrir alguno de estos candidatos que nos provocaban día a día haciendo uso de derechos de los cuales abusaban.

Fueron con el tiempo surgiendo: vendedores de pasajes, inventores de fechas para pasarse algún fin de semana en la capital, hasta aquellos casos que se sitúan entre transgresores y paranoicos.

Fue este el caso de una madre cuya hija padecía una patología que le requería la permanente concurrencia a nuestro servicio.
Varios fueron los sucesos con esta señora!

Un día llama y expresa que pasarían un fax dándonos el respaldo que debía viajar a Montevideo. Retiramos el fax para expedirle los pasajes y cual no sería nuestra sorpresa! Había enviado el fax ella misma desde el Mc. DONALD que en ese momento había en nuestra ciudad!!!

Transcurren algunos días y comienza a concurrir con una pierna enyesada por lo que se la atendía sin número para que no esperara y se le otorgaba pasaje con dos acompañantes. Más grande fue nuestra sorpresa cuando determinado día alguien salió y la ve en la esquina que se había sacado el yeso con el que recién se había presentado en nuestra oficina, llevándolo bajo el brazo. También tenemos la experiencia de tratar con aquellas personas que concurren día a día al B.P.S. y podemos decir han tenido siempre un gesto de apoyo y aprecio hacia los funcionarios que son mal vistos por aquellos que pretenden transgredir las reglas, es a ellos a quien debemos agradecer su trato y educación. Lamentablemente como en las fábulas a veces son más recordadas las malas que las buenas actitudes.

Actualmente ya sin demasiada inspiración para sus fechorías casi no se presenta a solicitar pasajes.

Éste es apenas alguno de los hechos con los que jugamos día a día en este ACTIVOS-RIVERA y que finalmente forman parte de temas entre compañeros y como lo vemos hoy, formando parte del anecdotario en un certamen literario. Es así, al final la vida está compuesta de un sinfín de anécdotas...

María Beatriz Da Costa
Rivera

PUERTITO DE LOS BOTES - Rocha, Angel Rocha - Mención

Del otro lado del mostrador

Al ingresar a BPS tenía, como gran parte de la sociedad uruguaya, una especie de reticencia hacia los funcionarios públicos. Esa idea del empleado sentado, tomándose un tecito, haciendo formarse una cola de gente a la espera de la resolución de esa importante tarea. Aquel mítico personaje que realizaba Gasalla, resumía todo lo que esperaba encontrarme en esta institución. Esa persona que casi no parecía humano o que no comprendía el trato que hay que tener con los restantes mortales.
Sin embargo al comenzar a relacionarme con mis nuevos compañeros comprendí que no eran tan "monstruos" como yo pensaba, que había ya una cierta predisposición de la gente. Claro, pensaba después, ¿a quién le gusta pagar? y menos si uno no entiende qué o el porqué.
De todos modos, al momento de entrar podría decirse que pensaba convertirme en algo muy similar a lo que miraba con indiferencia. O sea, pensaba que por el lapso que durase mi pasantía tendría tiempo para "hacer la plancha".
Sin embargo, creo que fueron las palabras "acá nos ponemos la camiseta del banco", durante el curso de inducción, las que iniciaron mi despertar en cuanto a esa imagen y las que me dijeron que tal cosa no iba a suceder. No sé si fueron precisamente esas palabras, el trajinar del día a día, o el ingresar a este grupo humano, lo que hizo cambiar mi parecer. Ya al pasar el tiempo casi hasta había olvidado mi idea inicial.
Aunque creo yo, que terminé de darme cuenta una mañana al atender el teléfono. No es fácil explicarle a un contribuyente lo que tiene que pagar, porqué lo tiene que pagar, cómo declararlo y encima no poder hacerlo frente a frente en el tiempo más breve posible. Pero nada de esto fue lo complicado de esa llamada.
Al contestar el teléfono y mientras terminaba de decir buen día, ya me estaban preguntando el nombre. En ese momento noté que el ambiente no era el mejor.
La señora prosiguió, exigiendo una explicación porque el mes anterior ya había hablado con dos compañeros míos y ambos le habían dado respuestas distintas, pero con una de esas había podido "enviar" las nóminas. Mientras seguía con su discurso, y me especificaba los nombres de mis compañeros, hacía una mezcla de conceptos, que para cualquier mortal son chino básico, pero que en un par de meses y al convivir todos los días, uno absorbe con naturalidad.
Sabía que no podía decirle nada antes que terminase su lectura, porque eso haría enlentecer más su alegato. Yo igual ya me mordía los labios. Había descubierto el error, quería explicárselo, pero ella insistía en que mis compañeros se equivocaban al igual que lo iba a hacer yo. En el medio bailaban palabras como tipo de cambio en vez de tipo de contribuyente, que lo único que tienen en común es su abreviación y hacía reiteradas menciones al "servicio" de salud. Algo tan simple, para nosotros, como cambiar el tipo de contribuyente para que validara la nómina, se había transformado en una defensa del compañero. La explicación que debía darle era sencilla, pero demoré porque quería demostrarle que mis compañeros tenían razón. Por supuesto que no lo hice de mala manera. La comunicación terminó en buenos términos. Inclusive acabó agradeciendo la ayuda y disculpándose por los nervios de los vencimientos, las multas y las presiones de los jefes.
Al cortar, y en esos quince segundos que tenemos entre llamadas, me puse a reflexionar sobre mi posición. Yo me había sentido en ese momento con la obligación moral de defender a mis compañeros. A esas personas que creía marcianos y que quizá en otro momento hubiese hasta desconfiado de ellos. Y ahora estaba ahí, del otro lado del mostrador.

Juan José Massiotti
Montevideo

El jubilado italiano

Fui Jefe de la Sección Giros al Exterior, por el año 98. Nos encargábamos de realizar entre otras cosas, los giros de pasividades a jubilados y pensionistas que cobraban fuera de nuestro país.
Si bien las salidas de dinero hacia el exterior, el BPS las tiene que canalizar por el BROU, en los países de destino llegan a distintos bancos, dependiendo de la sucursales regionales que disponen esas instituciones.
Un día me llegó una carta a la oficina, de un jubilado italiano que vivía en el norte de Italia, en una zona montañosa. En esas líneas este señor, me detalló las peripecias que tenía que realizar para poder trasladarse hasta Milán para cobrar sus haberes. La topografía de la zona y los escasos servicios, le generaban un alto costo en tiempo, dinero y cansancio. Vivía en un pueblito de la montaña, que de acuerdo a la idea que me hice por su relato, sería un caserío donde ningún banco de Italia tenía una sucursal. Salía del pueblito en un ómnibus, que lo llevaba hasta un pueblo más grande y allí tomaba otro ómnibus que lo dejaba en una ciudad, donde podía tomar un tren que lo trasladaba hasta Milán. Aquí finalmente, podía cobrar la jubilación uruguaya previo viaje en tranvía para llegar a la sucursal bancaria a la que el BROU le había hecho el giro. Cobraba pero no podía regresar, sino hasta el día siguiente, porque para hacer todo el viaje de regreso, uno de los ómnibus no pasaba, porque en esas regiones montañosas y poco pobladas, el servicio es alternado y no pasan todos los días. Por lo tanto, debía pernoctar en Milán y a la mañana siguiente, regresar vía tren, después el primer ómnibus, luego el segundo ómnibus, para arribar a su hogar. Hay que tener en cuenta el costo que le insumía pagar todos estos viajes, hospedaje y comida. Con razón, me ponía que prácticamente se le iba todo el dinero y por esa razón, dejaba acumular dos o tres meses, luego iba y cobraba todo junto.
La verdad que me sentí tocado por el relato de este señor y pensé que la única forma de poder ayudarlo, era planteárselo a mi Gerente y además presentar una nota al Banco República para procurar que el dinero que se giraba a un banco, se hiciera para otro que tenía una sucursal en el pueblo a donde él iba a tomar el segundo ómnibus.
Con gran satisfacción y alegría, recibimos el comunicado del Banco República que habían decidido girarle el dinero al pueblo que él había mencionado y que lo tenía más cerca de su casa. Fue mi Maracaná.

Daniel Souto
Montevideo

Encuentro marcado

Un día de invierno, allá por 1990, al salir de Asignaciones Familiares, cansada, aturdida, sin saber por qué, mis pasos se encaminaron en sentido contrario al que debía dirigirme para volver a casa y no entendía por qué estaba ocurriendo eso, pero dejaba hacer a mi cuerpo y caminaba atenta y presurosamente.

A poco de haber caminado algunas cuadras, me encuentro súbitamente con una escena dolorosa pero que por repetida, pasaba a ser parte del paisaje de la ciudad. Sentada en el piso, en la puerta de una iglesia, vestida con harapos, una mujer desaliñada, sostenía en su regazo a un corpulento niño de unos cinco años.

Me detuve, nunca supe bien por qué: si porque me conmovió que ese niño tenía más o menos la edad de mi hija mayor que me esperaba en casa limpia y protegida, o porque por "deformación profesional", tenía la costumbre de querer solucionar todos los problemas sociales que se me cruzaban, que era parte de mi diaria tarea en el BPS.

Del mismo modo como hubiera atendido a aquella mujer en el mostrador de Asignaciones Familiares, la interrogué de tal manera que me permitiera definir de qué forma encajaba aquella situación en la ley de Asignaciones Familiares y la reglamentación vigente para poder ayudarla más efectivamente.

Luego de darle un poco de comida, comprar un antibiótico para el niño, que tenía mucha fiebre, le anoté un minucioso instructivo de cómo llegar a mi oficina, y qué documentación conseguir, para poder amparar al niño dentro del Área de la Salud del BPS.

A partir de allí comenzó un largo periplo para Carmen (así se llamaba la mujer) que había venido del interior del país a Montevideo con su hijo Marcelo, en una situación de violencia doméstica que la obligó a huir casi con lo puesto.

Para sostenerse económicamente cuidaba coches y vivía en un hotel ocupado de la Ciudad Vieja, el que estaban a punto de desalojar las autoridades por riesgo de derrumbe.

De su única pertenencia valiosa, su carrito, le habían robado casi todo de lo poco que tenía y junto con eso, le fueron sustraídos sus documentos. Con la ayuda de otra compañera del BPS, la orientamos y la acompañamos a gestionar la documentación necesaria, y a realizar trámites en distintas dependencias del Estado.
Poco a poco fuimos "armando" los derechos de Carmen y Marcelo. Este último fue atendido en los servicios de salud del BPS, en el DEMEQUI por presentar un cuadro que lo ameritaba.

Por esa misma razón comenzó a percibir pensión por invalidez y Ayudas Extraordinarias, que le posibilitó tener transporte para acudir a una escuela especializada estatal, ya que las Ayudas Extraordinarias eran optativas: el BPS pagaba el transporte o la escuela especial privada.

De todo eso la fuimos informando y asesorando qué hacer paso a paso, qué escuela elegir, cómo tramitar los diferentes beneficios a los cuales tenía derecho.

Con Marcelo atendido integralmente, concurriendo a una escuela de tiempo completo en una camioneta que lo trasladaba, Carmen tuvo la posibilidad de ocuparse de su vivienda, cosa que consiguió al poco tiempo ya que era una de las desalojadas del hotel Colón. La realojaron encontrando en esa situación difícil, la posibilidad de solucionar su problema habitacional, accediendo a una vivienda humilde pero digna, y teniendo la posibilidad de mejorar sus ingresos, ya que, aunque seguía trabajando de cuida-coches, lo podía hacer, sin la preocupación de ocuparse simultáneamente de Marcelo y sin necesidad de tenerlo con ella todo el día a la intemperie y sin la atención adecuada.

Todo esto sucedió en un tiempo que fue intenso en la atención hacia Carmen, que ya era parte del público del BPS. Así como le costó mucho entrar a ese edificio al que pensó que no estaba hecho para gente como ella, cuando entendió que tenía derechos, venía a vernos a mí y a mi compañera como si fuéramos parte de su familia o de sus amistades y solicitaba todo tipo de ayuda y asesoramiento con la mayor naturalidad.

Cuando dejamos a Carmen y Marcelo, reubicados en su realidad, con algunos de sus derechos ejercidos a pleno, fue cuando mi querida compañera Laura y yo cerramos el "expediente" con la tranquilidad de haber cumplido con nuestra parte.

Carmen y Marcelo descubrieron en esos días, que eran personas que tenían derechos y que el BPS se transformó para ellos en un "ángel" salvador.
Ni que hablar que ese hecho les cambió la calidad de vida, y su visión de su situación y les dio mayores expectativas para sus vidas.

A lo largo de tantos años en el BPS, antes Asignaciones Familiares, son tantos los Cármenes y Marcelos, que rescatamos en diferentes situaciones y en diferentes formas, que hablar de Seguridad Social para nosotros es algo tan natural como respirar.

Y son esos casos extremos, difíciles, los que nos hacen aprender lo que significa la verdadera Seguridad social y qué "perfil" debemos tener los funcionarios para servir mejor a nuestros conciudadanos.

María Irma Rodríguez
Montevideo

VERDUGO TIEMPO - Diego Raúl Amarante - Mención

Mirando desde lejos

Desde el puente ferroviario, construido por los ingleses, la vista que se presentaba ante mis ojos era hermosa: la laguna del arroyo Carreta Quemada, más adelante el río San José, el centro de la Colonia de vacaciones Martín Machiñena con su piscina, el enorme comedor, las cabañas, los jardines. Hacía instantes que habían abierto la piscina y la algarabía propia de los más chicos, y los no tanto, daban ese ambiente plácido, disfrutable, entrañable, típico de la Colonia.
Mientras mis hijos y nietos disfrutaban de la libertad y esparcimiento que brinda el lugar, observaba cómo todos, funcionarios, jubilados, los niños y jóvenes con síndrome de Down, se entreveraban en juegos, diversiones, y en mil formas de pasar ese tiempo compartido, de una forma que para todos era inolvidable.

En esa placidez, provocada por el lugar, la hora y los aromas del estío, mi mente voló hacia otra época con sus recuerdos.
Veía el mismo escenario, sentía el mismo placer, pero cuarenta años atrás.
Me veía niña, en los campamentos de Asignaciones Familiares, para hijos de atributarios, llegando en tren a la Colonia junto con niños de todo el país, a pasar unos días de vacaciones inolvidables junto a los "líderes" que nos enseñaban canciones, juegos, a armar un buen campamento y junto con todo eso, valores positivos.

Algunos niños iban a las cabañas, otros a los "nidos" (cabañas con techo de quincho) pero la mayoría (éramos muchos) dormíamos en "el bosque" en carpas enormes como las del ejército, en cuchetas.
Aprendíamos a convivir, a jugar sanamente colaborando más que compitiendo, a armar una carpa, un campamento, a fabricar "chorizos" para trasladar la ropa dentro sustituyendo los bolsos, en fin, a compartir un tiempo juntos basados en principios y valores que se transmitían naturalmente con cada actividad realizada.

Con la dictadura militar, sobrevino el cierre de la Colonia como lugar de vacaciones para los hijos de los trabajadores, quedó, casi sin darse cuenta, el Centro Educativo ¡menos mal! para los niños del Interior con muy bajos recursos, a los que se les daba la oportunidad de concurrir al liceo de San José y vivir en la Colonia de Raigón, contenidos, con buena alimentación, con libros y la posibilidad de poder obtener una buena escolaridad y buenas calificaciones.

Todo eso, sumado a la belleza del lugar, el tambo que allí funcionaba, el criadero de aves, la producción de frutas y verduras, todos elementos que se utilizaban en la elaboración de la comida, le ofrecían un "plus" a todos los jóvenes que en ese entorno estudiaban, se formaban y compartían con otros una época de múltiples aprendizajes y experiencias vitales que marcarían sus vidas.

De esas camadas de adolescentes, dos de ellos se destacaron por la superación que lograron gracias a haber accedido a esa oportunidad. Culminaron el bachillerato en la ciudad de San José, dieron un concurso para ingresar a Asignaciones Familiares, y fueron allí excelentes funcionarios y profesionales.

Uno de ellos, trabajaba atendiendo público en el mostrador de Asignaciones Familiares. Luego del trabajo estudiaba Medicina y vivía en una pensión donde estudiaba gran parte de la noche. Las compañeras, sintiéndose sus madres, se turnaban para prepararle la comida y llevársela al trabajo para que estuviera bien alimentado y pudiera salvar los exámenes.

Nadie imaginaría que ese compañero menudito, humilde, siempre sonriente, atendiendo con mucha amabilidad a la gente, se convertiría en el futuro, ya recibido de médico, en el director del Hospital de Artigas, su ciudad natal.

El otro niño, hoy, también es profesional, sigue trabajando en el BPS y ha brindado a los demás mucho de lo que él recibió. En su vida hace mucho por los otros, no sólo dentro del organismo, también colaborando con organizaciones sociales con trabajo humanitario.

Sin duda en ambos casos, no puede ser ajena a estos hechos, la oportunidad que tuvieron de desarrollarse en un ambiente propicio, muy diferente a su ámbito y condiciones de origen, hecho que sin duda marcó un rumbo muy diferente a sus vidas.

Ambos, con los que tuve la dicha de trabajar, me regalaron esta historia.

Con todos esos recuerdos presentes, yo seguía mirando la gente disfrutar del entorno, de los otros. Pensaba que algo mágico debiera tener ese lugar, una impronta sobrevivía a los acontecimientos y a las personas.

Desde aquel tiempo remoto habían cambiado muchas cosas. Al restablecerse la democracia, mudaron las reglas de juego, la Colonia se reabrió ahora para disfrute de jubilados, de escolares y liceales, de diferentes asociaciones de discapacitados, de funcionarios y sus familias, durante períodos de cinco días. Pero la Colonia, ya no volvería a sus antiguos "dueños", los hijos e hijas de trabajadores de menos recursos.

La dictadura militar al cerrar la Colonia, mutiló así, en el país, un proceso muy positivo que hoy sería ejemplo y posibilidad de atención a la problemática de niños y jóvenes mostrando un excelente sistema de transmitir valores transversalmente, a través de múltiples maneras, en un ámbito especialmente adecuado a los efectos.

Si bien todo eso cambió, no se modificó la característica principal no escrita del lugar: es un lugar de disfrute, de relax, de alegría, pero por sobre todas las cosas un lugar donde se respetan las diferencias, se comparte todo, donde cada uno tiene su espacio y lo comparte con otros sin conflicto, donde la moda, lo externo, las posesiones, quedan fuera.

Allí somos todos iguales, con los mismos derechos y obligaciones, somos gente, lisa y llana, donde la edad, la jerarquía, las diferentes capacidades no son obstáculos sino puentes que nos unen para crecer juntos, en un ambiente nutritivo para todos sin excepciones.

Aquella niña que fui, mirando desde el presente, los mismos paisajes entrañables, siguió regocijada dentro de mí respirando los mismos aromas, escuchando los mismos sonidos que en aquellos lejanos días.

María Irma Rodríguez
Montevideo

María - Madre Coraje

La siesta veraniega del domingo 16 de enero del 2011, fue interrumpida por un temporal que surgió imprevistamente y duró unos escasos minutos. Muchos descansábamos en nuestros hogares, otros como en el caso de MARIA y su familia disfrutaban de las bondades de las aguas del Río Negro, en la costa mercedaria.
El viento, que alcanzó los 180 km/hora arrasó, en algunos barrios con todos los árboles de las veredas, arrancándolos de raíz y con innumerables techos de chapa que se esparcieron por todos lados, dejando a muchos vecinos con el cielo como techo.
Cuando el viento paró y pudimos salir a la calle, no podíamos creer lo que estábamos viendo: un verdadero desastre, que se agravó cuando supimos que no teníamos luz y en algunas casas tampoco agua.
Entremedio de toda esta tensión, lo que más valorábamos era que no teníamos que lamentar ninguna pérdida humana y que estábamos todos bien; los vecinos colaborábamos unos con otros tratando de limpiar las veredas, realizando llamadas, apilando chapas.
El vendaval no duró por mucho tiempo pero...
Después supimos que el único afectado era un niño... y no era un niño cualquiera, sino alguien que conocíamos bien:
Lautaro López.
¡Lautaro el hijo de María Varela?
SÍ- nos respondieron- está en el CTI, grave.-
Lautaro de tan solo 6 años.
¿Y por qué compartimos estas vivencias ?
Porque es la historia de momentos difíciles de unos jóvenes padres y porque MARIA es nuestra compañera de trabajo, porque la hemos acompañado desde su ingreso como pasante al BPS.
Todos los compañeros hemos compartido la alegría del nacimiento de sus hijos, su ingreso como funcionaria en diciembre del 2007 y porque como madre y trabajadora sabemos lo que hace para mantener a su familia unida, a sus hijos felices.
Lautaro fue trasladado a Montevideo acompañado por su padre.
MARIA se quedó en Mercedes... ya que estaba embarazada de 8 meses... y además debía contener a Sofía de 4 años.
Posteriormente, entremedio de tanta incertidumbre y dolor, decidimos que lo mejor sería que María también estuviera en Montevideo, ya que en todo caso si a Facundo se le "antojaba" nacer... ya estaban todos en el Sanatorio Americano.
Espontáneamente surgió la ayuda, tanto en BPS como a nivel de la Comunidad: decidimos acompañarla a Montevideo; una compañera le prestó un apartamento para que lo tuviera a su disposición, se reunió dinero... y permanentemente se estaba en contacto siguiendo la evolución del pequeño.
Lautaro, paso a paso fue venciendo los obstáculos, intervención quirúrgica neurológica de por medio, rodeado por sus padres y con buenos deseos de toda su familia, compañeros de trabajo, vecinos y amigos de sus padres.
Ahhhh y como la sala de partos está frente al CTI y como si no pasara nada Facundo dijo ¡aquí estoy yo! Y muy tranquilamente nació el 19 de enero.
Hermoso... Hermoso bebé.
¡Qué momento!
Un hijo en CTI, otro en brazos recién nacido y otro al cuidado de sus familiares a 300 km de distancia.

Paso a paso, día tras día esta familia fue rehaciendo su vida, reacomodándose a la nueva situación con la angustia, en un primer momento de saber que Facu podía quedar con algunas secuelas... pero MARIA siempre con buena actitud, constante, preguntando, atendiendo todos los "frentes"...
Hoy a varios meses, podemos contar esta historia con la alegría de ver a Lautaro creciendo, feliz junto a su familia.-.
María está reintegrada, cumpliendo con su medio horario de labor.
Y entonces cuando miramos hacía atrás hacemos un balance positivo de todo lo vivido y pareciera que dos refranes nos guiaran:
"No hay mal que por bien no venga" y "Lo que no te mata te fortalece" porque qué bueno es comprobar que no solamente realizamos trámites para los demás, sino que en momentos duros, fuertes, contamos con el compañero que tenemos al lado, con el que compartimos tantas y tantas horas... por eso valoramos como la mayor riqueza de este Organismo a sus funcionarios, a sus trabajadores, por su don de gente, por su capacidad para ponerse en el lugar del otro, por su capacidad de entrega, en fin por su Solidaridad.
Y cuando por ahí escuchamos quejas por las nuevas generaciones, cuando pareciera "que todo está perdido" y que todo tiempo pasado fue mejor, recordamos los momentos vividos junto a estos jóvenes padres Mercedarios, compañeros de trabajo, hermanos de la vida...

Bettina Piñeyro
Soriano

EFECTO - Natalia Lemo Estrada - Mención

Comienzo abrupto

Amanecía el último mes de ese año. Escasa introducción sin duda para lo que parecía ser el inicio de algo importante. Entramos sin saber nada de nadie. Los nombres apenas rozaban la memoria, no se detenían ni por un momento. Las miradas, torpes, se atropellaban. Se cruzaban y parecían decir tanto. Pero ahora es muy difícil recordar bien qué. Tal vez los encuentros que se fueron sucediendo después, algo tienen que ver con ese olvido. No estoy segura de haber querido estar allí, de querer estar con ellos. Todo era nuevo y siendo sincera, lo conocido me resulta enormemente cómodo. Pero ahí estaba, oyendo nombres de personas y de lugares. Él para allá, ella al tercero y así sucesivamente con cada uno de los que allí sentados, esperábamos una especie de pronunciamiento que nos precisara algo sobre nuestro futuro. Y finalmente…tú, tú y tú van ahí. Si tuviera que arriesgar, creo que yo fui el último "Tú". Ese fue el primer día. Y a partir de ese momento, esos "Tú" y ese "Ahí" se colmaron de historias. "Ahí" se convirtió en mi lugar, lugar que no se negocia (aunque por momentos precise desmentirlo). No importa si estoy o me voy; presumo que hay algo del pertenecer que hace que esté sin estar. Ese lugar que puede aparentar rutina pero que si se le permite ser, puede sorprender todo el tiempo. Por momentos me hace enojar y mucho; a veces logra también robarme alguna que otra mueca de tristeza. Porque a pesar de que la vida me quiere enseñar por la fuerza que hay ciertas cosas que es mejor aceptarlas (les pido disculpas si aquí asoma algo de cursilería), guardo todavía a modo de muestra, algo de rebeldía que concibe que las cosas pueden ser mejores. Tienen que ser mejores, más justas. Y claro que vale el enojo y claro que vale la tristeza, pero eso es material para otro relato. Sin embargo y al mismo tiempo, este lugar -mi historia de oficina- logra prestarme momentos sublimes, sin duda más consecuentes de lo que podría haber imaginado. Recuerdos miles…rostros, gestos, amigos, palabras, sonrisas, amores. Y también despedidas, regresos, mudanzas. Casi sin darme cuenta, la vida (mi vida) comenzó a pasar mucho por "Ahí". A veces más de lo que quisiera, debo reconocerles. Innumerables encuentros y desencuentros, necesarios todos. Y a partir de estos, aquellos "Tú" se convirtieron prontamente (y permítanme acotar que también de manera un tanto caprichosa) en seres imprescindibles. Aunque por allí alguien diga que nadie es imprescindible. Estoy segura que "Alguien" no conoce a estos "Tú". En común entre "Tú", "Tú" y yo, no demasiado. Diferencias, algunas considerables. De cualquier forma, soy de la idea de que hay cosas que no pretenden ser explicadas, mejor ser sentidas y listo. Pero aquel primer día no quería. Considerando mi disposición para establecer vínculos -lo que por momentos puede no resultarme del todo saludable- me repetía "esto es un trabajo, no se viene a hacer amigos". Compañeras más conocedoras me aconsejaban algo similar. Pero estos dos "Tú" parecían no entender mi plan. Hasta que, siempre en contra de mi voluntad, tuve que ceder (claro está que dicha voluntad nunca existió, pero creo que es adecuado hacerme un poco "la difícil"). Presumo que aquella primitiva sensación, sentirme en desventaja y extranjera en aquel enorme edificio de paredes altas y caminado por tanta gente, hizo que buscara refugio en aquellos que tal vez sintieran lo mismo que yo y en aquel lugar que prometía ser un buen terreno para posarse. No creo que quieran ser reconocidos, por eso me reservo el derecho de ocultar su identidad. Y a partir de esta historia, incontables historias más comenzaron a rodar. Otros personajes saltaron a escena. Personajes que hoy por hoy se han convertido en nuevos seres imprescindibles (con la salvedad que hice hace unos momentos). Tanto se ha dicho de historias de oficina, muchos relatos pululan por los pasillos llevando consigo más encuentros y desencuentros. Cuentos que van construyendo una historia que tenemos en común. Este es el inicio de mi historia. No tiene 200 años, ni siquiera va a jardinera aún. Historia que todavía sigue en busca de quien le escriba el prólogo, en un intento de orientar el resto de su existencia. Pero por ahora es sólo un ensayo. Un ensayo con un comienzo abrupto que todavía busca acomodarse. Veremos cómo resulta…

Natalia Osorio
Montevideo

Procesos y Experiencias de un trabajador

Como no es fácil narrar o escribir, menos lo será en forma comprimida pero no obstante intentaré hacerlo con el mayor de los respetos a los demás concursantes.
El mismo está dedicado a todos los trabajadores del Instituto y en particular a los que me rodean, mi familia, mis compañeros, en definitiva mis dos cosas.

Ingresé a la Administración Pública en el año 1977, AFE como Aprendiz de Conducción, allí estuve manejando y transportando gente por el Interior hasta Diciembre de 1987 fecha en la que cierra el Organismo y me declaran para los que no saben excedente, en una palabra en la calle de máxime de provenir de una familia de ferroviarios más dolor.
Como verán mi primer golpe fuerte en la vida, 10 años de servicio, un hijo de 3 años, una casa para mantener con solo el sueldo "pelado" hasta mi reubicación.

Un día caminando con mi esposa por la Plaza de Las Piedras y en espera de un llamado, le comento qué lindo sería trabajar en ese edificio que era el BPS sin saber siquiera el rol que éste cumplía. Meses más tarde me citan del mismo BPS para rendir una prueba en Recursos Humanos de la cual salí con aprobación, secundaria completa, escribía con dos dedos, todo un reto, el deseo se cumplía curiosamente.

Mi inicio fue en la Ex DI.PA.I.CO. sector Pasivos, allí me presenté me sentía extraño pero el paso del tiempo me dio a entender que estaba ante mi segunda casa.
Comencé con los archivos llenos de polvo, bajar expedientes, limpiarlos y subirlos por Orden Numérico, en aquel entonces por Ficha Individual, citaciones, tarjetero de expedientes depurados, y pases en aquellas hojas rosadas cuadriculadas que debías hacer sin errores y meticulosamente en tres vías.

Como anécdota me acuerdo de un momento donde la Jefe de Pasivos me preguntó un día, Álvaro trabajaste con dinero alguna vez a lo que contesté "yo vendía boletos en la Hípica de Las Piedras" sonrió y al mes siguiente estaba como cajero en Pagos de Pasividades todo fue muy rápido con la consabida responsabilidad que ello acarreaba tratándose de manejo de dinero.
Tiempo después de este logro me ubican como ayudante en Pensión Vejez e Invalidez donde mi querida Raquel me propone hacer inspecciones bajo su supervisión y el aval del Gerente de turno.

Poco después me largaron solo. Sí, así de simple. Hasta el día de hoy que desempeño tan importante tarea Social, con un promedio de 350 expedientes al año donde se me

ha permitido conocer villas, asentamientos, zonas rojas, zonas rurales de Las Piedras y alrededores. Esta función me enraizó con todos los estratos sociales locales, entrar en las viviendas de personas más humildes con todo tipo de carencias formando en mi una sensibilidad no conocida en ese entonces.

De ahí he conocido desde mal vivientes, ladrones, madres dedicadas, abuelas que dan la vida por sus nietos abandonados, etc. En resumen, buena gente y de la otra.
También las inspecciones me han dado la oportunidad de poder ayudar a mejorar las condiciones de vida de muchos compatriotas que a la postre me hacen sentir mejor ser humano y servidor Público sin lugar a dudas.

También con esta loable tarea logro ver ese porcentaje de invalidez que otros no ven y que es importante dadas las distintas patologías avaladas, claro está, por el Área de la Salud, que cumple un trabajo ejemplar con todas las herramientas a su alcance y que es parte medular para los intereses del usuario.

Cabe destacar también, nobleza obliga que desde el inicio, es decir en recibir la documentación Médica a la Gira misma y posterior dictamen y reconstrucción de la parte administrativa (datos de familiares obligados) llegan los expedientes a mis manos con total transparencia combinando así un trabajo en equipo por demás excelente.

Recuerdo una vez como anécdota también un viejo compañero que hoy presumo debe estar jubilado de la Ex DI.PA.C.E., que venía de apoyo a Las Piedras me dijo “Alvaro si no subes al tren del nuevo BPS que se aproxima te quedarás a pie” lejos de saber mi pasado Ferroviario sabía lo que quería decir y seguí en pos de mejorar en mis conocimientos y aprovechar todo lo que pudiera aprender.

A mediados de los 90 comienza la explosión Informática, muchos cursos, conocimientos variados mejoran nuestra herramienta día a día, se implementa el SESP, algo revolucionario para dejar de lado los ficheros, creo que en dicha década fue de las transformaciones y es una de las más importantes acortando tiempos en la búsqueda de expedientes, información y derivación de los mismos, etc.

Recuerdo una vez que una persona se interesó por su trámite jubilatorio y la compañera que le atendió por encima de los lentes le dice: el expediente “está en tránsito”. Muy confundida la usuaria le pregunta: ¿y qué tengo que ir, a la Intendencia de Canelones o a la Junta? Todos los que escuchamos rompimos en una carcajada bien camuflada ya que la señora fue muy directa y seria en su pregunta.

Seguimos repasando el tiempo, la década del 2000 es de recambios: compañeros que se jubilan, más responsabilidades, se contratan pasantes y becarios como forma de paliar las ausencias, aquí me detengo y quiero mencionar el rol tan importante que cumple esta gente para nuestro Instituto, la ayuda invalorable que dan día a día y la simpatía que reparten con su juventud. Lo lamentable de esto son las despedidas, uno se encariña y de repente ya no están, dejando un hueco que otra u otro ocupará y se vuelve a mover la rueda para nuestros puestos de trabajo.
A mediados del 2005 la revolución explota, ¿por qué digo esto? es por las grandes transformaciones que el gobierno de turno trae y allí estamos los trabajadores del BPS raudos en emprender la tarea que hasta hoy realizamos.

Podemos empezar por el Plan de Emergencia. Dura tarea, llevó tiempo y dedicación para ingresar los datos. Como experiencia muy importante, como logro es tema de la administración y el Poder Ejecutivo.
No en vano se aplica a posterior el Plan de Equidad ya con más exigencias y otras valoraciones que dan más exactamente con la realidad del primer objetivo, siempre desde mi punto de vista.

Asimismo, se desencadenaron otras transformaciones de similares características que van dirigidas a la gente en general.

Podemos mencionar el IRPF, impuesto complejo pero necesario siguiendo las consignas del Poder Ejecutivo, Ley de la construcción de 18.355 que abarca un sin número de solicitudes en todo el país sobre todo de los pasivos, con alcances satisfactorios.
Ley Reparatoria 18.033 para perseguidos políticos y destituidos durante la dictadura que me pareció justo reconocimiento de la sociedad en su conjunto.
Ley 18.310 para los Frigoríficos de la cual tuve el orgullo de trabajar como referente para el interior desde 2008 hasta la presente. Más de 300 solicitudes efectuadas, estudiado caso por caso por el CEA abogados del Banco de primer nivel a los cuales tuve el privilegio de conocer como así al grupo de Implantación donde coseché amistades que no voy a mencionar con las cuales trabajé estrechamente vinculado y con los cuales logré un aprendizaje muy importante.
Ley de Flexibilización 18.395 que beneficia con sus causales a muchos compatriotas a poder jubilarse con 30 años de servicios, es de destacar la ardua tarea que retoma el BPS una y otra y otra vez sin reparos, siempre convencidos en el bien al prójimo y con la premisa ya escuchada “dar aunque nos equivoquemos o equivocarse sin dar la prestación” esto siempre en el buen sentido común y sano juicio.

En definitiva, desde antes de nacer una persona, cubrimos su asistencia; de grande, su carrera laboral con todas las garantías (seg. Enfermedad, seg. de Paro, lentes, etc.) que aseguran todos sus derechos. Una vez cumplida su vida laboral accede a la jubilación y pasan a formar la tercera edad con todos los derechos que garantizan una vejez segura, humanamente hablando.

Por último termina la vida, y ahí estamos al momento más duro para la familia, de la mano de nuestros funcionarios y su sensibilidad, actuamos para generar el derecho a Pensión y hasta los más nuevos (Pensión de Viudo y Concubinaria) tarea que hacemos.

Como parte final quisiera mencionar a mis compañeros, mi familia, al fin y al cabo todos formamos parte de esta Oficina, en la mañana nos encontramos decididos como siempre con el mayor respeto con mis compañeros de los que hablaré finalmente a luchar por los problemas de la gente y que no son pocos.

Cada uno en su lugar, son las 9.15 y arranca el llamador y hasta las 16 horas atendemos toda clase de situaciones, asesoramientos, solicitudes, reclamos, peticiones haciendo lugar a cada una con la mejor buena fe, lo que se tranca lo sacamos en equipo si hay problemas tenemos el aval de nuestros superiores, en fin, se trabaja en un clima serio pero agradable en la parte humana.

Después de años de conocernos tenemos días buenos y malos y la capacidad de saber lo que nos pasa y así ayudarnos, pelear un poco por qué no, o alentarnos para

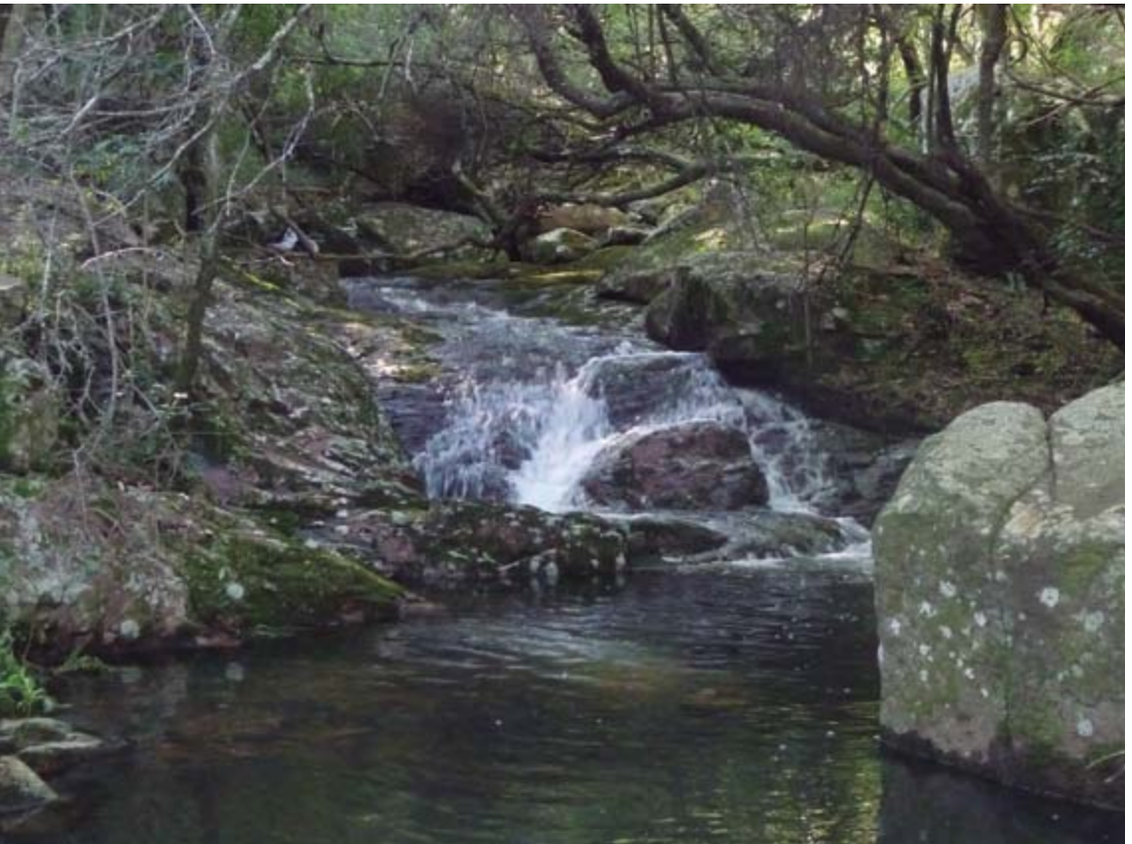
superar el problema para no generar ese hueco que no debe haber en una oficina ya que la gente también tiene los suyos y debemos separar las cosas.

Y así transcurre la jornada, la media hora es motivo de alguna conversación de trabajo y algún chiste o comentario de sucesos diarios que tienen que ver con la tarea en Pasividades.
Finalmente, nos retiramos a nuestras casas con el convencimiento de haber cumplido nuestro rol, no muchos asumen este hecho pero tengan por sentado que mis compañeros todos sí lo hacen y tengo el privilegio de compartirlo todos los santos días.

Ahora sí, mi agradecimiento a los impulsores de esta idea, las disculpas porque no soy escritor pero por un instante sentí esa sensación.
Por lo bien que le hace a uno y al Organismo saber lo que vivimos día a día y concluir que estamos compenetrados con este BPS que es un Instituto moderno ágil y reconocido a nivel Internacional.

Muchas pero muchas gracias por considerarme y tomar el tiempo para conocer mi forma de estar orgulloso de estar en el Banco de Previsión Social.

Álvaro Felipe Costa
Canelones



La Sucursal

Fue un 8 de abril de 1983 cuando sonó el despertador, salté de la cama y casi no llegué a la Agencia CITA, la cual me llevó a mi primer lugar de trabajo, en la ciudad de Canelones, a unos 60 km de distancia de mi domicilio. Siempre me costó una enormidad madrugar y ¡vaya si lo tuve que hacer! Pero como a todas las cosas, uno siempre le encuentra el lado bueno y positivo; aquellos madrugones se convirtieron enseguida en algo placentero, conociendo y dialogando con las personas que compartían el mismo ómnibus diariamente conmigo. Cada uno se dirigía a su trabajo correspondiente pero en el fondo éramos todos iguales, con mucho sueño, bostezos, sonrisas, con tristeza a veces en alguna mirada,... caramelos, un diario que corría por todas las filas, anécdotas, chistes, un "¡muy buenos días!!", "¿qué tal?"... en fin, aquel viaje se convirtió en un agradable ambiente en el que supe y aprendí mucho de la vida de cada persona, de sus intereses, de sus trabajos, de sus problemas económicos, de sus familias, de sus alegrías, de sus enfermedades, de sus derechos y obligaciones con sus familiares, amigos, empleadores y empleados, etc.

Todo aquello me pintó la gran Institución: EL BANCO DE PREVISIÓN SOCIAL, quien iba a encargarse de prever todos esos problemas, planteados por la gente.

¡Qué nervios!, mezclados con alegría, expectativa e interrogantes ya que iba a llegar a mi primer lugar de trabajo, no lo podía creer pero, a pesar de todo, era conciente de ello. Traté de tranquilizarme, ver si no me había despeinado o desalineado la ropa en el viaje porque sentí que todo debía estar perfecto. Pensé: ¡soy una persona afortunada, muy afortunada! que comenzaría algo nuevo, sin saber qué me iba a deparar aquel lugar desconocido para mí.

Crucé una hermosa plaza y por fin llegué; era un edificio de tres pisos, con muchas ventanas al frente que lo hacían ver muy luminoso. Entré y pregunté por la Oficina de Recaudación, inmediatamente tomé por el ascensor hasta el primer piso y allí me estaban esperando.

Con gran decisión, me presenté y con una gran sonrisa me recibieron quienes iban a ser mis compañeros de trabajo, que en muy poco tiempo se convirtieron en una gran familia... recuerdo a cada uno de ellos, todos bien diferentes, eran pocos pero con grandes valores y muchas ganas de vivir, algunos con ciertas discapacidades físicas, con mucha experiencia y yo pensé: ¡qué fuerza de voluntad esta gente! Era realmente admirable y encima me enseñaban y daba gusto ¡con qué respeto siempre lo hacían y con qué dedicación! Aprendí mucho en esa Sucursal, fue la base para poder hoy sentirme la funcionaria que soy, solidaria con los compañeros, paciente con el público, saber "escuchar" a la gente y saber aconsejar bien; sentí la satisfacción de que un trabajador que se acercaba al mostrador con un problema, se iba con una sonrisa dibujada en su rostro,... ¡qué lindo!, ¡qué tiempos aquellos! Cuando se abrían las puertas de la oficina cada día, y el mostrador se colmaba, era una ola humana que parecía que nos iba a tapar, me pregunté: ¿qué historia escucharé hoy?, porque la gente necesitaba contar sus historias personales aunque no vinieran al caso, pero realmente era una necesidad el ser escuchado y eso fue algo que me quedó grabado para siempre; algunos me contaban de sus plantaciones, otros de sus enfermedades e intervenciones, otros de la construcción de su vivienda, de sus logros familiares, de sus fracasos, de sus esfuerzos como contribuyentes, etc. Varias historias inolvidables

CASCADA - Ana Silveira Pérez - Mención

y que me hicieron junto a mis compañeros, crecer mucho, madurar y tener las fuerzas y ganas de seguir colaborando y trabajando.

Años después, me trasladé a Montevideo, donde tenía mi domicilio, mis estudios y seguí conociendo gente en esta inmensidad, "inmensidad" digo porque nunca olvidaré aquel comienzo laboral, en aquel lugar pequeño pero lleno de sensibilidad humana, lleno de amor, de mucho conocimiento y experiencia que supieron volcar en mí y sobre todo los valores, tan imprescindibles en las relaciones humanas... ¡Cómo extrañé!, ¡qué linda experiencia!, ¡qué lindo recuerdo!, lo llevaré conmigo por siempre.

María del Rosario Gómez
Montevideo

Investigaciones en zona rural

Fines de la década de los '80...

La ciudad de Dolores, por estar ubicada en el centro de un lugar esencialmente agrícola, tenía en esos años una vasta zona de influencia rural, con mayor densidad de población que otros lugares del país. Era de práctica común, la realización de múltiples investigaciones como sistema de probanza de servicios y las inspecciones socioeconómicas para el otorgamiento de las Pensiones a la Vejez e Invalidez, en lugares distantes a varios kilómetros de la zona urbana.
En nuestra Agencia, acostumbrábamos a conformar equipos de trabajo, compuestos por dos compañeras, con el objetivo fundamental de abatir los costos de locomoción al trabajar varios expedientes en un mismo recorrido, pero además para cuidarnos mutuamente.
Los peligros que nos acechaban eran incontables... Algún perro embravecido, al ver que nos adentrábamos en su territorio, nos ladraba furiosamente, arañando las puertas y ventanillas del taxímetro, herméticamente cerrado, hasta que allá a lo lejos se sentía el grito humano que lo alejaba...

El galope oportuno de los equinos sueltos, al abrir las cimbras para acercarnos al establecimiento, con la consabida corrida y agite desesperado de manos de ambas para evitar que escapara...
El atascamiento del coche en las profundas huellas o el barro de los caminos vecinales o de penetración, por lo que no nos salvábamos, a pesar de nuestro sexo, de empujar el auto con todas nuestras fuerzas para poder retornar, sucias sí, pero sanas, a nuestros hogares... Los pasos crecidos, la mansedumbre de alguna vaca de tierna y húmeda mirada atravesada en el medio del camino...

Nunca nos imaginábamos, al salir ese día, una tórrida mañana de verano, lo que nos iba a suceder.

Subimos, como tantas veces con mi compañera, al taxi conducido por el "Negro", dueño del coche, compañero de muchas de nuestras incursiones y conocedor como pocos de caminos, parajes y gente.

Llegamos a nuestro destino, 5 ó 6 km de Dolores, baja del auto el "Negro", golpea las manos, ahuyenta la jauría de perros pulguientos y hambrientos y alejado el peligro, nos avisa que podemos cumplir nuestro cometido.

Abrimos el destartalado y precario portón de troncos, entramos en un inmenso patio el que respondía, a cada pisada nuestra, levantando nubes de polvo.
Once de la mañana, calor, polvo, pesadez, zumbido de abejas, olor a chiquero, revoloteo de moscas... Unos metros mas adelante, frente al rancho habitado por la titular del expediente, la inmensidad de un ombú y la promesa del frescor bajo su copa.

Casi corriendo, nos ubicamos a la sombra. Mi compañera, expediente en mano, apoyando una pierna en una raíz sobresaliente, interrogaba a la anciana, la que desafiando el calor, cubría totalmente la cabeza con un pañuelo negro, casi del mismo color de su piel, cubierta de años y hollín...

De repente... GRITOS DESESPERADOS!!!!! de mi compañera, desparramo total de los folios de la carpeta, revoloteo de alas, de plumas, de manos sobre su cabeza...
¡¡¡SOCORRO!!! ¡¡¡SOCOORRROOO!!! ¡¡¡AYUDENME!!! ¡¡¡UN ÁGUILA!!! ¡¡¡UN ÁGUILA!!!
...aullaba totalmente descontrolada!!! ¡¡¡POBRECITA!!! ...

POBRECITA... la gallina bataraza que, habiendo querido bajar del ombú utilizando su cabeza a modo de peldaño, nunca esperó una agresión de ese tipo!
Salió corriendo despavorida por el patio de tierra, cacareando, renga, desplumada y confundida con un ave de rapiña capaz de provocar tal TERROR!!!

Pasó el tiempo, vinieron otras inspecciones, otros veranos...
Nunca más, ni siquiera cuando la temperatura ascendía a mas de 40° y era la única sombra posible, mi compañera tomó una declaración debajo de un árbol...

Mónica Majul
Soriano

Pagos de pasividades

Dolores es una ciudad, de las más lindas del interior del país, ubicada a orillas del Río San Salvador, en el Dpto. de Soriano, nombrada de hecho y por derecho, CAPITAL NACIONAL DEL TRIGO Y LA PRIMAVERA. Cuenta con una población de alrededor de 15.000 habitantes. A pesar de ser la segunda ciudad del Departamento, su población mantiene la idiosincrasia de un pueblo pequeño.

En febrero de 1981, ingresamos al BPS de la localidad, seis compañeras de entre 18 y 25 años.

Llegó la fecha fijada para el pago de pasividades. Desde el primer mes, se creó un idilio ininterrumpido entre nuestros viejos y nosotras.

Ese mes, con la novedad de nuestro ingreso, repetimos hasta el cansancio el nombre de nuestros padres, negamos hasta el cansancio el hecho de ser hijas de los padres de nuestras compañeras. Ellos ya sabían de qué familias proveníamos, les costó algunos meses relacionarnos con ellas y no confundirnos a unas con las otras.
Han estado siempre presentes, en todos nuestros buenos y malos momentos, cuando nos casamos, cuando nacieron nuestros hijos, cuando nos divorciamos, nos volvimos a casar, nacieron nuestros nietos, nos enfermamos...
Para ellos decir BPS es nombrar a "Fulana de Tal, que me atendió tan bien", o "Sultana, que me parece que hoy, andaba con la PATA HINCHADA "(porque le notificó de algo contrario a sus intereses).
Siempre esperábamos con expectativa y particular excitación, los días de pagos.
Sabíamos que eran días en que salíamos de la rutina diaria y nos reíamos o entristecíamos, o charlábamos simplemente con los pasivos, enriqueciendo sobremanera nuestras vidas con su bagaje de experiencias.

En esos años, en nuestra Agencia se abonaban las prestaciones a más de 4.000 pasivos. Para eso contábamos con seis funcionarios, dos expedidores de recibos, uno en un escritorio y otro enfrente, detrás de un mostrador; dos controles, detrás también de un mostrador de más de 1,5 mt de alto, y dos cajeros al fondo.
Nuestro local, ubicado en una esquina y compartido con ATyR, tiene casi media cuadra de largo.

Existen innumerables anécdotas y vivencias de esos días. Se daban peculiares situaciones.
Les encantaba ir dos horas antes del comienzo de su turno, "para ser los primeros", siendo que lo más que podían esperar era una hora concurriendo en el turno que les correspondía por calendario. De esa manera, y a razón de 200 personas por hora, cada uno se encontraba...¡¡¡con más de 600 personas!!!
Para muchos de ellos, era la única oportunidad de reencontrarse con sus compañeros, sus vecinos, sus amigos...

El primer día de pagos, cuando se abonaban las pensiones por discapacidad, en el invierno en horario vespertino, era común ver desde las 8 de la mañana a un par de hermanas, dementes ambas desde la niñez, sentadas ante la puerta de la oficina esperando cobrar. Como compañía, atados del picaporte de la puerta o de un carrito de madera que indefectiblemente llevaban consigo, un perro que ladraba a cuanta persona pasaba y una gallina que aleteaba y cacareaba a cada ladrido del perro.

También supimos dar pie, a raíz de solicitarle a una señora que desocupara una silla, no recuerdo bien por que motivo, a que las musas inspiradoras de la susodicha publicaran en el diario de circulación local, una "Alegoría a la silla", interpretación exclusiva a cargo de las funcionarias del BPS Dolores: LA SILLA NO ES PARA SENTARSE.
Los pasivos retiraban sus recibos, los firmaba y hacían dos colas, una pegada al mostrador y otra paralela, esperando que las funcionarias estamparan el sello de control y posteriormente pasar a la Caja.

En una de esas ocasiones, ya sobre el final de un turno y habiendo solo una compañera de control, sentada ella en un taburete detrás del mostrador, le pide al pasivo que tiene a medio metro: "Pase Sr., le controlo el recibo". Inmutable, él; acostumbrada a los sordos, ella: "SR., PASE SR. QUE LE CONTROLO EL RECIBO". Nada, ninguna señal de haber escuchado. Gritando ya, nerviosa ella : "SR, SR, POR FAVOR, PASE!!"
"Acá, acá...!!!; un recibo que parece flotar en el aire aparece detrás del mostrador, sosteniéndolo, una manito pequeña y gritando con su fina voz: "Acá, acá, sigo yo, Sra.!!!", parado en puntas de pie, detrás del alto mostrador, aparece el enano José...

Están y no los olvidaremos, muchos destacados, como el querido señor, que falleció con 99 años, sordo y casi ciego, que todos los meses nos piropeaba con las más hermosas frases y que, irremediablemente, todos los meses se ligaba, de parte de su cónyuge, un par de golpes y retos en medio de risas, falsos enojos y algarabía general.
Como los señores extranjeros, a los que bautizáramos "mugidores" por el extraño sonido que emitían, permanentemente, sin abrir la boca, al acercarse a la caja, todavía no hemos podido dilucidar si por ansiedad o codicia.
Pasaron tantos... "Pirulo" a quien un circo dejo en el pueblo y murió hace no muchos años, siendo otro de nuestros queridos e inolvidables personajes.
Fermín, residente de Villa Soriano, soltero, enamorado perdidamente de una de las compañeras, quien paraba el taxi en el cual regresábamos de la gira para obsequiar al objeto de su devoción con un pescado recién extraído de las aguas del Río Negro; "Gallina" Sapia, la "Vieja" Parra y otros tantos anónimos, no menos importantes, que han hecho y hacen al acervo cultural de nuestra población y a los cuales, gracias a nuestra función, hemos tenido el privilegio de tratar y conocer...

Mónica Majul
Soriano

MARCO NATURAL (arboretum Lussich-Maldonado) - Julio César Castillo - Mención

¿Todo pasa por algo?

No me gusta atender público, debo reconocerlo. Cuando ingresé al BPS me había hecho a la idea de un cubículo, una computadora y una torre de expedientes. Leí las bases del llamado, sé que mencionaba atención al público, pero por alguna razón no lo ví como algo tan pasible de suceder. Cuando me confirmaron que iba a ingresar, la idea del cubículo y los expedientes se hacía cada vez más patente, más próxima. Todo se desmoronó cuando entré el primer día. ¡Tenía que atender público! Para muchas personas, puede ser algo nimio, sin importancia, pero por mi personalidad eso era para mí una catástrofe. Puede ser que parezca exagerado, tal vez lo es, pero en ese momento así me sentía.
Me tocó en asignaciones familiares. El primer día las ganas de irme me invadían, lleno de gente, gritos, niños, ruido, celulares, música, computadoras, clics, ahí se siente todo. Básicamente sentí que estaba en el medio de un caos. Me pregunté y me sigo preguntando: ¿por qué me tocó ahí? ¿Tengo alguna lección que aprender? Creo que todo en esta vida es capitalizable, lo bueno y lo malo. Pero, ¿por qué tenía que estar capitalizando esto de entrada a los 21 años?

Eventualmente me acostumbré. Creo que hasta ha modificado mi visión de la vida. Es un lugar donde uno en general se acuerda de lo negativo del día, no sé por qué, pero es así. Es por lo menos la impresión que da.

Antes de empezar a escribir, me detuve a pensar sobre qué podía escribir. Lo llamativo es que todas las anécdotas que se me venían a la mente eran bastante negativas. De a poco empezaron a aparecer las positivas, pero las veía cortas, efímeras, fugaces. Hasta pensé que quizás el problema no es que no hayan existido buenas historias, sino que uno muchas veces se enfoca en lo malo, lo crudo, lo que se vende en televisión. La vida tiene cosas buenas y de las otras. Cuando algo termina, algo empieza. Cuando alguien muere, alguien nace. Tanto pensé que encontré mi historia.

No me acuerdo qué día era, tengo la idea que fue antes del mediodía. Vino una señora embarazada a tramitar la asignación familiar. Recuerdo que era rubia y de tez blanca, muy agradable al trato, cosa que es rara en el público que en general atiendo. Le hice el trámite como a cualquier persona, demoré lo que en general demoro. De repente, no sé por qué pero la miré y vi algo en ella. No tenía cara de sentirse mal, no estaba pálida, pero estaba rara, entonces le dije que iba a llamar a la emergencia. Insistió en que se sentía bien, que ya se iba a la casa luego del trámite. La miré seriamente y con un tono de voz tajante le dije que le iba a llamar a la emergencia igual, “que se quedara un momentito y después se iba”. La señora se empeñaba en irse, tanto insistí, que se terminó quedando. Parecía que le estaba dando órdenes a un niño, siendo que en este caso yo era menor que ella. Eventualmente vino el servicio de emergencia, le tomaron la presión, se la llevaron, no se, seguí atendiendo y me olvidé de la señora.

Pasaron meses. Un día mientras estaba atendiendo en mi puesto, se dio vuelta mi compañera de escritorio y me dijo: “La señora te quiere agradecer”. Creo que ni la miré y le dije: “Bueno, de nada”. Es raro que acá agradezcan algo, así que lo tomé casi como un cumplido, pero no presté mucha atención. La señora se dirigió hacia mí y me dijo: ¿te acordás de mí? Le dije: ¡No! Atiendo muchas personas por día y es difícil acordarse de todo el mundo, aunque dentro de todo, creo que soy bastante fisonomista. La señora continuó y me dijo: Tú me atendiste cuando yo vine a hacer la asignación por mi bebé hace dos meses y me llamaste a la emergencia. Prácticamente me obligaste a quedarme a esperarlos. Recuerdo que fuiste bastante determinante. ¡Por suerte, lo hiciste! Los de la emergencia me pusieron en una silla de ruedas y de aquí fui directo a la ambulancia. Ese mismo día nació mi hija. Ahí me acordé de ella. Me quedé sin palabras.

No tengo idea por qué le insistí tanto. No es que tuviera cara de mareada. En ningún momento hizo gestos o dio indicios de sentirse mal. No sé por qué me empeñé en que se quedara. Pero lo hice. Nunca se me ocurrió que podía estar en trabajo de parto o algo por el estilo. Atiendo a muchas embarazadas y si bien he llamado cuando se sienten mal, esta vez fue diferente.

La idea no es sobredimensionar pero sí apreciar cuando ocurren cosas lindas, me atrevo a decir místicas. Así como nos enfocamos tanto en lo malo, en lo negativo, deberíamos ir contra la corriente y atesorar las cosas buenas, que porque a veces pasen desapercibidas o queden rápidamente en el olvido, no significa que no sucedan.

A veces uno no sabe por qué hace las cosas o por qué está ahí, pero está y a veces es por algo. Y la pregunta sigue siendo ¿es todo casualidad o causalidad?

María Magdalena Zaffiri
Montevideo

CASA DE RECUERDOS - Veronica Severi - Mención

La pensión

Cuando fui accediendo a aquel lugar, me pareció tan pobre, pero pobre!

Un ranchito... cubierto el techo por un musgo lustroso por el rocío que aun permanecía allí. De terrón oscuro, caliente en invierno y en verano fresco. Cal por fuera, barro por dentro. Allí vivía la familia que había que visitar, la familia Santos. Una preciosa mañana de sábado para salir a realizar un trabajo nuevo, la inspección de una pensión.

Fui en el taxi de Parrilla, que era el único que había en el pueblo. Un hombre acostumbrado a la campaña y sus penurias, me adelanto algunos datos.
Cómo estaba formada la familia, que la Sra. era viuda, que había quedado con ese hijo enfermo, que el otro hijo vivía cerca pero no podía ayudar mucho porque tenía su propia familia con varios hijos pequeños. También me advirtió que no podría entrar hasta la casa porque no tenía acceso. Desde el camino donde me dejó debí caminar unos ochocientos metros por el campo, cuidando que no se me acercara una vaca que me miraba curiosa.

Llego, salen dos perritos chicos, y una perra celosa se adelanta mostrando los dientes, me corre un frío por la espalda, grito con voz que no me sale casi, Santooos.... Santooos...
Sale entonces un hombre joven, - supongo que es el hermano del menor enfermo- , me estira la mano y ya detrás de él su madre.
Estiró su mano también, gesto que me turbó, tome su mano y le di un beso en aquel rostro surcado de arrugas. Herminia – dijo, presentándose.
Luego en la oscuridad del interior estaba él, Eduardo. Un chico mongólico. Tendría unos veinte años, calculo, por su cuerpo grande y tosco, pero luego supe que tenia menos. En realidad tenia diecisiete años.
Lo ví allí babeándose y me dio repulsión, y al mismo tiempo, cuando la comprensión de aquel sentimiento llegó al fondo de mi cerebro, me replicó. “El hijo que tu esperas puede ser como él”. Puede ser un Down. Y en la comprensión, nació la compasión, la ternura, el dolor por entender. Yo esperaba mi primer hijo. Angustias, dolores, incertidumbres, miedos, todos los miedos.

Traté de concentrarme a lo que iba, debía evaluar la situación familiar, sus ingresos, sus egresos, realizar lo que se llama la inspección socio económica del menor y su familia. Las preguntas que debía hacer para poder dar fin al trámite de pensión, no se ajustaban para nada a la realidad que allí vi. ¿Cuáles, calidad y estado de los mismos, etc?
Me di tiempo, baje la vista con vergüenza, esperé a que me hicieran pasar como si aquel fuera el mayor privilegio del mundo, - estaba en la privacidad de sus vidas.
La madre del muchacho avergonzada también, me pidió que pasara, pero que no tenía donde sentarme porque todas las sillas estaban muy viejas y temía que me callera con mi enorme panza.

Ofrecí un gesto amable y una sonrisa tímida, le di las gracias. Miré aquella cara curtida de soles furiosos y lluvias inclementes. El sufrimiento de madre gravado. Un pañuelo rodeaba su cabeza cubriendo totalmente el cabello. Trate de hablar, de preguntar, pero me fue imposible. Salí del rancho tratando de no tropezar con el marco de la puerta, el piso estaba muy hondo en relación al nivel de la tierra. Cuando estuve de nuevo fuera, en la puerta aún, - le dije, “quédese tranquila, le va a salir la pensión”.

Traté de no mirar para atrás, salí por el trillo que se forma de transitar por un mismo caminito a la salida, el taxi me esperaba a unas dos cuadras en mitad del campo. Crucé el alambrado cuidando mi vientre y apretando la carpeta contra el pecho.

Ya en la oficina mire mis papeles, llenos de cuadraditos vacíos, donde encasillar un estatus, un ingreso, un monto, un gasto de luz, de agua, de gas, y me dolió el pecho... Para las observaciones había solo dos renglones.

María del Rosario García
Canelones

Del otro lado

Hace unos años tenía una compañera muy querida que decía al marcar la salida: “bueno... un día más para la jubilación”.

Pero aquel día al llegar el final de la jornada laboral, me iba a dar cuenta de que no era un día más...
Sonó el teléfono, cumpliendo como todos los días su función de despertador... como todos los días me di un baño el cual cumple la misma función que el teléfono, desayuné lo más light que pude un café con leche con edulcorante y dos rodajas de pan de salvado, me arreglé el pelo y el rostro lo suficiente, para que mis compañeros y el público no conozcan la parte de mi que sólo mi familia conoce... y salí...

Salí como loca, porque se hacía tarde y no me quedaba ni un segundo... la pucha!! Ni un taxi... ni un ómnibus... bueno, ya está!!
Empiezo a caminar y por lo menos me acerco...

Llego al BPS, voy rauda y veloz al reloj para marcar... presento la tarjeta, ya que no recuerdo el número para digitarlo, y mi dedo... nooooo, no funciona!! Se me habrá borrado la huella??? No hay forma, lo dejo todo el tiempo apoyado, lo pongo y lo saco rápido, lo froto contra el saco, contra el pelo, y pasan los minutos, hasta que se prende la lucecita verde, marcó! y cuando miro 9:06 decía el reloj, en fin... no valía la pena preocuparme, ya no podía hacer nada al respecto.

Me dirigí hacia la sección donde trabajo, saludé a cada uno de mis compañeros con un beso... me interesé por sus vidas, me reí del nuevo corte de pelo de Kico y de las uñas de todos colores de Ada, pregunté por el estado de salud del papá de María, a todo esto ya eran como las 9:30 y no había ni prendido mi PC.

Llegué a mi escritorio, dejé mi abrigo en el perchero, saqué de mi cartera los lentes, el celular, los remedios. Por suerte, tengo buenos compañeros que prendieron el PC, son como unos segundos menos que demoro.... abro el Outlook para chequear las novedades, aunque no hay ninguna... al menos que me interese, entro en cada uno de los programas con los que trabajo y arranco el día...

Hay gente... debo atender público, no es de las tareas que más me agrade pero intento ser lo más educada posible y prestar atención cuando me hablan, creo que es importante saber escuchar para poder ayudar.
Los problemas son tan diversos como gente distinta hay; la mayoría de las veces vienen alterados, que el marido, que la hija, que la nuera, que el hambre, que los dolores físicos y del alma... que nadie los escucha y que no se hace mucho por ellos... pero hay veces que entre tantas palabras, entre tantas protestas, entre tanto alboroto, sientes unos ojos que te llegan al alma... palabras que se insertan debajo de tu piel, y te lastiman... una no puede entender, hay historias tan terribles, que no puedo dejar de preguntarme cómo puede un ser albergar tanto dolor en su corazón... sin que les explote en mil pedazos.
Me canso... me canso de intentar ponerme en los zapatos de cada uno, porque es muy difícil, trato de ayudar pero no alcanza, mi ayuda es efímera al lado de todo lo que necesitan estas personas.

Llegó mi hora de descanso, voy a almorzar con mis compañeras, momento de relax, de esparcimiento, risas, charla, comida en lo posible light, aunque a veces nos damos algún gustito.
Y la tarde pasa volando con el trabajo que hay... leer expedientes, contar expedientes, guardar expedientes. Al final del día tuvimos en nuestras manos muchas historias de vida, vidas como la mía y como la tuya, que tienen la mala suerte de estar en este momento viviendo una situación difícil.

Lo que no podía sospechar, después de un día como tantos otros, es que a las 16 hs aproximadamente pasaría algo que marcaría mi vida por siempre...
Se presentó en el mostrador una señora muy viejita, chiquita, tanto... que apenas llegaba al mostrador. Su ropa era humilde, pero impecable, tenía la mirada húmeda y los dientes flojos. Con voz frágil preguntó por mí, así que mis compañeros me fueron a buscar. Al llegar al mostrador le pregunté: ¿Señora en que puedo ayudarla? y la señora contestó: "¿puedo tocarla?" ¡usted es un ángel!..... ¡¡Gracias!!

Mi corazón se volvió de papel y lentamente se hizo un bollito arrugado y quebradizo, y al estirar mis manos por sobre el mostrador me encontré con unas manos delgadas, frías, que apretaban las mías casi con cariño.

Por unos segundos quedamos así, yo sin entender que pasaba y ella con todo su agradecimiento a flor de piel.
No pude evitar el nudo en la garganta, ni que mis ojos se llenaran de lágrimas. Traté de fijar la mirada en sus pupilas opacadas por una nube gris y de pronto esos ojos me trajeron el recuerdo del día en que la conocí... era una señora que estaba pasando por un momento muy delicado, estaba muy enferma y su esposo se moría, no tenían para comer, los hijos estaban muertos o presos, y aunque no me acuerdo específicamente de los detalles del caso, recuerdo que la situación era terrible, pero no muy distinta a otras.

Así que solo cumplí con mi trabajo, admito que puse de mi todo lo que pude para que saliera más rápido el trámite, pero como siempre lo hago cuando la situación lo amerita.

Así que unos segundos más tarde y con mis ojos clavados en los suyos le contesté: "señora, muchas gracias, pero solo he cumplido con mi deber".

La miré con toda la ternura con la que soy capaz y se fue... llevándose un pedacito de mi corazón, rebosante de orgullo y tristeza, caminando muy despacio, con su ropa humilde y limpia, con la mochila de la vida en su espalda apenas un poquito más liviana. Los problemas más terribles no se habían solucionado, pero al menos en la solución de uno chiquitito yo había participado, y esa señora que estaba tan desesperada como el primer día, pero agradecida desde lo más profundo de su alma, me dijo esas palabras que tocaron mi descreído corazón.

Qué bien se siente... y estoy segura de que a partir de ese momento, las personas que vienen a mi oficina fueron y son tratadas con más respeto y dedicación que antes, porque son seres que necesitan y merecen ser atendidos de esa forma, son seres como tú y como yo, la única diferencia es que hoy le toca estar del otro lado del mostrador.

María del Rosario Mallo
Montevideo

Como pato en el agua

Mi vida en el organismo está dando sus primeros “pininos” o primeros pasos para ser más criollo, de todas formas he tenido vivencias, que sencillamente no imaginaba, por no pertenecer en su momento al Banco.

Si he de acontar algo que se me venga a la mente, me remonto cuando fui pasante, una gira de pagos por campaña, eran tres días, dos de ellos nos llovió.
Enfurecidamente, no me olvido más, para mí fue el día más frío del invierno por lo mojado que terminé aquella noche.
Nos pasó de todo, para empezar camino a Casa Blanca nos dimos cuenta que nos faltaba el maletín con los recibos, eso no fue problema, drama hubiera causado en mis compañeros si me olvidaba del termo y el mate!; en silencio y aún medio dormidos volvimos a buscarlo, lo cual nos retrasó una media hora; a esto le siguió, hora y media más tarde, un pinchazo en la rueda trasera izquierda, lo recuerdo porque iba sentado en ese lado y me hizo dudar si sería porque estaba engordando un poco o los neumáticos estaban un tanto lisos.

Yo no sé, pero creo que ese día el chofer estaba más “nublado” que el tiempo porque más de una vez sus reflejos casi nos embocaban en alguna cuneta, fue divertido porque el auto no hacia pie (aunque tenía gomas) y derrapaba mucho en la tosca lodosa, gracia daba verle la cara de “concentrado” a Don Cardozo el chofer, que a su vez maldecía en voz baja al tiempo “de locos” con su voz ronca casi difusa y sentía como dolor suyo cada vez que alguna piedra le golpeaba los guardabarros y el chasis al auto.
Cañadas desbordadas, campos que no absorbían más agua, pasos que no hacían mención a su nombre ya que impedían avanzar y ausentismos en los locales de pagos, fueron el común denominador en esos días, situación ésta que me hacía cansador el viaje hacia la capital del departamento para cobrar, con el gasto que esto implica. Si para nosotros fue complicado llegar, imaginarse lo que sería para ellos salir es aún más difícil!

Con sinceridad, eso para mí era hacer un acto de bien que regocijaba el alma, además de cumplir el cometido, la gente lo valora y así te lo hace sentir, siempre con algo te esperan para obsequiarte, y ¡ni dios permita si llegás a decirles que no! Porque se ofenden, es una muestra de gratitud, lo hacen con la mejor fe ya que toman como parámetro el esfuerzo de salir ellos del pueblo, con el nuestro de llegar, que dentro de todo lo nuestro era cómodo (excepto esta vez), se nos paga por hacerlo e íbamos una vez al mes.
Lo más jocoso de esa “odisea de pagos” fue, marchando para Federación, a mitad del camino nos detuvo una Doña que no pudo llegar a tiempo al boliche de González, llovía como “pa’ sembrar arroz”. Ella estaba tan pasada de agua que cuando uno de los custodios le abrió la puerta del lado opuesto al mío para pedirle la cédula, la abuela como con un resorte se le sentó en las piernas huyendo del agua, no le dio tiempo a más nada, lo empapó en un segundo, no puedo describir la reacción del policía y las risotadas de los que íbamos en el taxi. La abuela Julia se disculpó y a la vuelta nos esperó con un costillar asado que había hecho su hijo en la Estancia donde vivían, de vista estaba espectacular pero, después de “hincarle el diente”, supusimos que esa vaca había muerto tensa o con algún disgusto grande, casi incomible fue el obsequio.

Si es de contar anécdotas yo también tengo mis “inocentadas”, recuerdo que íbamos cansados, callados y con la mitad de la jornada por terminar aún, cuando se me ocurrió decir, de aburrido nomás “qué ubres tienen esas ovejas”, y resultaron ser carneros, en ningún momento me fijé en ese detalle, hasta ahora me hacen recordar mi comentario de “hombre urbano”, me hicieron conocer al paisano de reloj y pañuelo rosa en Porvenir y saludar al “Te Te” en Central Gualeguay, que cuando te saluda te da la mano, te la aprieta y no te la suelta más moviéndola de arriba hacia abajo, hombre difícil para entablar un diálogo porque solo se ríe y te dice “Te Te” de ahí su nombre, que dicho sea de paso me regaló al “Pepe” un loro guacho que un día se me enamoró y no lo vi más.

También comí naranjas que crecen del lado que le da la sombra al naranjo enano camino a Orgoroso, se te hunden los cachetes de tan ácidas que son, ahora lo se por experiencia, en aquel entonces no lo sabia.

Me presentaron al descendiente muy cercano del prócer Artigas, al menos él eso decía, allá por Paso del Daymán, un paisano de apellido Dalmao, yo no le encontré mucho parecido pero bue...

Ese día regresamos a la sucursal a las diez y pico de la noche, cuando debíamos haber vuelto a las ocho, gracias a las declaraciones “del Panes”, que estaban de “moda” hacerlas aunque algunas personas no lo necesitaran...

No hubo premio extra y el viático fue el mismo, pero llegamos con la sensación de haber cumplido con creces tan dura jornada, como se dice en la jerga popular “cansado pero feliz”.

Pablo Molina
Paysandú

El BPS y mi familia

Integro una familia en la que el BPS siempre formó parte de nuestras vidas.

Mi padre ingresó a la vieja Caja de Jubilaciones allá por el año 1950, teniendo que dejar su Florida natal para venir a radicarse a Montevideo. Un tiempo después mi madre también se vino de Florida, para casarse con él. A los cuatro años de haberse casado, en un período en que la que iba a ser años más adelante mi familia vivía en el barrio del Prado, cerquita de la cancha del club Mauá, nació mi hermana, que es 9 años mayor que yo. Posteriormente mi padre volvió a la sucursal de Florida, ahora como Jefe de la misma, en el edificio que se ubicaba en las calles 18 de Julio e Independencia. En esa nueva estadía en la ciudad de la Piedra Alta me tocó nacer a mí.

Mis primeros recuerdos de mi padre en su trabajo son de cuando él era Gerente de Caja Escolar, y yo lo iba a visitar al edificio que estaba ubicado en la calle Mercedes y Barrios Amorín. Allí me enseñó a sumar en las FACIT, las primeras sumadoras mecánicas de uso de oficina que se habían desarrollado. Eran muy parecidas a una caja registradora, tenían rodillos con números, uno ingresaba una cifra de un lado, otra del otro lado, y luego había que girar una manija y la máquina hacía la suma. Yo tenía 6 o 7 años y me parecían fascinantes. Estábamos en los años 70 y algo, las calculadoras electrónicas aún no se habían inventado, o al menos no habían llegado a nuestro país.

Recuerdo que por aquéllos años acompañé a mi padre a la inauguración del edificio de las calles Uruguay y Río Branco, que en ese momento la DGSS había adquirido para ser la nueva Caja Escolar.

Mi madre ingresó al BPS como avaluadora, en primera instancia, y unos años más adelante pasó a ser funcionaria del organismo. A ella la visitaba también en su oficina, que era en el edificio sede de la Caja de Jubilaciones.

Más adelante también mi hermana ingresó al BPS, a trabajar en Caja Escolar. Mi padre ya no formaba parte del Organismo; en un momento de enojo con las autoridades del momento renunció y se fue a trabajar como Juez de Paz Rural. Durante ese período a mi madre le ofrecieron pasar a prestar funciones en la agencia del BPS en Carmelo, ubicada en la calle Juan Zorrilla de San Martín, y hasta allá fui yo con ella, haciendo mis dos últimos años de escuela en esa hermosa ciudad coloniense, aunque viajábamos a Montevideo todos los fines de semana, y allí se reunía toda la familia.

Unos años más adelante se hizo un concurso para ingreso de digitadores, y a través de éste pude ingresar yo también al BPS. Quiso el destino que la que después se transformó en mi mujer y la madre de mis hijos también ingresara en ese concurso. Y con una historia muy similar a la mía a nivel familiar: su padre y su madre también trabajaban en el BPS. Llegué a visitar a mi suegro siendo Gerente de Fiscalizaciones en el edificio de Uruguay y Río Branco, increíblemente el mismo edificio que había ido a inaugurar con mi padre.

A través de toda mi vida he sido testigo de los innumerables servicios a la población que presta este Banco de Previsión Social, ya sea a través de mi padre atendiendo a las maestras que iban a jubilarse a la Caja Escolar, como mi madre en Pasividades, o personalmente desde ATyR viendo cómo se recaudan los fondos necesarios para atender todos los servicios que se prestan, y ahora en ésta última etapa en la que estoy, integrando la Gerencia de Salud, esta parte para muchos desconocida del BPS, y que sin embargo presta un servicio social importantísimo, atendiendo fundamentalmente a las madres, siendo la segunda maternidad en importancia del país, y a sus niños, especialmente a aquéllos que tienen alguna discapacidad o enfermedad congénita.

Al día de hoy tanto mi esposa como mi hermana y yo seguimos formando parte del BPS, del cual obviamente puedo y debo decir orgullosamente “es parte de mi familia”.

Julio Fleitas
Montevideo

LAS BELLEZAS QUE NO OBSERVAMOS - Gabriela Herrera - Mención

Reinventar la vida

Miré ansiosa mi reloj pulsera, quedaban sólo cinco minutos para no llegar tarde al trabajo. Me dedicaba a la rehabilitación de niños con discapacidad, patologías que cambiaban drásticamente la vida de ese ser y su entorno.

No era tarea fácil, cada niño significaba un desafío diferente y muchas veces no se obtenía el éxito deseado. Entonces había que dejar de lado el desánimo y continuar con renovadas fuerzas la tarea. Pero bastaba un pequeño logro para que con nuevo optimismo siguiera adelante.

Es maravillosa la experiencia que se vive cuando un chiquito logra dar solo sus primeros pasos, no importan los años trabajados, siempre se disfruta como nueva, con esa mamá que nos abraza emocionada.

El ómnibus parecía no avanzar y eso aumentaba mi ansiedad. Justamente ese día mis compañeros y yo estábamos invitados a una reunión en el salón de conferencias y quería llegar a tiempo. No sabía cuál era el tema a tratar, pero como era el aniversario de los Derechos del Niño, lo supuse relacionado.

Llegué por fin corriendo y entré al salón cuando estaba por comenzar.
Sorprendida vi a un grupo de actores formado por cinco jóvenes vestidos con mallas negras y descalzos. El ambiente olía a incienso y se oía una música suave.
El rumor del público fue disminuyendo mientras se oscurecía la sala y uno de los actores se adelantaba a explicar el tema central de la obra:
-Les proponemos representar emociones, contar anécdotas e interpretar los sentimientos generados.

Me encantó la idea e inmediatamente recordé la cantidad de anécdotas vividas en mis muchos años de trabajo aquí, en el Departamento Médico Quirúrgico de Prestaciones de Salud. Más de una vez había pensado llevarlas al papel, pero no sabía qué marco darles y ahora, en este ateneo "diferente," eso se había hecho realidad. Por fin salíamos de los serios temas científicos que terminaban con más de un espectador dormido.

Como ejemplo, los actores fueron relatando sus anécdotas para luego representarlas. Desfilaron la ira, el dolor, la frustración y la alegría, emociones que trasladadas al presente aumentaban la intensidad del momento vivido.
En la penumbra de la sala sentí la magia de la emoción interpretada y cuando invitaron al público a compartir las suyas, recordé a Valeria y me animé a contar algunas.

De todos los pacientes conocidos había algunos que marcaban su presencia, no por la gravedad del caso sino porque pese a ello tenían mucho que enseñar. Ese era el caso de Valeria, niña de doce años portadora de una lesión cerebral que la convertía en dependiente total, confinada a su silla de ruedas.
Tenía un hermoso cabello castaño que enmarcaban sus grandes ojos azules siempre atentos a lo que sucedía alrededor.
Cuando se refería a su condición usaba el humor diciendo que no podía espantarse una mosca que se le parase en la nariz.

En el primer día de tratamiento comencé un diálogo sencillo para empezar a conocerla, pero vaya sorpresa cuando Valeria comenzó a preguntar mi opinión sobre el calentamiento global y la preservación del planeta.
Tanto era su interés que tuve que buscar información para estar a su altura, poder dialogar con ella y crear así el necesario lazo afectivo.
Las siguientes sesiones de tratamiento se convirtieron en espacios sumamente disfrutables, siempre traía nuevos aportes y la hora pasaba volando.

Un día Valeria llegó muy contenta, sin esperar a salir de su silla me gritó:
-¡Gané el concurso de cuentos en la escuela! ¡Nos vamos con mamá a Mundo Marino en Buenos Aires!
Así era, había participado en ese concurso escolar con el tema "Todos somos diferentes" y ganado el primer premio, un viaje a la República Argentina.
Nunca habían viajado fuera del país y pocas posibilidades tenían de hacerlo, pero ella era quien lo había logrado.

Pasado el tiempo y transformada en una adorable jovencita, comencé a notar un paulatino cambio en su aspecto: peinados diferentes y mucho perfume, toda una coquetería recién estrenada. También cambiaron los temas de su interés, el amor pasó a primer plano y su libro de cabecera "Romeo y Julieta".
En un ratito de descanso la mamá me contó que Valeria se había enamorado del joven conductor de la ambulancia que la llevaba al lugar de tratamiento.
Cuando llega este joven a buscarla, Valeria prefiere que sea él y no yo quien la levante de su silla de ruedas, de esa manera disfruta ser llevada en brazos por él hasta el móvil, como una princesa de cuentos.

La representación del relato estuvo a cargo de uno de los jóvenes quien tomando en brazos a la chica la paseó por todo el escenario mientras ella guiñando un ojo, sonreía con picardía. Se oyeron carcajadas generales. Sí, era un guiño a la vida.

Después de escuchar anécdotas de otros compañeros, quise compartir lo que me había tocado vivir el día anterior. Ese día, al ingresar al hall del edificio de trabajo vi a un adolescente que lloraba y gritaba gesticulando en forma amenazante. Era un paciente de siquiatría que descompensado, sufría una crisis.
El público se retiraba temeroso y las enfermeras corrían en busca de tranquilizantes, tal vez para repartir no sólo al paciente sino también a ese público que no lo quería ver. Sustancias "maravillosas" que nos ayudan a crear una realidad artificial en la que todo está bien.

En ese momento entró una limpiadora con su balde y escoba quien al verlo exclamó:
-"¡Pobrecito! ¿Qué le pasa?"
Dejando los elementos de limpieza se acercó a él y abrazándolo fuertemente acarició su cabeza con gesto maternal.
El adolescente dejó de gritar y aferrándose a ella se calmó mansamente.

Sin duda las palabras son una expresión del alma.
Nos habíamos reunido para representar la vida y no olvidar que podemos reinventarla.

Milka Ríos
Montevideo

Solidaridad

Provenían los ómnibus poblados de niños de los departamentos de Artigas, Rivera, Tacuarembó y Cerro Largo. El campamento sería largo, dos semanas de convivencia en la Colonia de Vacaciones. Además, por qué disimularlo, era un clásico campamento de carnaval y, lo necesitábamos.

Descendían -titubeantes- con sus petates; les agrupábamos por edades, y en torno a sus Lideres, giraban alborozados. Las niñas en las cabañas, los chicos, en Los Nidos (pequeños ranchos), y los más grandes, en Zona 1 y 2 de Carpas.

Discurría el verano de 1971, en la Colonia de Vacaciones de Asignaciones Familiares, creada por Ley N° 11.618. Fuimos contratados por el Consejo Central, para funciones -muy especiales- liderar grupos de niños, brindándoles unas vacaciones creativas y formadoras, mediante la recreación.

Estábamos en Zona 2, con los de 11 y 12 años, sentados en el fogón central, un gran círculo de troncos en una claro del monte de eucaliptos blancos y perfumados. Les dábamos la bienvenida, y proseguíamos con instrucciones: baños, horarios, comedor, piscina, y... carnaval. Luego, cada uno a su carpa; una quedaba libre, serviría para realizar las reuniones de evaluación, en horas de la noche cuando todo estaba en calma.

Al mediodía, sonarían las tres campanas del comedor: “a-pron-ten; a-pron-ten; a-pron-ten” y, a la media hora, dos: “ven-gan, ven-gan”. Dejar los bolsos, tender las cuchetas, limpiar, ir al baño, y cara y manos lavadas ¡al comedor! paraíso de los comilones. Hartos, realizábamos la caminata de regreso a nuestro hogar en el monte.

Dormir una pequeña siesta, era necesario ya que la cigarra cantaba, aún dentro de las carpas por el calor que recogían. Esos lapsos, y las noches sin dormir, los aprovechábamos para ir preparando los disfraces del desfile de Carnaval, que se realizaría en la Plaza de los 33, en San José de Mayo.

El año que recuerdo, fue temático, Peter Pan el niño que no quería crecer, huérfano, líder de niños perdidos, y entablando una lucha desigual, con Garfio y sus piratas que les querían –tal vez- robar su alegría, como a los nuestros; que -en general- provenían de hogares humildes, muchos de zonas rurales, que desconocían determinado confort que allí les brindábamos. Debíamos mantener su alegría, que les desbordase a través de la recreación, el juego, el canto, la confraternidad. Que impregnase a todos, ya que, como papelitos o serpentinas, se repartiría.

Me tocó hacer el sombrero de Garfio, enorme y fucsia, con una pluma de papel recortado que sobresalía sobre todos, y el gancho que despuntaba de una lata. Otros, hábiles manualmente, se dedicaban a Campanita, los niños perdidos, piratas, Wendy, etc. Nos tropezábamos, por las tijeras, el papel, la goma, alambre, clavos o engrudo. En fin, ayuda para terminar “algo”, pues tarde, de noche, las ideas no querían aflorar.

En los talleres de carpintería, mecánica, herrería, se colaboraba para instrumentar disfraces y carros alegóricos. El carruaje fue decorado con hojas de palma. También así, se engalanó al jeep y el camión, que transportarían la comparsa.

Corresponde destacar que, los niños de la frontera norte, tienen un sentido innato del ritmo, y una alegría a flor de piel, elemento imprescindible para generar -en muy poco tiempo- una comparsa carnavalesca.

Tendrían -tal vez- sus primeras vacaciones, y la oferta recreativa pasaba por la seductora piscina, el picadito de fútbol, para adentrarse progresivamente en actividades más complejas: juegos en masa, competencias por equipos, gymkhana, torneo del saber, búsqueda del tesoro. Particularmente las actividades nocturnas, desvelaban cómo iba fraguando el grupo, su integración, su compañerismo y sus valores que se amalgamaban por medio de reflexiones en la actividad diaria de Puesta de sol. Cada noche nos planteábamos objetivos, que alcanzaríamos a través de los juegos, para lograr una meta final. Pero de forma colateral, también, nos afanábamos en los preparativos del desfile de carnaval, y –entre todos nuestros niños- habíamos elegido para dirigir la comparsa a “el Lalo” morenito de Rivera, muy vivaz y ocurrente, que amalgamaba las condiciones para catalizar al grupo como un pequeño líder ya que se mostraba fraterno, conductor y, solidario. Esta última condición es la que me recuerda lo que ocurrió durante el desarrollo de una de las actividades nocturnas. La denominábamos Cacería de Sonidos, y consistía en formar diversos grupos, que tomados de la mano y con un pequeño guía delante, tomaría nota de los sonidos que escuchasen en el monte, durante una hora en la noche. Esos sonidos, los producían líderes que, subidos a un árbol, o escondidos detrás de una raíz, emitían mediante silbatos, matracas, con la voz, triángulos, y otros instrumentos.
Con el fogón aún encendido, salieron los grupos al monte (que era muy conocido y “limpio”), a “cazar” sonoridades. Pasó el tiempo y paulatinamente regresaron, menos el grupo de Lalo, nuestro candidato. Se avivó el fogón, la lumbre comenzó a iluminar la zona, las sombras retrocedían hacia el monte escurriéndose entre los árboles. Avisamos que había terminado la actividad, que volviesen, todos juntos ¡vuelvan!, pero no aparecían. Ya preocupados y dispuestos a realizar una “batida”, divisamos la caravana, exangüe, preocupada. ¿Qué sucedió Lalo?, preguntamos en coro, y la respuesta de una niña del grupo fue: “Nos perdimos.” A lo que Lalo, aún de la mano y delante del grupo, en un ánimo solidario corrigió: “¡Tras que perdidos, cagados!” Aspecto que pudimos verificar en el momento. Era el único del grupo -al que había desorientado- que había padecido dicha situación.

Respecto al desfile de carnaval, fue otra cosa, Lalo de Peter Pan moreno, deslumbró; fue brillante la batucada, los disfraces, y los carros alegóricos. Seguramente –ese- fue el más alegre carnaval infantil, que conoció San José de Mayo, y Raigón, y la fiesta más grande y luminosa que Lalo recuerde.

Daniel Calisto
Montevideo

ESTACIÓN PALERMO - Gonzalo Moreira - Mención

Declaración Jurada

Corría el año 1974, cuando el joven resultó trasladado, de su habitual puesto de trabajo, a una Sucursal de Asignaciones Familiares en el interior del país. Allí le asignan para asistir al único funcionario que atendía las tareas en el Sector de la Construcción. Por demás, resulta decir que había mucho trabajo y las responsabilidades abrumaban en dicho sector.

Para él –todo- era nuevo, el local, los compañeros, la forma de trabajo, lo intrincado de la ley de construcción, en ese momento, y –fundamentalmente- el público que se acercaba al mostrador, para efectuar consultas y concretar trámites.

Su compañero y jefe (no por escalafón, sí por respeto a su digna persona), con paciencia, se esforzaba en enseñarle "el oficio"; muchos formularios, y demasiadas cuentas para calcular, aportes, mora, recargos, etc. Las operaciones, se realizaban "a mano" o en la compartida calculadora mecánica, que sólo hacía sucesivas sumas y restas, por lo que resultaba complicado realizar una multiplicación, y aún más, una división.

Los formularios se ubicaban en una sucesión de cajones, a lo largo del mostrador al público. Al mismo, concurrían gestores, Arquitectos, empresas y particulares. Estos últimos –en la mayoría de los casos– interesándose en construir con "mano de obra benévola" una vivienda con plano económico aprobado por el Municipio. El nuevo funcionario les atendía, les proporcionaba la información y el material adecuado a su circunstancia, y los casos más complicados, los trasladaba en consulta a su compañero más experimentado, que aprovechaba dicha forma de trabajo, ganando tiempo, para realizar los cálculos sobre los aportes debidos, recargos, moras, etc. Asimismo el joven ganaba en experiencia "de mostrador;" y aprendía el procedimiento de la oficina de la Construcción.

Una de las particularidades que tenía aquel público, era que concurría en varias ocasiones, durante un tiempo, a realizar trámites. Ello permitía que el novel oficinista y los usuarios, se fuesen conociendo, y éste supiese al verlos entrar, cuál era la problemática de su trámite. Entre ellos, concurría una pareja de "paisanos" (como muchas veces se les llama en forma despectiva a quienes tienen una modalidad rural), que con el producto de la venta de su campito, pretendían afincarse en las afueras de la ciudad; con la construcción de una vivienda económica. Eran tímidos, ya mayores, y -como resultaba común en su época- hablaba el marido y la mujer callaba.

Al joven funcionario, en un principio, le resultó dificultoso comprender qué trámite quería realizar aquella pareja de veteranos, que no se hacían entender, y -para colmo- eran más sus silencios, que las explicaciones. Siempre escuchaban, aparentemente con mucha atención, pero luego de una larga explicación, volvían a repreguntar lo supuestamente elucidado. Pero, a partir de allí, surgió una relación de mostrador, más larga de lo esperado, afanándose el joven en claras y concretas explicaciones a efectos de poder llevar el trámite a buen término, tanto en Asignaciones, como así también, en la Intendencia, por la consecución del plano de vivienda económica.

Una mañana, en la que el sol de primavera acompañado por un cielo azul, se "metía" invadiendo el recinto, su jefe le llamó al escritorio que compartían, para advertirle que se había percatado de la relación (que ya pasaba de lo profesional) con dicha pareja de paisanos, por lo que debería atenderles (de ahora en más), con mayor rigor administrativo. Asimismo, por lo avanzado del trámite, les correspondía completar el formulario de Declaración Jurada, y como tal, no debería ser el funcionario quien lo hiciese, pues dicha tarea era inherente al interesado.

El día llegó, y luego de una larga y, deliberadamente, pausada explicación sobre cómo completar el formulario de Declaración Jurada, el funcionario lo entregó sobre el mostrador a la asidua pareja de interesados; enfatizándoles que debían ser ellos quienes lo llenasen, pues él no lo podría hacer.

El señor despliega, con sus manos, la que parecía una enorme hoja con garabatos, y la queda –pacienzudamente- mirando.
De pronto, de la callada mujer surge una voz inesperada: ¡ Traé p'acá; Meregildo, que vos no sabés leer!

En ese momento, el funcionario -aún sorprendido por la voz de mando- advierte que Meregildo, sostenía el formulario con la letra invertida, y (en forma vertiginosa) en su mente recuerda todas las dificultades que padecieron durante el desarrollo del trámite.
Perdió el tino, o tal vez lo encontró, y apoyado en el mostrador (aún tentado por lo ridículo de toda la situación), procedió a completar el formulario, solicitando en forma circunspecta, las firmas a los interesados, quienes -de esa forma- culminaban la tramitación de su ansiada vivienda.

Daniel Calisto
Montevideo

DOMINGO EN TRISTÁN - Adriana Scardino - Mención

¡Cómo cuesta decir adiós!

Un día llegamos con temores y dudas; las que con el tiempo se disiparon...

Todos los conocimiento, todo lo adquirido hasta entonces, de muy poco servía... el misterioso telégrafo con su clave Morse; la circulación de los trenes y sus cruces en las estaciones, las encomiendas y los contrarrembolso; los abonos y los boletos... las cargas y las haciendas... los Semanales Comparativos; los balances; todos sus reglamentaciones de la época de los ingleses, la distancia y ubicación de la totalidad de las estaciones de la re...¿de qué nos servía? ¿qué conocimientos podíamos emplear atendiendo trámites de embarazadas y sus atrasos de parto; de enfermos y accidentados? De desempleados que solicitaban su Seguro; de los que llegaban al mostrados por la Asignación Familiar para sus hijos...
Habíamos pasado los sinsabores y la tristeza de perder nuestro puesto de trabajo, Después de haber vivido, amargados e impotentes, la caída de una gigante como lo era el ferrocarril... ¡qué inútiles nos sentíamos!

Hubo que aprender todo. Hoy nos sonreímos y hasta alguna anécdota comentamos sobre FPP, FUM. PPR, UDT; autogenerados... todo eso también era nuevo para nosotros y ya no éramos tan jóvenes como cuando entramos a la Administración Pública. Pero ¡qué satisfacción cuando solos atendíamos en el mostrador, diferentes trámites sin consultar a ningún nuevo compañero!

Y eso sería el comienzo ; luego vinieron las computadores...¿ se imaginan la diferencia entre un manipulados de bronce- con sus puntos y rayas-,y el teclado de plástico de los nuevos PC? Y otra vez a aprender; terminaba un curso y comenzaba otro curso.... todo un nuevo lenguaje: PC; monitor, escritorio, minimiza, maximiza, arroba , Hotmail. Word, Excel, Mouse, Software… Power Point, programas totalmente nuevos, atención personalizada; algo que parecía imposible pero al poco tiempo la gran satisfacción: ¡atención al público por medios de la computadora!

Cosas que ahora nos parecen tan simples en su momento nos atemorizaron. Despacio todo se fue entendiendo, nos fuimos familiarizando a los cambios con el paso del tiempo y hoy, hacemos lo que parecía impensable hace algunos años: terminamos el trámite y mirándolos a los ojos le decimos; ¡cobra el cuatro del mes que viene!

Me estoy por “retirar” y a veces me pregunto: ¿qué será de la planta de azúcar, que luce lozana en su maceta junto al monitor? ¿por qué me la regalaron?, ya no me acuerdo, pero la señora cada vez que pasa cerca del BPS entra y controla si no le falta agua... me la obsequió, agradecida, con una tarjeta, la que hace tiempo se perdió. Y ahora que la miro, me doy cuenta todo lo que ha crecido, creo que hay que cambiarle la maceta...

¿Y la flor artificial, que otra señora embarazada me obsequió?

La que se encuentra en un vaso, del otro lado de la pantalla. No recuerdo muy bien cuál fue el motivo del obsequio, lo que sí recuerdo es su sonrisa y su “panza achatada” que anunciaba una nena... Y hace poco, otra señora de “campaña” me trajo de regalo

GINKO BILOVA - Mirna Mondino - Mención

la cabeza de un caballo, que ella artesanalmente, con sus manos creó, estampándole mi nombre... no me gustan los caballos, pero a ése lo encuentro muy hermoso.

Sin duda me aprecian, y eso me halaga. Recuerdos; muchos recuerdos, reconfortantes, placenteros... ningún sinsabor... los buenos compañeros que los primeros años nos miraron con algún recelo, pronto nos hicieron sentir "uno más"... y eso se valora y aprecia.

A muchos la vida los alejó... recuerdos muchos recuerdos... la despedida está cerca, pero... ¡cómo cuesta decir adiós!

Carlos Edgardo Pérez D'Auria
Florida

El Doctor

Parado en la puerta del imponente edificio, el joven volvió a consultar las instrucciones que tenía escritas en un papel.
Se decidió y entró, dirigiéndose directamente a la oficina que el papel mencionaba, ahora arrugado dentro de su puño.
Se acercó al mostrador y vio cómo una señora de mediana edad se ponía de pie y se acercaba a atenderlo.
-Buenas tardes –le dijo amablemente- ¿En qué puedo servirlo?
-Buenas tardes –respondió él. –Estoy buscando a Juan Pérez, me dijo que trabajaba aquí.
-¿El doctor Juan Pérez? –preguntó la empleada.
-¿Doctor? –repitió el muchacho.
-Si, el doctor Juan Pérez –repitió la empleada, poniendo énfasis en la palabra "doctor".
-Imposible. –contestó el muchacho, sin poder contener la amplia sonrisa. –Qué va a ser doctor, si le faltan como a mí, un montón de años... Justamente le traigo unos apuntes de la facultad que me pidió.
La señora lo miró perpleja. ¿Cómo que Pérez no es doctor? Pero si atiende gente todo el tiempo... A ella misma, le sugirió un tratamiento buenísimo en su última gripe... Y ¿cómo el BPS va a contratar médicos sin ver el título? Un disparate...
-Espere un momento que voy a su despacho, a avisarle. –dijo la empleada y se alejó unos metros.
A los pocos minutos, volvió y le dijo al joven que por favor la acompañara, que ella lo guiaría hasta la oficina de su jefe, el doctor.
El la siguió moviendo la cabeza de un lado a otro.
-Debe ser otro, seguro estoy equivocado... Es alguien que se llama igual y punto; el nombre es muy común...
Cuando llegó al despacho, no podía creer lo que veían sus ojos. Su compañero de facultad, enfundado en una bata blanca, se puso de pie tras el escritorio y le tendió la mano derecha.
-Muchas gracias por venir, Javier. –le dijo- Me hubiera sido imposible conseguir los apuntes de otra manera. Y tengo muchísimo trabajo aquí.
-Entonces, ¿sos médico? –preguntó el muchacho- Nadie me comentó...
-Es que nadie lo sabe. Y yo prefiero que sea así, así que te agradezco que no lo comentes en la Facultad de Derecho.
-No hay problema... –dijo el muchacho, apoyando la carpeta para abrirla y sacar de dentro de ella un montoncito de papeles prolijamente mecanografiados. –Acá tenés los apuntes. –dijo, tendiéndoselos a través del escritorio.
-Muchas gracias. –dijo el doctor, tomándolos con cuidado. –No sabés lo bien que me vienen.
-Bueno, me tengo que ir... –anunció Javier, dirigiéndose a la puerta. –¿Te puedo hacer una pregunta?
-Claro. –dijo el doctor.
-Además de médico, y estudiante de Derecho, ¿sos alguna otra cosa? –preguntó Javier.
-Sí. Soy mecánico de motores de explosión- confesó Juan.
Javier miró a Juan mientras movía la cabeza con expresión de incredulidad, pero terminó por sonreír.
-Qué personaje... ¿Quién lo diría?
-No creas que es fácil. Por ejemplo, para mi familia. Yo acompaño a mi mujer y a mis hijos a los cumpleaños de los parientes, pero siempre me llevo algún libro para entretenerme... Y a veces, algunas personas se molestan... No me entienden.
-Me imagino... Bueno, te veo luego. –se despidió Javier.
-Nos vemos. –dijo Juan con tono cómplice. -Y... –agregó- Muchas gracias.

Yrma Quesada
Montevideo

José

Hay muchísimas anécdotas en un lugar donde la mayoría de las personas que atendemos son adultos mayores.
Y, más anécdotas todavía cuando entre compañeros convivimos ocho horas diarias de labor durante varios años.

Recuerdo muy a menudo a un ex funcionario, ahora pasivo, un excelente compañero que trabajaba en nuestra sección.
Un José de los tantos que hay en el BPS, pero muy especial.
No pasaba desapercibido, siempre nos llamó la atención su excesiva cordialidad con el público y con los compañeros que lo rodeamos durante muchos años.
Tuve el placer de conocerlo en el año 1989 y realmente me impresionó su conducta y su forma de ser.
José no tenía mucho estudio sin embargo llevaba consigo la sabiduría que dan los años de edad y de trabajo.

Su rutina era admirable.
Todos los días venia caminando a la oficina (40 cuadras) con una bolsa de mandados parecida a las antiguas chismosas, y en ella una botella de agua, su almuerzo y la infaltable fruta (bananas, manzanas o naranjas).

Su almuerzo no variaba, sacaba una bolsa de nylon su flauta de pan francés cortada a la mitad y rellena de fiambre y queso o de dulce de membrillo, comía solo en su escritorio rodeado de expedientes para que el público no lo viera. No le gustaba comer en la cocina y se negaba a abandonar su costumbre.

Los días de lluvia relucían sus botas de goma altas hasta sus rodillas, las cuales soportaba toda la jornada.
Nos llamaba la atención su vestimenta prolija, su pantalón azul, camisa blanca y corbata, la cual se quitaba cuando hacía mucho calor.

Le gustaba hacer los decretos y certificados en su máquina de escribir la que no permitía usar a ningún compañero.
Ya en ese entonces todos hacíamos los decretos en la computadora.
Solamente él aferrado a su vieja máquina de escribir le decía no a los cambios, se rebelaba ante todo lo moderno, aunque no le criticaba.

José se quedó en el tiempo, en los años 50 ó 60, le gustaba escuchar más la radio que mirar televisión.
Aunque últimamente su hermana nos contó que mira todas las comedias, su enfermedad le impide salir solo y la television es su entretenimiento principal.

Su trabajo era lento y prolijo pero su demora hacía enojar a veces a los compañeros, se levantaba de su silla y caminaba 9 ó 10 metros para guardar cada tarjeta o expediente que decretaba en su lugar, de a uno por vez.

Nos sentíamos protegidos solamente con su presencia, su físico robusto y su carisma con el público que hasta el día de hoy preguntan con cariño por él.
La falta de salud después de mi operación le preocupó mucho y al verme tan delgada insistió en traerme fruta.
Todos los días durante dos años depositaba sobre mi escritorio dos hermosas manzanas, seleccionadas, los compañeros que lo conocieron antes que yo, me comentaron que sus padres tenían un puesto de verdura por eso él conocía la calidad de la fruta y elegía las mejores parar regalarme.

Fue un día lluvioso, lo recuerdo por las infaltables y llamativas botas que tenía José.
El mostrador repleto de gente, pues en una época no muy lejano se atendía al público en el mostrador, sin timbre, ni pantalla para ubicar al funcionario que lo asesoraría.
Una larga cola de personas, un murmullo insoportable; quizás eso fue lo que alteró el carácter de José, que sin motivo empezó a gritarme y a corregir mis errores ante el público asombrado.
Más asombrado quedó él, cuando le tiré las manzanas que había traído con tanto cariño, su cara se desfiguró ante mi reacción y no le dirigí la palabra por varios días.
Al poco tiempo me pidió perdón por su comportamiento y yo me avergoncé sinceramente de haber reaccionado así, ante un compañero que con sus defectos y virtudes es un ejemplo de persona.
Todo esto lo hace especial, diferente, un ser no común, quizás no normal...
Ojalá existieran más personas como José...

Ana María Marzullo
Montevideo

Algo faltó

La oficina estaba atestada de gente, un murmullo se desplazaba de una punta a otra entre el tumulto que se encontraba en su eterna lucha de una atención más rápida.
Era difícil percibir entre tanto público, quién estaba con mayor necesidad o urgencia, cuando los ves allí, son todos iguales, con las mismas necesidades y las mismas ansiedades. Sus rostros sólo dejan ver un anhelo ferviente de ser llamado y poder salir de ese lugar lo antes posible.

A mí me pasa lo mismo cuando voy a alguna oficina pública, siento la necesidad de ser atendido lo antes posible, y como todo Uruguayo, estoy atento a que posibilidad hay de saltearme el número y ser atendido antes; si ves algún conocido, lo miras fijamente como diciéndole – mirá, estoy aquí enterrado en este barrial, tirame una soga, sacame…

Esto me trae el recuerdo del relato de mi abuela, diciendo que cuando iba a cobrar, había tanta gente que ella se colocaba cerca de un Policía y hacía que se sentía mal, inmediatamente el guardia civil la trasladaba hasta la caja por delante de todos, cobraba y se iba lo más campante.

Valiente hacía dos horas que esperaba su turno, sin embargo, según sus cálculos, le faltaba al menos una hora para que lo atendieran.
Ya la nicotina que recorría todo su cuerpo (fumador desde los doce años) le había comenzado a avisar la falta de una "pitada". Pero temía salir y que pasara su número.
Desde la calle un parlante avisaba que el circo daría su última función esta noche. Fue lo único que desde el exterior rompía con la monotonía de la espera.

Comenzó a repasar todo lo que le habían pedido la última vez, hace cerca de un mes, cuando se presentó por primera vez a hacer el trámite: cédula de identidad (lo primero; sin ese documento ya le habían dicho que no podía hacer absolutamente nada), partida de nacimiento, partida de matrimonio (¿y para qué diablos quieren saber con quién estoy casado? se preguntaba), constancia de domicilio, último recibo cobrado en la empresa… ¿y qué más era? Le parecía que había algo más, al menos tenía la sensación de que algo más le habían pedido, pero no recordaba…
-Tres números faltan y ya estoy – se decía.

Un funcionario cierra la puerta de entrada al público, finalizó el horario y sólo restaban los que habían quedado dentro del local con número.
Una señora detrás del vidrio desde la calle hacía señas para entrar. Desde el interior el funcionario le indicaba con un dedo en la muñeca, que había pasado la hora.

-¡¡¡Cuarenta y cinco!!!
Valiente se levanta y se dirige al funcionario que gritó su número.
-¿Qué día hoy no? - Dice Valiente.
El funcionario le responde con – "Cédula de Identidad vigente".
-Aquí traigo todo lo que me pidió – Responde Valiente.

ANOCHECER EN ALMIRÓN - Josette Marichal - Mención

El funcionario revisa todos los documentos que Valiente dejó sobre su mesa; levanta sus ojos y lo mira como avisándole de una desgracia, como un médico que te avisa el final de tus días, con esa falsa ternura que precede a una mala noticia.
-Falta el recibo de luz, agua o teléfono, ¿recuerda que le dije la última vez que estuvo por aquí?

Si nos ponemos a buscar culpables de esta situación, seguramente no nos vamos a poner de acuerdo.
Unos podrán decir que el funcionario podría hacer la vista gorda y dejar ese recibo para otra oportunidad haciéndole el trámite con los recaudos que Valiente llevó, y de esa manera si bien no es lo correcto, y de cualquier forma tendría que volver para traer los documentos faltantes, estaría justificando la espera de Valiente.
Otros, que Valiente debió tener la precaución de llevar todo lo que le pidieron, de última, el interesado mayor es él.

La idea no era hallar culpables, el tema pasa por tomar situaciones como éstas y organizarse de tal manera para que nunca te agarren sin un recibo de luz en el bolsillo.

Denis Dutra
Salto

La paradoja

En el año 1999, una persona previo llamado, pruebas y entrevistas correspondientes, comenzó a desarrollarse como funcionario del Banco de Previsión Social.
Luego de haber obtenido el título y cargo de Escribano, a comienzos del año 2011, concursó por una Gerencia dependiente de la Repartición de Prestaciones Económicas y para su sorpresa ganó la misma.

Como parte del concurso debió presentar un trabajo escrito con referencia a su visión sobre el cargo y la sección a la cual sería asignado.
Una de las cosas que lo ayudó a vencer, sin perjuicio del buen puntaje obtenido en todas las pruebas, fue su visión sobre el BPS.
En ese sentido, recordó sueños que había tenido desde pequeño. En éstos, veía una sociedad convulsionada pero con cambios positivos importantes, producto de toda una movida individual y colectiva, tanto de personas como de instituciones.
Tiempos de crisis, tsunamis físicos y sociales, pero también de muchos cambios en nuestro interior. Recién cuando se vislumbró con posibilidades firmes como para gerenciar, pudo en una pequeña introspección, verificar que sus anhelos podían ser parte de una visión de futuro real.

Intentó unir cabos sueltos y comprender que trabajaba para el BPS y no para ninguna otra institución. Producto de las causalidades, llegó a una gerencia donde podía capacitarse, emprender cambios y formar equipos de trabajo a los efectos de lograr una mayor comprensión de la problemática social real.

No obstante ya había planteado en su trabajo escrito, la necesidad que su organismo fuera realmente un instituto que prevé situaciones, que llega al fondo del asunto, que quiere ir a más y no solo ser un mero administrador de fondos y distribuidor de ingresos en forma equitativa.
Que el bienestar social no está en un reparto de dinero, en una mejor cobertura de salud, o en la satisfacción de necesidades hasta ese entonces, detalladas en distintas normas.
Entendió que el BPS debía tener claro cuáles eran los servicios que deseaba brindar realmente y las personas plantearse lo que pretenden de un organismo de estas características.

Se crearon centros con personal capacitado especialmente para atender a personas de la tercera edad.
Incluso los pasivos de hoy, siguen financiando con sus ingresos y con sus gastos a la pirámide social. Se logró determinar que asimismo estos pasivos necesitaban desarrollar otras actividades, entre ellas recreativas, laborales, serviciales, etc.
Muchas veces no querían una vivienda, sino un centro que no solo los contenga sino que asimismo los pueda recibir para poder vivir en el mismo. Otros buscaban lugares que estuvieran cerca de su domicilio.

El cambio social se estructuró tomando como base el censo realizado a fines del año 2011, de común acuerdo con el INE.
Del profundo estudio de situaciones, se logró divisar los hogares que mayor protección necesitaban y el tipo de ayuda que requerían.
El hecho de comenzar a pararnos más en la totalidad, nos permitía ver el bosque y no el árbol.

Se logró descubrir, sin perjuicio de las concepciones sobre el ser humano que existían y sobre su comportamiento, que somos emoción y sensación, que a todos nos han pasado cosas, nos pasan y nos pasarán. Que el hombre nació para vivir en sociedad y necesita sentirse contenido, amparado y amado.

Nuevos proyectos fueron ganando espacio en los corazones de los directores.
Se detectaron abusos, malos tratos, agresiones, carencias afectivas en todos lados que solamente podían ser paliadas parándose en los zapatos de los otros, percibiendo desde ahí lo que suscitaban en nosotros. De esa manera las personas dejaron de quejarse, se sintieron comprendidas, contenidas.
El proceso de cambio había comenzado y mágicamente se contagió a todos los demás sectores públicos y privados, entre otros.

Ya las crisis dejaron de ser externas y ajenas, sino que fueron vistas como una rotura de nuestra conexión con nuestra naturaleza interior.
Dejar de señalar situaciones porque simplemente comenzamos a vernos como parte de las enseñanzas que otros tienen para darnos, fue la tónica de una nueva etapa que había comenzado a gestarse.

Del uruguayo gris que le cuesta mancomunar esfuerzos, se pasó al uruguayo alegre y querendón, celoso de encontrar la forma de dar un salto tanto a nivel individual como colectivo. Todos comenzaron a interesarse y participar en la toma de decisiones.

Hubo un despertar de los corazones, un nuevo amanecer, un comienzo de una segunda independencia, en tiempos de conmemoración del Bicentenario del Proceso de Emancipación Oriental.
Esta nueva independencia no era de capa y espada, de éxodos ni búsquedas de quimeras, sino que era una síntesis de lo que había sido aquel proceso de búsqueda de nuestra libertad e identidad. Se trataba de encontrar tierra prometida en nuestros tiempos.

Se comenzó a comprender que era en nuestro interior que se debía librar la lucha. Así comenzó un proceso de ayuda mutua, con corazón en mano contagiando nuevos despertares, sembrando en nuestros mundos internos aquello que más adelante cosecharíamos en nuestro exterior. En nuestra carrera por construir una nueva nación, se logró tomar conciencia de nuestro anhelo desde siempre de establecer una conexión interior.

De esa manera y con tan poco se logró una independencia real, de reconocer que somos esclavos de nosotros mismos y que en definitiva implicó un darse cuenta que el hombre no está atado a nada, sino que siempre fue y será una energía de espíritu libre.

Aquel funcionario llegó a dejar planteada una paradoja: creemos poder independizarnos una y otra vez, en lo externo y en lo interno; no obstante si lográramos conectarnos con lo más profundo de nuestro ser, veríamos que no existe la independencia; porque nunca hemos sido esclavos, ya que nuestra naturaleza es la de un espíritu libre, sereno, armonioso y amoroso, sin más atavíos que los que de alguna manera u otra hemos elegimos vivir.

Álvaro Edelman
Montevideo

BPS
Instituto de Seguridad Social